
MAFIA OCULTA · 1
VERDAD
OCULTA
LEXI THURMAN



VERDAD OCULTA

LEXI THURMAN

CAPÍTULO 1

Cosimo

Nunca me habían gustado los funerales. Siempre me parecieron escenarios ridículos, teatrales, llenos de gente vestida de negro fingiendo una pena que no sentían. Lloraban por alguien a quien habían odiado en silencio, por alguien cuya ausencia les convenía tanto como su presencia les había aterrorizado. Era una comedia mal ensayada, con lágrimas prestadas y palabras huecas.

Lo que nunca imaginé fue que acabaría asociando uno de esos rituales hipócritas con el día más feliz de mi vida.

Recordé cómo mi padre había yacido dentro del ataúd, inmóvil por primera vez. Sin órdenes, sin gritos, sin esa mirada que había gobernado mi infancia como una condena. La muerte le había robado su arrogancia, dejándole el rostro rígido, grotescamente tranquilo, como si por fin hubiera aprendido a callarse. Me había inclinado lo justo para que nadie pudiera leer mis labios, ni siquiera Dios, si es que tenía el descaro de estar mirando, y le había susurrado: «ojalá te pudras, hijo de puta».

—¡Cosimo!, ¿¡me estás escuchando!? —Renato Romano, el hermano de mi padre, me observaba con el ceño fruncido y una expresión de malos amigos, sacándome de mis recuerdos.

Me acomodé en la butaca de cuero negra de la sala de reuniones de la casa de mi padre. Pasé una de mis piernas por encima de la otra, adquiriendo una posición totalmente inapropiada para la situación en la que estaba, y deslicé el pulgar por el borde del vaso de *grappa*.

—¿Te digo la verdad o lo que quieres escuchar?

—Niñato insolente —gruñó mi tío—. ¡¿Es que no puedes comportarte como se debe ni con el cuerpo de tu padre aún caliente?! ¡Ten un poco de respeto por él!

—Papá fue enterrado hace más de una semana. Dudo mucho que su cuerpo siga caliente —repliqué—. Hay algo de los funerales que siempre me ha parecido fascinante, ¿sabes? En vida, el muerto era un monstruo al que todos odian, rezan para que desaparezca, incluso intentan hacer tretas fallidas para derrocarlo del poder. Pero basta con que cierre los ojos para siempre y, de pronto, se convierte en un santo. La muerte tiene ese don milagroso. —Me encogí de hombros—. Supongo que es más fácil santificar a alguien cuando no te puede demostrar día tras día el cabrón hijo de puta que es.

Mis palabras, que podían parecer un monólogo sin sentido, eran una provocación, una alusión al intento fallido de mi tío Renato de derrocar a papá un año después de la muerte de mi abuelo. Fue hace muchísimos años; yo ni siquiera había nacido y, al final, acabaron llegando a un acuerdo en el que ninguno de los dos acabó sin vida, pero seguía siendo un tema sensible.

La piel naturalmente bronceada de mi tío enrojeció, y se quitó el sombrero de fieltro que llevaba, lanzándolo al suelo. Se levantó del sofá, cabreado.

—¡¿Cómo te atreves?! —gritó, fuera de sí.

Porque sí, algunos nacían con habilidades prácticas: caer bien sin esfuerzo, saber cuándo callarse o desaparecer justo antes de que todo estallara. Yo había nacido con la habilidad de sacar a las personas de quicio. Las observaba con atención, buscaba su debilidad y apuntaba ahí. Y, sorprendentemente, era una habilidad mucho más útil de lo que uno podía esperar.

No respondí a mi tío; al menos, no con palabras. Descrucé la pierna y me hundí un poco más en la butaca de cuero, estirándome hasta quedar casi tumbado. Dejé que el brazo en el que sostenía mi bebida colgara por el reposabrazos, relajado, insolente, como si aquella reunión no mereciera mi respeto.

Sabía lo que mi tío estaba viendo. Y le di el aliciente que necesitaba para explotar.

—¡Llevas solo una semana como don y ya puedo ver que no estás preparado! ¡Desde que has llegado no has hecho más que tomar una mala decisión tras otra! ¡No te tomas nada en serio! ¡Vas a llevar a nuestra familia a la ruina!

—¿Más que la fortuna que mi padre perdió en los casinos de toda la ciudad? —contraataqué con tranquilidad—. Por esa parte puedes estar tranquilo, tío. Tuve suerte: no heredé esa afición tan… familiar. —Le guiñé un ojo.

La piel de mi tío enrojeció aún más.

—¡Niñato malnacido! —Si no fuera porque mi primo Battista fue rápido y lo sostuvo de los hombros, mi tío se hubiera abalanzado sobre mí.

Estaba forzando mucho la tuerca, pulsando los botones más de lo debido. Pero ese era mi problema: que había veces que no sabía cuándo parar. Había veces que había algo dentro de mí que necesitaba seguir presionando, que me empujaba a ir un paso más allá, a apretar un poco más, hasta que todo explotara por los aires.

Disfrutaba del caos. Era adicto a él, me alimentaba de él. Y después de aquella semana, lo necesitaba.

—Papá —en el tono de mi primo había cierta súplica, pero no para su padre, sino porque estaba seguro de que quería terminar con aquella reunión tanto como yo—, ¿por qué no te sientas y nos centramos en lo verdaderamente importante? No merece la pena.

—Y luego está ese segundo al que ha puesto —gruñó mi tío entre dientes, ignorando a su hijo—. ¡Un bastardo, un extranjero en nuestra propia familia!

Compartí una mirada con Gian, mi recién nombrado sottocapo.

De ahí venía el verdadero enfado de mi tío: que hubiera nombrado a Gian, el hijo de uno de sus primos segundos, mi sottocapo, en vez de darle ese puesto a Battista, su hijo.

Gian entrecerró los ojos, pero pareció más aburrido que otra cosa. Él estaba acostumbrado a ese tipo de comentarios. Sin embargo, yo no iba a permitir ni un solo desprecio a mi segundo.

—No es ningún extranjero —dije, incorporándome y poniéndome serio por primera vez en toda la reunión—. Gian es de la familia tanto como nosotros.

Era una advertencia; estaba dejando claro un límite que no iba a tolerar que traspasaran, una señal que Battista comprendió a la perfección, pero que mi tío decidió pasarse por el arco del triunfo.

—¡Familia! —repitió con una carcajada seca—. ¡Por favor, si ha pisado Chicago dos veces en su vida! ¡Y encima, míralo! —Lo señaló.

Renato no tuvo la valentía de decirlo directamente, pero se estaba refiriendo a su color de piel. Gian era hijo de uno de los primos segundos de mi padre y de mi tío, parte de la rama de Nápoles. Fue concebido durante una aventura. Su padre lo reconoció como hijo legítimo y lo mantuvo dentro de la familia hasta el día de su muerte. No tuvo otros hijos, nunca se casó. Aun así, Gian siempre ocupó un lugar distinto. Más bajo.

No fue por haber nacido fuera del matrimonio; en nuestra familia, eso era un pecado menor. Fue porque su madre era negra. Porque su piel no encajaba con el retrato que los demás necesitaban preservar. Porque Gian era mulato y eso lo hacía, a ojos de muchos, menos italiano.

Menuda gilipollez.

—Más allá de una corbata mal atada, yo no veo nada más —contesté, y después miré a Renato, preguntando con falsa inocencia —: ¿Pero por qué no me iluminas y me dices qué es lo que ves tú?

Esperé a que mi tío tuviera esos huevos que tanto le habían faltado a mi padre y lo dijera. Él abrió la boca para responderme.

—¿Por qué no nos centramos en lo verdaderamente importante? —preguntó mi primo Battista, hablando antes de que pudiera hacerlo su padre y dejándome con la duda—. Hay gente esperando abajo. No es momento para discusiones.

El bueno de Battista. El correcto de Battista.

Qué coñazo era y había sido siempre.

—Yo estoy de acuerdo —secundó Gian, que se había mantenido en silencio hasta ese momento.

Battista asintió hacia Gian y, aunque mi tío chasqueó los dientes aún enfadado, no volvió a perder el control. Cuando Battista ocupó de nuevo su sitio, él se sentó a su lado.

—Tu padre no ha muerto de una muerte natural, ha sido asesinado —dijo, como si yo no lo supiese ya—. Es tu deber como hijo y heredero vengarte.

—¿Y no es lo que he hecho, tío, matando a los rusos que cometieron su asesinato?

—Ellos solo eran dos peones de la familia Malkov. El verdadero culpable es su pakhan.

—Miroslav Malkov está en Rusia, tío. ¿Qué pretendes, que envíe a mis hombres a Rusia a matar a un pakhan de la bratva en su territorio? ¿O mejor aún, que vaya yo mismo y así, cuando me maten, puedas quedarte con el puesto de don?

—Lo que no entiendo —murmuró Battista, apoyando un codo sobre el reposabrazos del sofá de cuero en el que se encontraba sentado, ignorando por completo la provocación que le acababa de lanzar a su padre— es por qué mataron a nuestro don.

—La razón es clara —declaró mi tío antes de que yo pudiese hablar—. Quieren quedarse con nuestro territorio y saben que, con Demetrio —nombró a mi padre— muerto, somos débiles.

Era un insulto claro, una falta de respeto hacia mí. Mi tío me tenía por un insensato incapaz de gobernar; demasiado joven, demasiado inestable. Y, sobre todo, incontrolable. Porque, en el fondo, eso era lo que más le molestaba de mí.

Por favor, si hasta un mono gobernaría la familia mejor de lo que lo había hecho mi padre durante los últimos años.

—Es un error común. —Esbocé una sonrisa lenta y peligrosa—. Ellos, o quienes consideren que nuestra familia es débil, se van a llevar una desagradable sorpresa. —Mi mirada se centró en mi tío—. Y nadie es inmune a esa lección.

Mi tío se levantó de un salto.

—¡¿Qué estás insinuando?! —bramó—. ¡Yo soy un hombre de la mafia, honorable! ¡Comprometido y leal con mi familia! ¡Jamás traicionaría a nuestro don, aunque eso me cueste la muerte!

Lo miré con falsa inocencia.

—Yo no he insinuado nada —respondí, alzando las manos en señal de paz—. Ya sabes lo que dicen… quien se da por aludido, por algo es. ¿Tal vez es la culpabilidad?

—Ya que hemos resuelto todo lo que teníamos que hablar, deberíamos ir bajando —dijo Battista, levantándose antes de que mi tío pudiese reaccionar—. Hay gente esperándonos abajo. Ya nos hemos ausentado más de lo que deberíamos.

Mi tío me observó durante unos instantes, pero decidió que era mejor idea dar la conversación por terminada. Una decisión inteligente por su parte.

Se levantó del sofá y se dirigió hacia la puerta de la sala en la que estábamos.

—Espera —lo detuve, ya de pie—. Se te olvida tu sombrero, tío. —Le entregué el sombrero de fieltro que había tirado al suelo.

Pensé que tal vez me lo tiraría a la cabeza, pero lo cogió.

—Tú también bajas conmigo —me ordenó, poniéndose el sombrero—. Es el acto conmemorativo en casa de tu padre. Haz el favor de empezar a comportarte como el don de esta familia.

—Ahora es mi casa.

Aquella corrección salió de mis labios antes de que pudiera detenerla. No fue un impulso; fue un reflejo. Porque ya no era la vivienda de mi padre; ahora era la mía. La ironía no pasó desapercibida ni siquiera para mí. Aquel día era la primera vez que había vuelto a pisarla desde su muerte. Desde que cumplí la mayoría de edad, me largué de allí sin mirar atrás, convencido de que nunca volvería a ser mi hogar. Durante años, había vivido en un ático en el centro de Chicago.

Sin embargo, esa casa me pertenecía ahora. Con todo lo que eso implicaba.

—Casa a la que deberías mudarte. —Mi tío aprovechó mis palabras para darme un sermón. Ese viejo astuto—. Esta casa no es solo una vivienda, sino el lugar donde debe vivir el don de los Romano. Así lo hizo tu padre, nuestro abuelo y nuestro bisabuelo. Es una fortaleza, representa…

Él siguió hablando, pero yo desconecté. Porque aquello era una gilipollez. Ni que fuese la Casa Blanca…

Cierto que había más seguridad. Y era una gran mansión, pero yo podía protegerme bien solo y no necesitaba más espacio. Aunque lo cierto es que mudarme allí me iba a venir muy bien para mis planes a corto plazo, si todo iba como esperaba.

—No te preocupes, tío —dije, cortando su sermón, porque, si le dejaba, se podía tirar media hora de monólogo—. Esta misma semana estaré instalado.

Él asintió, satisfecho.

—Vamos, entonces.

No añadí nada más. Me bebí de un trago el vaso de *grappa* que sostenía en mi mano derecha, el único licor agrio que toleraba. Después, lo dejé sobre la mesa auxiliar de madera que se encontraba en medio de la estancia y seguí a mi tío y a mi primo. Gian vino detrás de nosotros. Bajé las escaleras hasta la sala donde se celebraba el acto conmemorativo por la muerte de mi padre.

Sin embargo, cuando estábamos llegando a la sala, me giré y me metí por el pasillo que daba a la escalinata exterior.

—Por cinco o diez minutos más tarde que empiece, no pasa nada —le dije a mi tío.

Supe que me hubiera seguido si no fuese porque el alcalde de Chicago lo abordó en cuanto pisó la sala. Pude sentir la mirada de reproche de Battista y la de resignación de Gian. Este último me conocía lo suficientemente bien como para intuir que necesitaba cinco minutos a solas.

Cinco minutos que me calmarían lo suficiente para aguantar a los invitados. Necesitaba esos minutos para no sacar un arma y empezar a pegar tiros. Aunque siempre había preferido los cuchillos; eran más lentos, te permitían disfrutar más.

Ya no soportaba ni una palabra de consolación más, ni un «lo siento» murmurado con la boca pequeña. Menos mal que no se atrevían a invadir mi espacio personal e intentar darme un abrazo o poner una mano en mi hombro.

Me temían, y muchos de ellos apenas me conocían. Hacían bien.

Salí al exterior a tomar un poco de aire. En pleno diciembre, el frío de Chicago era lo bastante intenso como para doler. Justo lo que necesitaba.

No tardé ni un solo segundo en darme cuenta de que no estaba solo. Y ni uno más en identificar la presencia que me acompañaba. Cuando nacías en la mafia, aprendías pronto a vivir en estado de alerta. No era una elección si querías mantenerte con vida. Vigilabas

las sombras, contabas pasos, sentías presencias antes incluso de verlas. El peligro no siempre hacía ruido; de hecho, generalmente, el verdadero peligro era silencioso.

Mi acompañante misterioso estaba sentado a un lado de la escalinata, casi escondido en una esquina, como si intentara ocupar el menor espacio posible. Llevaba un abrigo negro acolchado que le caía hasta el suelo, demasiado grande para su cuerpo, y un gorro que le cubría la cabeza. Eran las cuatro de la tarde y empezaba a oscurecer; apenas podía verlo con claridad.

Descendí los escalones uno a uno, dejando que la noche y el mármol se tragaran cualquier sonido. Aprendías a moverte así cuando el ruido podía costarte la vida.

Mi acompañante no me escuchó. Su atención estaba en otra parte —en la oscuridad del jardín, en su propia respiración—, y eso me permitió acercarme sin romper el silencio. Me detuve a su altura, lo bastante cerca como para notar el leve temblor que recorría su cuerpo bajo el abrigo, lo bastante lejos como para no tocarla todavía.

Era una mujer.

Del gorro oscuro se le escapaban mechones de pelo castaño oscuro. Tenía los ojos grandes, de un marrón profundo, casi chocolate, y más expresivos de los que hubiera visto nunca. Su nariz era pequeña y delicada. Y sus labios, llenos y carnosos. No debía tener más de veinte o veintiún años.

No pude terminar mi evaluación, porque ella, pareciendo haberse dado cuenta de que algo no iba bien del todo, inclinó la cabeza hacia atrás de forma brusca. El gesto fue instintivo, defensivo, provocando que el cigarro se le escapara de entre los dedos y cayera sobre la escalinata.

—¡Joder! —gritó.

Así que tenía una boca sucia. Eso me gustaba.

—Se te ha caído el cigarro —dije como respuesta, señalando con el dedo el cigarrillo.

—No es un cigarro —respondió.

Pero tan pronto como las palabras brotaron de sus labios, ella debió sentirlo como un error, porque se mordió el labio inferior con

fuerza y bajó la mirada de inmediato, clavándola en el suelo. No por vergüenza, sino por cautela. Fue la reacción de alguien acostumbrado a corregirse a tiempo.

Recogió el cigarro sin decir nada —que sorprendentemente no se había apagado— y lo sostuvo entre los dedos.

No me miró, me evitó. Desvió el rostro, el cuerpo e incluso la respiración. Como quien sabe que ser visto es peligroso, como quien ha aprendido que pasar desapercibido no es una elección, sino una forma de supervivencia.

Esperaba que, de esa forma, me cansara y me fuera. Tal vez con la mayor parte de las personas le funcionara, pero pronto iba a darse cuenta de que yo no era como la mayoría.

—Sé reconocer el olor a marihuana cuando lo huelo —dije, sentándome a su lado. Por supuesto que me había dado cuenta de que estaba fumándose un porro—. ¿Me das una calada?

Mis últimas palabras provocaron que ladeara la cabeza y me mirara. Parecía sorprendida, y debería estarlo, porque había tenido la consideración de preguntar, algo que rara vez hacía.

Se mordió de nuevo el labio inferior, pero esta vez parecía más bien dubitativa. Sabía que quería que me fuera, y tal vez pensó que, dándome lo que quería, haría que me largara, porque murmuró:

—Mmm… vale.

Estiró el porro y lo cogí. Mis dedos rozaron los suyos durante apenas un segundo, y ella apartó los suyos rápidamente, como si mi toque quemara. Aquella reacción dejó un eco desagradable en mi interior.

Me llevé el porro a los labios. Inhalé despacio, dejando que el humo caliente descendiera por la garganta y se instalara en los pulmones. Ardió lo justo, invadiéndome una sensación familiar. Sostuve el aire unos segundos.

Hacía años que no me fumaba un porro. La última vez fue con Gian, un par de días antes de que dejara Nápoles y regresara definitivamente a Chicago después de dos años fuera.

Exhalé despacio. El humo salió denso, espeso, dibujando una nube pálida que se deshizo casi de inmediato en el aire. Pude sentir

los ojos de ella sobre mí, observándome, curiosos. Y aquello sí me gustó.

—¿No tienes frío? —me preguntó.

La temperatura debía de rondar el grado, y tan solo llevaba una camisa blanca, tirantes negros y una corbata del mismo color. El aire se colaba entre la tela, mordiéndome la piel, pero apenas llegaba a sentir nada.

Quizá mi padre había tenido razón y mi alma estaba tan podrida como la suya, ennegrecida hasta el punto de no reaccionar ante nada. A veces, pensaba que no era que el infierno me estuviera esperando; era que ya lo llevaba dentro.

—No —respondí, dándole otra calada al porro—. El diablo no tiembla.

—¿Diablo? —repitió con un silbido burlón.

Ella no tenía ni idea de quién era.

Me había dado cuenta desde el primer instante. Tampoco la conocía; era muy observador y recordaría esos ojos si los hubiera visto antes.

No era una invitada al acto conmemorativo de mi padre. Tan solo necesité descender un poco la mirada hasta su cuello, allí donde la cremallera del abrigo negro estaba mal cerrada, para ver que bajo la tela asomaba el borde del uniforme que utilizaban los empleados de mi padre.

Mis empleados. Porque ahora eran míos.

—Cosimo —Bruna se encontraba en la última escalera, con los brazos en jarras y una expresión de reproche dibujada en su rostro —, tienes que volver dentro. Ya han pasado más de diez minutos.

Bruna era la ama de llaves y la mujer que nos había criado a mí y a mi hermana. Y la única que se atrevía a dirigirse a mí de esa manera. Como si fuera un ser humano normal, algo que no era.

—Se ha chivado Battista, ¿verdad? —Me giré hacia ella, pero no me levanté. Hice un mohín casi infantil—. Sigue siendo un chivato.

Bruna entornó los ojos, y pisoteó el mármol casi como si perdiera la paciencia.

—Cosimo —repitió la chica desconocida que se encontraba a mi lado. Mi nombre en sus labios se sintió como una caricia, dulce y

demasiado natural—. ¿Cosimo Romano?

Ella se acababa de dar cuenta de quién era. Si trabajaba para mí, le habrían dicho mi nombre. Se levantó de inmediato, asustada.

—Un placer —respondí, guiñándole un ojo.

—¿Quinn? —preguntó Bruna, como si la viera por primera vez. Al estar cerca del bordillo, no la habría visto.

—Perdón —susurró Quinn, que así acababa de descubrir que se llamaba. Se irguió y prácticamente corrió todas las escalinatas arriba —. Estaba tomándome un descanso. Ahora mismo vuelvo al trabajo. —Las palabras salieron rápidas, torpes. Sin darle tiempo a Bruna o a mí a responder, se dio la vuelta y corrió hacia la entrada. Parecía asustada, como si temiera perder su trabajo, como si temiera que la viésemos demasiado.

Sostuve el porro entre mis dientes y apoyé las manos sobre el mármol para levantarme. Subí las escaleras hasta donde estaba Bruna sin ningún tipo de ganas.

Ella arrugó la nariz e hizo un gesto con la mano.

—¿Marihuana? ¿En serio?

No le respondí, tampoco se me ocurrió decirle que no era mío. Yo no era un chivato, y además, tampoco consideré que le interesaría saber que era de Quinn. Le di la última calada, echándole el humo en su rostro y lo lancé al suelo, apagando el porro con mi zapato.

Bruna farfulló algo cómo «increíble, ni que tuvieras quince años».

—Así que ella es empleada nueva, ¿no?

Aunque solía evitar la casa de mi padre como la peste desde que me había emancipado, lo cierto era que conocía a los empleados que trabajaban allí, y además, a ella no la hubiese olvidado.

—No me la vayas a asustar —me advirtió Bruna—. Ella no sabe que trabaja para una familia de la mafia.

Aquello me sorprendió.

—Mi padre no aceptaba empleados que no fuesen muy conscientes de donde trabajaban.

—La he contratado después de la muerte de tu padre. Me pediste que echase a varios de los empleados y he tenido que

contratar nuevos con rapidez.

Yo le había pedido que echase a los empleados que eran fieles hasta la médula a mi padre. No los quería conmigo.

—No es como si fuesen a verme realizar los negocios en casa. Pero, aún así, necesito empleados que sean de fiar.

—Ella es de fiar —me respondió con convicción—. Solo algo más inocente de lo normal. Es buena trabajadora, solo te pido que la respetes.

Y entonces miré hacia la puerta de entrada, donde Quinn estaba entrando. Pero antes de desaparecer, me miró con esos ojos de cervatillo, seguramente pidiéndome que olvidara el incidente del porro para no perder su trabajo.

Unos ojos que deberían despertar compasión, pero que en mí despertaron intereses.

Porque ella tenía ojos de presa y yo era un depredador.

—No te preocupes, Bruna. Ella está en buenas manos.

CAPÍTULO 2

Quinn

«Que no te vean.

Si no te notan, todo está bien.

Si no te notan, estás a salvo».

Ese había sido mi mantra durante los últimos meses. Desde *aquello*. Desde que aprendí que llamar la atención no traía nada bueno y que desaparecer a tiempo podía ser la diferencia entre seguir respirando o no. Me repetía las palabras en silencio cada vez que entraba en una habitación, cada vez que sentía una mirada posarse demasiado tiempo sobre mí.

—Ey, tú.

Una chica rubia, con piernas tan largas que podría haber estado desfilando en una pasarela en lugar de trabajar como limpiadora en aquella mansión, se detuvo frente a mí. Me había topado con ella durante las dos semanas que llevaba trabajando allí, pero no me había dirigido ni una sola palabra hasta ahora. Por la forma en la que apartaba la cara, como si yo fuera una mancha en el suelo que no merecía su atención, intuí que nada de lo que tenía que decirme era bueno.

Quise decirle que mi nombre era Quinn y no tú. Sin embargo, me tragué esas palabras. Porque nunca me habían gustado demasiado los enfrentamientos y, además, aquello llamaría la atención. Y era lo que menos necesitaba.

—¿Sí? —pregunté, girándome para mirarla.

—¿Qué haces vagueando? —espetó, señalándome con su dedo índice, con una uña roja exageradamente larga, de manera despectiva.

—No estoy vagueando —me defendí—. Acabo de terminar mi turno de trabajo. He limpiado el vestíbulo de la entrada, el salón principal y los baños de la primera planta. Tal y como Bruna me ha

pedido. —Sabía que no debía estar dándole ninguna explicación. Ella era una empleada, de la misma manera que lo era yo, no tenía ninguna autoridad sobre mí, pero no me gustaba que me acusaran de algo incierto.

La rubia pestañeó un par de veces e hizo un gesto con su mano, como si mis palabras no le valieran para nada. Seguramente, así era.

—¿Y la sala de retratos?

—¿Qué sala de retratos? —repetí, confundida—. Bruna no me ha dicho nada de eso.

—Qué pesada con Bruna. —Rodó los ojos y masticó el chicle que llevaba en la boca—. Ya veo que por aquí la gente aprovecha la mínima para escaquearse.

—Bruna...

La rubia perdió la paciencia.

—¿Quieres que la llamemos y le cuente lo que está pasando?

No era tan ingenua como para no darme cuenta de lo que estaba pasando: le estaba echando morro.

Me fijé en que ella ya no llevaba el uniforme, sino que tenía puesta ropa de calle: un vestido ajustado de color rojo, unas medias negras, unos botines con tacón y un abrigo de pelo.

Aquella tarea era de ella y no mía. Se le había hecho tarde y quería encasquetarme una tarea que no me pertenecía. Me había encontrado a chicas como ella en el instituto. Populares que buscaban un pardillo del que aprovecharse. Afortunadamente, nunca estuve en su foco de atención.

Y detestaba ser la pardilla. Porque, si algo odiaba, eran las injusticias.

Pero sopesé mis opciones. Puede que se estuviera marcando un farol, ¿pero y si Bruna le tenía aprecio y valoraba sus palabras más que las mías? Ya había visto favoritismos en los empleos anteriores que había tenido, también en el instituto por parte de profesores.

Por mucho que me fastidiara, no podía arriesgarme a que me echaran. No después de la metedura de pata de la semana pasada. Porque realmente necesitaba ese trabajo.

Así que, aunque estaba agotada, aunque lo único que quería era tumbarme en la cama de la habitación en la que Bruna me había alojado y ver un capítulo de *true crime*, pregunté con un suspiro de resignación:

—¿Dónde está la sala de los retratos?

La mansión era inmensa, dividida en dos alas y varias plantas, y todavía no conocía todas las zonas que debía limpiar.

—En el ala oeste, al final del primer pasillo —respondió con una sonrisa de victoria—. No tiene pérdida; en cuanto veas una galería con las paredes llenas de retratos, esa es.

Y, antes de que pudiera responder, la rubia se dio la vuelta y desapareció por el vestíbulo, atravesando la puerta principal.

Ahora entendía por qué la rubia se había querido escaquear de limpiar la sala de retratos, o más bien el pasillo.

Llevaba allí más de dos horas y parecía no terminarse nunca. Avanzaba despacio, trapo en mano, repasando marcos que parecían multiplicarse a cada paso. Limpiaba uno, luego otro, y cuando levantaba la vista el corredor seguía extendiéndose delante de mí, pareciendo interminable. El polvo se acumulaba en las molduras doradas y en los bordes tallados.

Mientras frotaba uno de los marcos, me venían a la cabeza esas películas de romance victoriano que tanto le habían gustado a mi madre en vida. Vestidos largos, bailes y pasillos infinitos. Solo que aquí no había romanticismo. La iluminación era demasiado tenue y las sombras alargadas convertían el lugar en algo más cercano a una película de terror.

Sentía las miradas incluso mientras limpiaba. Rostros serios, generaciones enteras observándome desde las paredes, como si quisieran seguir cada uno de mis movimientos. Hombres y mujeres; algunos jóvenes, otros no tanto. Pero todos tenían el mismo gesto serio.

No entendía por qué alguien querría tener los retratos de todos sus familiares colgados así, vigilantes, omnipresentes. Aunque supuse que la gente rica tenía esa clase de excentricidades.

Uno de los retratos que se encontraba al final del pasillo llamó mi atención. Antes de que me diera cuenta, mis pies habían comenzado a moverse por sí solos hasta que me encontré frente a él. No necesité leer la placa cubierta de oro debajo de la pintura para saber quién era: Cosimo Romano, el actual dueño de aquella mansión.

A pesar de que la postura era parecida a la de sus demás familiares, había algo diferente en él. Tal vez era la manera en la que movía el brazo o ese atisbo de sonrisa que el pintor no había podido evitar reflejar en la pintura. Las facciones de su rostro eran casi tan perfectas y angelicales en el cuadro como en persona. Vestía una camisa blanca, una corbata verde con pequeños puntos blancos y unos tirantes de color verde por encima, que resaltaban en la pintura y lo hacían destacar de todos los demás.

Tenía que reconocer que la pintura no le hacía justicia. Nunca antes había conocido a un hombre con las facciones tan simétricas, tan perfectas como las de Cosimo. Era el hombre más guapo que había visto en mi vida y, sin embargo, algo dentro de mi cabeza me gritaba que me alejara de él. No era como si los hombres como él me atrajeran; no lo hacían en absoluto. Además, había algo en él que no estaba bien… No podía describirlo, simplemente podía sentirlo.

Y, sin embargo, no podía dejar de observar aquel retrato. Con una curiosidad hipnótica.

—¿Te gusta mi retrato? —Una voz masculina, grave y aterciopelada, que retumbó entre las paredes, hizo que pegara un salto.

Cosimo se encontraba detrás de mí. Llevaba su cabello castaño ligeramente ondulado en las puntas, con ni un solo mechón fuera de lugar, y sus ojos verdes me observaban con cruel diversión.

Mi corazón latía desbocado en mi pecho. Era una suerte que no hubiera muerto del susto.

—¿Cómo? —balbuceé—. ¿De dónde has salido?

Cosimo me miró como si no entendiera mi pregunta.

—Me he teletransportado —respondió, con una sonrisa burlona dibujándose en sus labios. Pero luego, como si realmente dudara de

que pudiera tomarme aquellas palabras en serio, añadió—: He entrado por el único lugar por el que se puede entrar. —Señaló la puerta de entrada, por la que yo había accedido al pasillo y que se encontraba en el extremo opuesto del mismo.

Sin embargo, eso no era posible. De haber entrado, lo habría escuchado, ¿no? Aquel pasillo estaba sumido en el más denso silencio. Pero lo cierto era que había estado demasiado ensimismada observando su retrato. ¿Podía ser que no lo hubiera escuchado?

Sí, eso era lo que había debido pasar. A pesar de que eso fue lo que intenté convencerme a mí misma, la idea no me tranquilizó del todo; apenas sirvió de excusa. Pero eso fue lo que decidí creer, porque tampoco merecía la pena pensarlo demasiado. No me llevaría a ningún sitio.

—Yo… —comencé, carraspeando, recordando nuestra interacción de la semana pasada. Aunque, ciertamente, para recordarla tendría que haberla olvidado, y no lo había hecho—. Quiero pedirte perdón por mi comportamiento del otro día. —Sostuve el paño con ambas manos, arrugándolo entre los dedos. Bajé la mirada hasta mis zuecos negros—. Fue totalmente inapropiado y fuera de lugar. Quiero dejar claro que yo no consumo en mis horas de trabajo… Ni nunca —añadí con rapidez—. Sé que…

—No me pidas perdón. —Cosimo no me permitió terminar. Sus palabras fueron ásperas y tuvieron un borde afilado—. Esa boca tuya es demasiado dulce para pedir disculpas. —Sus dedos se posaron sobre mi barbilla y me obligó a alzar el rostro hasta encontrarme con sus ojos—. No cuando no las pides de verdad, no cuando son falsas. Solo lo haces porque crees que debes hacerlo.

El contacto de sus dedos sobre la piel de mi barbilla me hizo retroceder, dando un par de pasos hacia atrás, buscando liberarme de él, hasta que mi espalda chocó con fuerza contra la pared. Afortunadamente, no impacté contra ningún cuadro, sino en un espacio vacío entre dos retratos.

Él arrugó el rostro, como si que me hubiera apartado de él no le hubiera gustado. Pero, al instante, volvió a relajar su expresión. Dio unos pasos al costado y señaló su retrato, aprovechando mi silencio para continuar hablando.

—Mira que le dije a Francesco que no era bueno colgarme entre la familia. Destaco demasiado.

—¿Es una especie de tradición familiar? —pregunté, sin poder evitar sentir curiosidad.

—Sí —contestó Cosimo—. Todos los miembros de nuestra familia tenemos que realizarnos un retrato familiar para poder colgarlo aquí; así, las generaciones futuras no olvidan quién les precedió. De hecho, lo lleva haciendo el mismo pintor desde hace décadas… Bueno, antes fue el padre de Francesco y, anteriormente, su abuelo. —Hizo un gesto con las manos—. Ya sabes, todo queda en familia.

—Eso es… raro.

Si a Cosimo le molestó mi opinión, no lo demostró.

—Yo lo veo práctico. Es más fácil y limpio así. —No supe qué responder a eso. Ni siquiera comprendí del todo sus palabras, pero Cosimo no se detuvo demasiado en ellas—. No me has respondido antes, ¿te gusta mi retrato? Te he visto admirándolo.

Ignoré su sonrisa felina y la doble intención de sus palabras. No sabía qué quería conseguir con mi respuesta, pero, fuese cual fuese aquel juego, no me apetecía jugar con él. Mi mirada se desvió de él hasta posarse de nuevo en los retratos, pero no en el suyo, sino en el que se encontraba justo a su derecha.

Era una mujer.

—¿Quién es ella? —indagué, señalándola.

El retrato de Cosimo había hecho que no me fijara en ella. Su cabello era castaño claro y le llegaba hasta por debajo de los hombros. Tenía unos preciosos ojos verdes, piel de porcelana y parecía una auténtica muñeca.

Era muy guapa.

Y, por un instante, no pude evitar preguntarme si ella era la esposa de Cosimo. Era joven, debía estar a mitad de sus veinte. No era tan extraño que estuviera casado; en el pueblo en el que había nacido conocía a gente que se había casado mucho más joven. Eran pocos casos, pero existían.

Una quemadura desagradable ascendió por mi garganta. No debería importarme la vida personal de Cosimo, pero algo en la idea

de que estuviera casado no se sentía bien.

—Es mi hermana —contestó él, poniendo fin a mis absurdas cavilaciones.

—No sabía que tenías una hermana. —La única información que me había aportado Bruna era que el padre de Cosimo había fallecido dos semanas atrás de manera inesperada y que él se iba a mudar a la casa familiar—. ¿Ella también vive aquí? —Bruna no me lo había mencionado, pero tal vez ella estaba viviendo fuera por una temporada…

—No. —La respuesta de Cosimo fue contundente—. Ella murió hace ocho años.

Aquello impactó en mi corazón.

¿Qué le había pasado a esa pobre chica para morir tan joven? Aunque yo, mejor que nadie, sabía que ese tipo de desgracias pasaban. Mi madre había fallecido de un cáncer que se la había llevado en menos de un año; había sido algo rápido e inesperado. Y mi padre, él… No, no quería pensar en él ni en su muerte; eso no me llevaba a nada bueno.

Sabía lo que era estar sola en el mundo. Podía entender el sentimiento de Cosimo.

—Lo siento mucho.

Él me miró.

—Eso sí lo sientes de verdad. —Dio un par de pasos hacia mí, volviendo a invadir mi espacio personal—. Eres un ser dulce, ¿verdad? Preocupándote por alguien que no conoces y que no merece tu compasión. —Su dedo pulgar e índice atraparon mi labio inferior y tiraron de él con fuerza.

Esta vez, no me contuve. Alcé mi mano derecha y golpeé la suya con fuerza, consiguiendo que me soltara.

—No me toques —demandé. Se lo había permitido una vez, pero no iba a haber una segunda—. Ni me hables de esa manera. Es totalmente inapropiado.

Cosimo esbozó una sonrisa.

—Oh, Quinn. Pero es que yo soy totalmente inapropiado. —Se estaba burlando de mí—. Ya nos iremos conociendo. —Me guiñó un ojo—. Ya has terminado por hoy. —No era una pregunta, sino una

orden—. Es tarde y deberías descansar. —Cosimo se dio la vuelta y atravesó el pasillo. No fue hasta que estuvo a punto de cerrar la puerta cuando escuché con claridad—: Que tengas dulces sueños, *cerbiatta*.

Me llevé una mano a mi labio inferior, acariciando la parte de la que él había tirado, en la que sentía un cosquilleo que poco tenía que ver con dolor. Me pregunté si, al intentar huir, no había acabado entrando en la guarida del lobo. Aquel encuentro con Cosimo debió haber sido la señal para irme de allí.

Sin embargo, no lo hice.

Y ese fue el primero de los errores que iba a cometer.

CAPÍTULO 3

Cosimo

—¿Vas a abrir el sobre? —me preguntó Gian.

Estaba sentado en un sofá de cuero verde claro, justo en medio del despacho que antes fue de mi padre y que ahora me pertenecía. Mandé quemar cada mueble viejo sin que me importara su valor; no solo quería renovar el espacio, sino inyectarle el color que él tanto odiaba. Era otro de mis «jódete», ahora que por fin estaba muerto.

Yo miré el sobre que descansaba sobre la superficie impecable del escritorio blanco, mientras me reclinaba en mi silla giratoria.

—No necesito abrirlo. Tenía dudas, pero bastó verla en persona para que desaparecieran.

Gian se encogió de hombros con la tranquilidad que le caracterizaba.

—Te has tomado muchas molestias en poder realizar esa prueba de ADN. ¿Qué menos que asegurarte?

—En realidad, no ha sido ninguna molestia. Mi compromiso con Glenda cabreó a mi padre en sus últimas semanas de vida.

—Aun así, algunos verán debilidad en ti —añadió Gian. Aunque a él lo que pensaran los demás le importaba una mierda, igual que a mí, como mi sottocapo tenía el deber de preocuparse por los detalles —. Van a decir que permitiste que tu prometida te dejara por otro sin declarar una guerra a su familia o exigir una compensación.

—Que digan lo que quieran —dije, restándole importancia con un gesto de la mano—. Glenda solo fue un medio para un fin. Además, antes de morir, mi padre se encargó de difundir que fue él quien exigió la ruptura de ese compromiso.

Afortunadamente, no había tenido que soportar a Glenda Mancini durante demasiado tiempo. Ser su prometido no había estado mal; estaba tan metida en su historia de amor con Scott, la mano derecha de Damiano, que no me había resultado demasiado

molesta. Pero seguía siendo una niñata pija y caprichosa, con un gusto pésimo en vinos.

Y, aun así, seguía siendo infinitamente mejor opción que cualquier petarda con la que mi padre me hubiera querido comprometer.

—Sus mentiras, por una vez, te han beneficiado.

—Nada de lo que mi padre hizo benefició a nadie. Ni siquiera a sí mismo —repliqué—. Excepto morirse, claro. —Esbocé una sonrisa amarga—. Aunque eso no estaba en sus planes.

Gian asintió.

—Desde luego que le pilló por sorpresa.

Cogí el sobre y jugueteé con él entre los dedos, sintiendo el peso del papel, pero sin llegar a abrirlo.

—¿Has convencido a tu madre para que se mude a Chicago? —le pregunté, cambiando de tema.

La compostura de Gian —esa que había construido a lo largo de años de desprecios y silencios dentro de la familia— vaciló, y vi algo romperse en su rostro. Bajó la mirada apenas un instante, clavando los ojos oscuros en la moqueta horrorosa del despacho, antes de alzarlos de nuevo y fijarlos en un punto cualquiera de la pared.

—Está demasiado enferma para un traslado así.

—Sabes que puedo poner a su disposición el mejor avión medicalizado. Y, una vez aquí, tendrá la mejor atención médica que el dinero pueda comprar.

—Lo sé, pero ella se niega. —Gian se pasó una mano por su cabello negro rizado—. Quiere morir en Nápoles, la ciudad en la que lleva viviendo desde que tenía ocho años. Y no puedo quitarle eso.

La madre de Gian estaba enferma desde hacía cinco años. El diagnóstico había llegado como un golpe seco y, en los últimos dos, la enfermedad había avanzado hasta un punto crítico. Tenía una mujer que la cuidaba, alguien de confianza que se ocupaba de ella cuando Gian no podía estar. Aun así, eso no era suficiente.

Porque a Gian le estaba matando por dentro no poder estar a su lado.

Sabía que no debería haberle ofrecido el puesto de sottocapo, pero me consideraba una persona justa. Aquella era una elección

que debía tomar Gian, no yo. Una elección de mierda, pero así era la vida.

—Puedes volver cuando lo necesites —sugerí—. Lo sabes, ¿verdad?

Gian me miró con intensidad. No hubo duda alguna en ninguna de sus palabras.

—Mi lugar ahora mismo está en Chicago, como tu sottocapo. Es como debe ser, como siempre hemos dicho que sería.

Gian no se equivocaba. Desde el primer momento en el que lo conocí en Nápoles diez años atrás, cuando mi padre me envió con la familia de allí para quitarme de en medio durante una temporada, supe que Gian sería mi sottocapo cuando alcanzara el poder. Simplemente sentí que podía confiar en ese hijo de puta con mi vida.

Y no me equivoqué.

Tampoco era imbécil. Ahora, más que nunca, necesitaba gente leal a mi lado. Era consciente de que, con tan solo veinticuatro años, era un don demasiado joven. Aunque había otros casos como el mío, mi ascenso al poder había sido inesperado. Y, pese a que sabía que me había ido ganando la lealtad de nuestros hombres durante todos estos años, muchos de ellos me consideraban demasiado imprevisible. Una bomba que no se podía controlar, y eso me hacía peligroso a ojos de muchos.

Que se produjera una revuelta interna era un riesgo que asumía.

—Sé que le dijiste a tu tío la semana pasada que no ibas a mover un dedo contra Miroslav Malkov y sus hombres —dijo Gian, cambiando de tema—, pero es un error. Tus hombres van a exigir sangre.

—Nuestros hombres —le corregí de inmediato. Porque, joder, Gian era uno más. Siempre lo había sido—. Y tendrán más sangre —le aseguré con una sonrisa sádica—. Miroslav buscará venganza porque eliminamos a sus sicarios, y su contraataque me dará la excusa perfecta para darle a nuestros hombres lo que están pidiendo.

Gian asintió, comprendiendo la jugada.

—Miroslav está intentando afianzarse en Chicago. Está perdiendo influencia en Rusia y cree que podrá recuperarla aquí.

—Miroslav es un avaricioso de mierda. Vio la debilidad de mi padre y lo engañó con aquel cargamento de armas ilegales. Ahora ese imbécil piensa que puede quedarse con nuestras calles solo porque el viejo bajó la guardia. Pero yo no soy mi padre y, si aún no se ha dado cuenta de que las reglas han cambiado, lo hará pronto.

Gian asintió y se quedó en silencio mientras yo seguía sopesando el sobre en mi mano. Me conocía demasiado bien; sabía detectar el momento exacto en el que debía dejar de hablar y limitarse a estar allí, presente pero en silencio.

Esa era una de las muchas razones por las que era mi sottocapo. En un mundo lleno de hombres que hablaban demasiado para ocultar su miedo o su ambición, el silencio de Gian era un refugio de lealtad. Me permitía pensar, sopesar mis próximos movimientos sin la distracción de palabras innecesarias.

Finalmente, deslicé el dedo por la solapa del sobre y rompí el sello. Saqué el documento y lo leí con detenimiento. Y, a pesar de que sabía lo que iba a encontrar, que no albergaba dudas al respecto, sentí cómo el alivio se expandía por mi pecho.

—Siena es la hija de mi hermana —anuncié.

Gian me observó durante unos instantes con una expresión que no supe interpretar. No habló de inmediato, sino que esperó unos pocos minutos más, como si estuviera tanteando el terreno, como si me estuviera dando un poco más de tiempo.

—¿Bastó con el cabello que recogiste cuando estuviste con ella?

—Sí. No hay ninguna duda —respondí, dejando el resultado de la prueba de ADN y el sobre encima de la mesa—. También el análisis del tenedor que usó Glenda en nuestra última cena ha servido para cerrar el círculo. Siena es su sobrina. Es la hija de Mauro.

—Y él no lo sabe —murmuró Gian.

—Él nunca supo que mi hermana estaba embarazada. Su padre no quiso que se casase con ella y mi hermana se lo ocultó. Supongo que quiso protegerlo; así era ella.

Catalina era mi hermana. Ella había sido cuatro años mayor que yo, pero siempre habíamos estado muy unidos. Yo nunca había tenido una personalidad fácil, pero ella siempre había estado para mí, cuidándome, protegiéndome como podía. Estuvo para mí sosteniéndome cuando nuestra madre murió, también en cada desprecio de mi padre.

Pero yo no había estado para ella cuando más me necesitó. Me encontraba en Nápoles, aislado, sin saber lo que estaba pasando. Si lo hubiera sabido, si hubiera llegado a tiempo, si hubiera podido ayudarla de alguna manera… No había día, desde los ocho años que habían pasado de su muerte, que no me castigara a mí mismo por ello.

Desgraciadamente, no había nada que pudiese hacer para cambiar el pasado. Pero sí el futuro. No había podido proteger a mi hermana, pero protegería a su hija, Siena.

—Lo que no entiendo es cómo terminó con Damiano Mancini —dijo Gian.

—Ronda —comencé, nombrando a la sirvienta que nos había criado a mi hermana y a mí, cuando mi madre murió cuando eramos muy pequeños— cuidó de ella tras la muerte de mi hermana, escondiéndola de mi padre, pero enfermó gravemente cuando Siena tenía poco más de un año y debió pensar que era más seguro entregársela a él. —Hice una pausa—. Aún hay muchas cosas que no sé. Joder, ni siquiera sabía que Catalina estaba embarazada.

—Siena estará con nosotros —me prometió Gian—. Ella es una Romano.

Ese era mi plan. Llevarme a mi sobrina conmigo y arrebatársela a Damiano Mancini. Pero necesitaba ser paciente si quería que las cosas saliesen bien.

—Primero necesito consolidar mi puesto como don. Necesito que el respeto de mis hombres sea absoluto, que nadie cuestione mi mando. Después, traeré a la hija de mi hermana aquí, a su casa, al lugar al que pertenece.

—Damiano no te lo va a poner fácil —me advirtió Gian, a pesar de sus anteriores palabras—. Y Mauro, cuando se entere de que es su hija, tampoco se quedará de brazos cruzados.

—Mauro perdió cualquier derecho en el instante en que dejó que mi hermana se fuera y no la buscó cuando huyó —repliqué con una frialdad cortante—. Me importa una mierda que no supiera que estaba embarazada. De hecho, que no lo supiera es lo único que lo mantiene con vida.

—Entonces debemos preparar a nuestros hombres para una guerra. Tu tío no va a estar contento.

—Mi tío se puede ir a la mierda. Además, no habrá ninguna guerra. Siena es mi sobrina, una Romano, es mi derecho reclamar su custodia. Los don de las familias de Chicago me darán la razón. Solo necesito tiempo para que reconozcan mi liderazgo en la familia Romano.

—¿Tendrás la paciencia para esperar?

Esbocé una sonrisa.

—Tendré que encontrar un entretenimiento que haga esa espera más llevadera.

Y, sin pedir permiso, aquellos ojos de cervatillo aparecieron en mi mente. Grandes, marrones y compasivos.

Mi sonrisa se amplió.

Porque la paciencia nunca había sido mi fuerte, pero la caza… Eso era lo que mejor sabía hacer.

CAPÍTULO 4

Quinn

Era la primera vez que acudía a una fiesta de gente rica. Aunque no era una invitada, sino parte del servicio, pero aun así era algo completamente nuevo y extraño para mí.

Cosimo estaba celebrando su mudanza oficial a la mansión. Una especie de fiesta de bienvenida que, en mi opinión, era de mal gusto. Él había heredado aquella mansión de su padre. Y, por favor, este había muerto hacía menos de ¿qué?, ¿tres semanas?

Me parecía de una frialdad absoluta organizar una fiesta cuando el luto aún debería estar presente en las paredes de la casa. Pero, claro, si algo me había quedado claro en mis dos interacciones con Cosimo Romano, es que no se regía por las normas del resto de los mortales.

Bruna, la ama de llaves y mi superior, me había dado la posibilidad de encerrarme en mi habitación y no trabajar en la fiesta, algo que en un principio había aceptado. Pero cuando el servicio de catering que ella había contratado la dejó tirada en el último momento y tuvo que improvisar y pedir a los empleados que ayudáramos, no podía fallarle.

Ella se había portado de maravilla conmigo, ofreciéndome un trabajo y un hogar sin apenas conocerme. En ese momento, yo era la única trabajadora interna, una posición privilegiada que me permitía ahorrar la mayor parte de mi sueldo. Necesitaba cada centavo; sabía que, tarde o temprano, tendría que huir de nuevo. Ayudar en la fiesta era un pequeño precio a pagar por la seguridad que estas paredes me brindaban, aunque eso significara exponerme a miradas que preferiría evitar.

—¿Han llegado ya todos los invitados? —preguntó Georgina, una chica muy agradable que, según me había contado, trabajaba de vez en cuando en la mansión para sacarse un dinero extra.

—Y qué narices importa eso —le espetó Alessandra.

—Tú siempre tan encantadora, Alessandra —masculló Georgina, negando con la cabeza—. Lo pregunto porque Bruna ha ordenado que no empecemos a servir los canapés hasta que estén todos presentes.

La rubia abusona, que me había obligado a limpiar la sala de retratos unos días atrás y que aquella noche había descubierto que se llamaba Alessandra, lanzó un bufido.

—Bruna es una exagerada. El protocolo no es necesario. Esto no es una fiesta oficial, es solo una reunión de…

—De amigos —la interrumpió Bruna, que apareció de pronto en la cocina, terminando la frase por ella.

Bruna le dirigió una mirada a Alessandra que no terminé de comprender, pero que hizo que se quedara lívida al instante. La seguridad y la prepotencia que siempre la acompañaban desaparecieron, y la piel de su rostro, habitualmente bronceada, perdió todo color hasta parecer la de un fantasma.

—Yo… —balbuceó, nerviosa, como si acabara de cometer el peor de los errores—. Solo decía que…

—No quiero excusas —Bruna la interrumpió de nuevo—. Poneos a trabajar. Ya.

Tanto Alessandra como Georgina cogieron las bandejas y salieron de la cocina a toda prisa, seguidas por otras dos camareras. Yo, queriendo ser útil y pasar desapercibida, fui a coger una de las bandejas de blinis con salmón y caviar que esperaba sobre la encimera de mármol, pero la mano de Bruna sobre mi hombro me detuvo.

—Ya has ayudado bastante, Quinn. No es necesario que vayas al salón.

—No hay suficientes camareros, Bruna —le dije, a pesar de que prefería quedarme encerrada en la cocina o, mejor aún, ir a mi habitación—. Me necesitas.

—Llevo muchos años encargándome de esta casa y de las celebraciones que se dan en ella. Sé cómo arreglármelas ante los imprevistos, créeme.

—Y yo no lo pongo en duda. Pero, de verdad, quiero hacerlo.

No era cierto. Prefería que me sacasen una muela sin anestesia y con un alicate, pero yo era una persona agradecida; así me habían educado. Y, a pesar de sus palabras, Bruna necesitaba toda la ayuda posible.

—Está bien —cedió con un suspiro, alzando su mano—. Pero si te sientes incómoda con tanta gente, vuelve a la cocina.

No le había contado nada de mi pasado. Ella no había preguntado y yo prefería mantener mis secretos bajo llave; era mucho mejor así. Bruna me había encontrado mientras yo vagaba por las calles de Chicago, derrotada y pidiendo algo para comer. Se había apiadado de mí en un momento en que yo no era más que una sombra invisible para el resto de los transeúntes. Me había ofrecido un empleo, un plato caliente que llevarme a la boca y un techo donde dormir cuando no tenía por qué hacerlo. Y lo más importante: me había dado, sin saberlo, un refugio.

Y eso era algo que jamás olvidaría.

Sin pensármelo mucho, sostuve la bandeja. Con el uniforme de camarera, un pantalón negro de vestir y una camisa blanca, no era más que una más. Nadie me miraría dos veces, por lo que estaba segura allí.

Sin embargo, cuando llegué al salón y crucé el umbral, mi estómago se encogió con una punzada helada. Fue una reacción física, instantánea; esa sensación de estar siendo observada, un miedo que se había convertido en mi propio eco desde hacía mes y medio.

A pesar de que la estancia estaba abarrotada de gente y el murmullo de las conversaciones llenaba el aire, sentí como si un foco me estuviera siguiendo a través de la penumbra. Traté de convencerme de que era solo mi paranoia, de que nadie en aquel lugar sabía quién era yo ni de dónde venía. Me repetía, casi como un ruego, que aquellos hombres y mujeres eran inofensivos, simples desconocidos disfrutando de una fiesta elegante. Pero mi cuerpo no me hacía caso; mi instinto gritaba lo contrario, tensando mis músculos y acelerando mi pulso hasta que el peso de la bandeja empezó a flaquear en mis manos.

Me quedé petrificada en mitad del salón, obligándome a respirar hondo por la nariz en un intento desesperado por relajarme. Sabía que tenía que moverme; cada segundo que pasaba allí quieta, como una estatua de mármol en medio de la marea de invitados, me volvía más visible. Si no reaccionaba pronto, conseguiría justo lo que tanto temía: llamar la atención de todos.

¡Dios, en ese momento daría cualquier cosa por un porro! Solo algo que apagara el ruido de mi cabeza.

—Siempre he pensado que un sándwich de jamón y queso es mucho mejor que estos canapés tan sofisticados. No te llegan ni a un diente.

—La voz de Cosimo me devolvió a la realidad.

Estaba frente a mí, tan imponente como siempre. Cosimo debía medir más de un metro ochenta, y yo ni siquiera llegaba al metro sesenta. Llevaba un traje de tres piezas de un azul noche tan oscuro que parecía negro, hecho a medida para resaltar la amplitud de sus hombros. La camisa blanca estaba impecablemente planchada, pero se había desabrochado el primer botón, dejando entrever un trozo de piel ligeramente bronceada.

Sin dejar de mirarme a los ojos, alargó la mano, cogió uno de los blinis y se lo metió en la boca, tragándolo casi sin masticar.

—¿Lo ves? —insistió con una media sonrisa, ladeando un poco la cabeza—. Necesitaría comerme la bandeja entera para llenar el estómago.

—Se supone que es lo que debe servirse en este tipo de fiestas, señor —respondí, tratando de recuperar mi tono profesional y mantener la vista fija en la bandeja para no perderme en la suya.

—Bueno, pues igual va siendo hora de cambiar las normas, ¿no crees? ¿O tú eres de las que disfrutan de estos canapés tan pretenciosos? —me preguntó con un tono amigable, casi cómplice.

Me quedé descolocada. No sabía si era porque era la primera vez que nos encontrábamos en público y frente a sus invitados, pero Cosimo se comportaba diferente. Se mostraba cercano, casi encantador. Demasiado.

Aquella amabilidad tenía algo artificial, empalagoso.

En realidad, era como si fuese él pero, a la vez, no lo fuese. ¿Tenía eso siquiera sentido?

—Ni siquiera los he probado —confesé, tratando de mantener la voz estable.

—Entonces deberías hacerlo —replicó él. Sin previo aviso, cogió uno de los blinis y me lo acercó a los labios.

Me quedé helada. ¿Qué pretendía? ¿Que le diera un mordisco al canapé que sostenía entre sus dedos, allí mismo, en medio de la fiesta y delante de todos sus invitados? ¿Se había vuelto loco o es que disfrutaba poniéndome en evidencia? El corazón me golpeaba con fuerza contra las costillas, una mezcla de pánico y algo más que no quería identificar.

—Estoy trabajando, señor. Si me disculpa... —dije, intentando dar un paso lateral para escapar de su radio de acción.

Él no insistió con la comida; simplemente dejó caer el canapé de nuevo en la bandeja de plata con un gesto despreocupado.

—No me llames señor —replicó en un tono bajo, casi un susurro que solo yo podía oír sobre el estruendo de la fiesta—. No lo has hecho antes. No empieces a hacerlo ahora.

—Debería haberlo hecho desde el principio —le corregí, evitando su mirada—. No es profesional tutearle.

Cosimo enarcó una ceja, y una chispa de diversión asomó a sus ojos.

—Yo soy quien te paga, así que yo soy quien decide las normas. Tuteame, Quinn.

Escuchar mi nombre en su boca me provocó un escalofrío, como si al pronunciarlo hubiera tomado posesión de una parte de mí que yo intentaba mantener oculta. No era solo que recordase mi nombre; era la forma en que su voz envolvía las sílabas, como si, de repente, ya no fuera una empleada más, como si fuese alguien especial para él, lo que era una verdadera idiotez.

A Cosimo yo no le importaba más que una mota de polvo en sus zapatos, y así es como debía ser. Como yo quería que fuese.

—Está bien —cedí, haciendo un esfuerzo titánico por no flaquear—. Ahora, si me lo permites, tengo que ofrecer canapés al resto de los invitados.

—Por supuesto —dijo él, ladeando la cabeza con una sonrisa apenas perceptible.

Empecé a moverme, deseando que la distancia enfriara el calor que sentía en las mejillas, pero su voz me detuvo antes de que pudiera alejarme.

—Ah, una cosa más, Quinn —dijo, acortando el espacio entre nosotros. Se inclinó lo justo para que su aliento rozara mi oreja—. Pensándolo mejor, guárdate lo de señor. Hay una situación muy específica en la que estaré encantado de que me llames así.

Me susurró aquello mientras pasaba por mi lado sin detenerse, dejándome clavada en el sitio, con el corazón martilleando contra mis costillas y la bandeja temblando entre mis manos.

¿Él había insinuado lo que creía que había insinuado?

No, claro que no. Era mi mente la que me estaba jugando malas pasadas.

Por Dios. Tenía que centrarme.

Evitando todo lo posible mirar a los ojos a los invitados, me paseé por la sala ofreciendo canapés. En cuanto la bandeja quedó vacía, regresé a la cocina casi huyendo para buscar la siguiente tanda. Esta vez, eran vasitos de cristal con un gazpacho de cerezas y nieve de queso.

No tenían un aspecto nada apetecible. Lo cierto era que estaba de acuerdo con Cosimo en que esa comida tan sofisticada al final no te quitaba el hambre. Aunque probablemente, en ese tipo de fiestas, lo que se pretendía era aparentar más que alimentar a los invitados.

Cosimo, a pesar de todo el lujo que le rodeaba, no parecía un hombre al que le gustase aparentar; sin embargo, tampoco era alguien sencillo. Lo cierto era que no tenía la menor idea de quién era realmente.

Cuando regresé a la sala, no pude evitar buscarlo con la mirada, aunque no lo encontré por ninguna parte. Me acerqué a un grupo de tres hombres que, para mi sorpresa, hablaban en un idioma diferente. No tardé en darme cuenta de que era italiano y, en ese instante, caí en que mi jefe tenía nombre y apellido italianos. Por el amor de Dios, ¿cómo no lo había pensado antes? Italia siempre había sido el lugar al que me habría gustado viajar, aunque el dinero

nunca había sobrado en mi casa y al final siempre se había quedado en un sueño lejano.

Los hombres cogieron los vasitos de gazpacho sin apenas mirarme, pero se quedaron en silencio en cuanto me tuvieron al lado, como si estuvieran discutiendo algo que no querían que nadie más escuchara. El ambiente entre ellos era tenso.

«La gente rica y sus secretos», pensé mientras me alejaba. En aquel momento no podía imaginar que aquellos secretos eran mucho más peligrosos que simples cotilleos de alta sociedad.

Estaba regresando a la cocina a por otra bandeja cuando un hombre que salía del baño me interceptó.

—¿Adónde vas, *bellissima*? —preguntó, dejando claro que Cosimo se juntaba con hombres que, como él, tenían ascendencia italiana.

Era unos cuantos años mayor que yo; debía estar a comienzos de sus treinta. Tenía ese tipo de belleza clásica y cuidada que solía atraer todas las miradas, pero a mí no me decía absolutamente nada. Y había algo en la forma en la que sus ojos recorrían mi cuerpo, como si estuviera tasando una mercancía, que me revolvió el estómago. Sabía por experiencia que a esa clase de hombres era mejor mantenerlos lejos.

—A la cocina, por más canapés —respondí con sequedad, intentando dar un paso hacia adelante.

—Déjame ayudarte —se ofreció, aunque no hizo el menor amago de quitarme la pesada bandeja; solo se acercó más, invadiendo mi espacio personal.

—No es necesario —corté, manteniendo la bandeja entre nosotros como si fuera un escudo.

—Puedo invitarte a una copa. —Sus ojos brillaron con una insistencia que me dio escalofríos.

—Estoy trabajando —repetí, apretando los dientes.

Él soltó una carcajada suave, una que no llegaba a sus ojos, y alargó una mano para rozar el borde de mi manga. El pánico empezó a treparme por la garganta. Estábamos en un pasillo apartado y la música del salón amortiguaba cualquier sonido. Aquel hombre no parecía acostumbrado a escuchar un «no» por

respuesta; sobre todo, de mujeres como yo, que solo eran empleadas.

—Vincenzo. —El nombre fue pronunciado con una calma tan gélida que el aire pareció congelarse en el pasillo.

El hombre se quedó rígido al instante, soltando mi brazo como si el contacto le hubiera quemado la piel. Giró la cabeza lentamente y su rostro, antes lleno de una confianza arrogante, palideció hasta volverse ceniza.

Cosimo estaba allí, a pocos metros de nosotros, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y una expresión de absoluta neutralidad que resultaba profundamente inquietante.

—Cosimo… yo solo… —balbuceó Vincenzo, cuya voz había subido dos octavas por el puro nerviosismo.

—Regresa al salón —dijo Cosimo, interrumpiéndolo. Sus palabras fueron formuladas de manera suave, con ese tono aterciopelado que solía acompañar su voz. Y, aunque parecía ser una sugerencia, ¿por qué tuve la sensación de que era una orden?—. Y no te preocupes, vamos a hablar más tarde de esto —añadió cuando Vincenzo se quedó congelado en el sitio. Se acercó a él para darle una palmadita amistosa en la espalda.

A pesar de sus palabras relajadas y de su lenguaje corporal distendido, había algo en todo aquello que no se sentía en absoluto amigable. Y pude ver en la expresión desencajada de Vincenzo que él lo sintió también.

Joder, ese hombre que tenía la misma estatura y complexión que Cosimo parecía completamente aterrorizado, y hasta yo, que ni siquiera comprendía lo que estaba pasando, tuve la sensación de que aquel miedo no era exagerado.

Vincenzo, que finalmente reaccionó, asintió y se dio la vuelta, alejándose de nosotros con rapidez. Vi cómo desaparecía por una de las puertas abiertas que daban al salón.

—¿Estás bien, Quinn? —me preguntó Cosimo en cuanto nos quedamos solos. Su voz seguía siendo tranquila, pero había adquirido un borde suave y gentil. Él parecía preocupado por mí, y eso hizo que algo dentro de mí se ablandara.

Pero, a la vez, tenía la sensación de que algo no estaba bien en todo aquello.

—Sí, gracias. —Esbocé una sonrisa incómoda—. Se estaba poniendo pesado.

Cosimo avanzó un par de pasos, acercándose tanto a mí que podía sentir su cálido aliento sobre mi rostro.

—Si un hombre vuelve a ponerse pesado contigo, avísame.

A pesar de que Cosimo no me estaba tocando, ambos sabíamos que no había necesidad de que invadiera mi espacio personal de esa manera para pronunciar esas palabras. Tal y como le había dicho, era totalmente inapropiado.

Y aunque podría retroceder un par de pasos para alejarme de él, esta vez no quise hacerlo. No quería darle esa satisfacción de retroceder.

—¿Y si ese hombre eres tú? —cuestioné, alzando la barbilla y manteniéndole la mirada.

Por primera vez desde que lo había conocido, atisbé en los ojos de Cosimo un destello de sorpresa. Apenas duró un instante, antes de hundirse de nuevo en la profundidad de mar verde que era su mirada. Pero estuvo ahí. Y saberlo provocó que una cálida satisfacción se instalara en mi estómago.

—¿Crees que soy como Vincenzo?

—Pareces muy decidido a molestarme y no dejarme trabajar —dije, y no esperé su respuesta.

Me giré sin decir palabra y me refugié en la cocina. Decidí que no saldría de allí; no quería volver a cruzarme con mi jefe, ni mucho menos con otro invitado que se pasara de la raya. Necesitaba el calor de los electrodomésticos y el ruido de los platos para acallar el caos de mis pensamientos.

—Vaya, parecías una mosquita muerta, pero resultaste ser más lista que el hambre —soltó Alessandra, apareciendo con una bandeja vacía justo cuando yo estaba metiendo los platos en el lavavajillas.

Me giré despacio para mirarla, tratando de ocultar mi agotamiento.

—No tengo la menor idea de qué estás hablando —repliqué con voz plana.

—Te he visto en el pasillo con Cosimo. ¿Eso es lo que buscas, dar el pelotazo? —Se acercó a mí, con una sonrisa cargada de veneno—. Pues te aviso: un hombre como él nunca se casaría con alguien tan poca cosa. Como mucho te follaría un par de veces y te dejaría tirada después. Tenlo claro.

Me quedé de piedra, con los ojos muy abiertos, incapaz de procesar tanta crueldad gratuita.

—¿En serio, Alessandra? ¿Era necesario? —intervino Georgina, que acababa de entrar.

—Tú cállate —le espetó Alessandra antes de agarrar una bandeja de bebidas y salir de la cocina como un torbellino de arrogancia.

—No le hagas ni el más mínimo caso —me consoló Georgina, acercándose a mí con un gesto amable—. Está rabiando porque lleva tiempo intentando que Cosimo se fije en ella, pero él ni siquiera sabe que existe. Se ha puesto celosa al ver que te dedicaba más de dos palabras.

—No tiene motivos para estarlo —dije, sintiendo un nudo en la garganta—. Cosimo y yo solo somos jefe y empleada. Nada más.

Georgina soltó una risa dulce.

—Bueno, lo cierto es que está increíblemente bueno. Es el soltero de oro de Chicago; un empresario de éxito que acaba de heredar una fortuna colosal. Normal que todas pierdan la cabeza.

—Todo eso me trae sin cuidado —insistí, y era la verdad. Bien sabía que el dinero solo traía problemas.

Georgina se encogió de hombros.

—A mí también, créeme. Bruna es vecina de mis padres y siempre habla maravillas de él. Dice que es un hombre de palabra, pero... —hizo una pausa, bajando un poco la voz— lo cierto es que a veces da un poco de miedo. Apenas lo conozco, pero hay algo en su mirada que te hiela la sangre.

—A mí no me hiela nada —respondí con una frialdad que me sorprendió incluso a mí.

Georgina me observó con perplejidad durante unos instantes, como si no pudiera llegar a creerse mis palabras, como si aquella fuese la reacción natural que todo el mundo tenía alrededor de

Cosimo. Lo cierto era que Cosimo no me infundía ese temor reverencial que parecía afectar al resto.

Quizá un mes atrás, antes de que mi vida saltara por los aires, su intensidad me habría hecho huir despavorida. Pero después de haber conocido la verdadera cara del miedo, ese que te acecha en la oscuridad y te hace no poder vivir tranquila ni durante un segundo, Cosimo Romano solo me parecía un hombre poderoso. Muy extravagante, pero no peligroso.

—Mejor así —dijo Georgina al fin, rompiendo el silencio—. Aunque con quien tienes que tener cuidado de verdad es con Alessandra. Es de las que ladran y, si te descuidas, muerden.

—Pues tú no pareces tenerle el menor miedo.

—Yo solo trabajo en la mansión de vez en cuando. Las chicas como Alessandra me producen urticaria y me niego a mantener la boca cerrada por alguien como ella. Como no me ve a menudo, termina pasando de mí, pero a ti… Por alguna razón, te ha puesto en su punto de mira. Te ve como una rival, Quinn. Ten cuidado.

Suspiré cuando ella se marchó.

Tenía que alejarme todo lo posible de Cosimo. La mansión era inmensa; si me lo proponía, podía evitarlo. No podía permitirme llamar la atención, ni despertar envidias, ni mucho menos convertirme en el centro de ningún juego de poder.

«Pasar desapercibida». Ese era mi mantra.

Mierda. Estaba haciendo exactamente lo contrario.

CAPÍTULO 5

Quinn

Ni siquiera sabía con exactitud qué hora era, pero debían de ser más de las dos de la madrugada.

Aunque la fiesta no se había alargado demasiado, habíamos tenido que quedarnos más de tres horas recogiendo. Y, como parecía ser ya una costumbre en ella, Alessandra se había escaqueado en cuanto tuvo la mínima oportunidad.

Por suerte, el resto de los empleados no eran como ella. Especialmente, Georgina. Había estado hablando casi todo el tiempo mientras limpiábamos y consiguió que la tarea resultara mucho menos tediosa.

Caminé hasta mi habitación, exhausta. Lo único que deseaba era tumbarme en el colchón y dormir. Menos mal que, al día siguiente, era mi día libre y podría descansar. Pero mis planes se vieron interrumpidos cuando giré la manilla y vi a Cosimo sentado en mi cama, con la espalda pegada contra la pared y las piernas estiradas sobre el edredón.

¿Qué coño…?

—¿Cosimo?

—Has tardado más de lo que esperaba —dijo, como si no fuera raro que estuviese allí, como si tuviera todo el derecho de abrir la puerta de mi habitación y meterse en ella sin permiso alguno.

Se había quitado la chaqueta de traje. Ahora podía ver los tirantes del mismo color que el traje sobre la camisa. Mis ojos descendieron inconscientemente hasta su pecho, dándome cuenta de que se había desabrochado un par de botones más. También me fijé en que estaba descalzo.

—No deberías estar aquí —espeté, enfadada.

Cosimo me miró con diversión, sin tan siquiera inmutarse ante mi enfado.

—La habitación no estaba cerrada con llave.

A pesar de que Bruna me había dado una llave, teniendo en cuenta que estaba sola en esa zona de la casa, no había visto la necesidad de utilizarla. Al parecer, me había equivocado.

—¿Y crees que eso te da derecho a colarte en mi habitación? —repliqué—. Fuera. Ahora mismo. —Me giré levemente en el umbral y señalé el pasillo.

Era consciente de que no me convenía enfrentarme a mi jefe y de que no eran maneras de hablarle, pero no pensaba tolerar que se saltase todos los límites e hiciese lo que le daba la gana solo porque creía que podía.

Estaba harta de que se tomase esas confianzas todo el rato. Esta vez se había pasado por completo de la raya.

—Vamos, no te pongas así. Tienes un rostro demasiado bonito como para arrugarlo por un enfado tonto. —Cosimo no solo no se movió ni un solo milímetro, sino que alzó las manos en señal de paz, con evidente burla—. Fabrizio siempre me prepara comida de más y he pensado que tendrías hambre después de trabajar. —Señaló con la barbilla un carro de acero que no había visto.

—Te lo agradezco —el sarcasmo bailó en mis palabras—, pero estoy bien. —Crucé los brazos—. Ahora, vete.

Como si supiera que el mejor argumento no estaba en sus palabras, Cosimo se levantó de un salto de la cama y se dirigió hacia el carrito. Abrió la tapa, mostrándome cuatro platos. Aunque el único en el que me fijé fue en una porción de lasaña que se veía muy bien. Y olía aún mejor.

Mi estómago rugió y Cosimo sonrió.

—La lasaña boloñesa es la especialidad de Fabrizio. Es casi tan irresistible como yo.

Entorné los ojos ante su último comentario, pero hundí los hombros y descrucé los brazos.

—Aunque te diga que no, tampoco te vas a rendir, ¿no?

—Me vas conociendo, Quinn.

—Está bien —cedí con un suspiro, entrando en la habitación. Cerré la puerta detrás de mí—. Pero una cena rápida. Cuanto antes me vaya a dormir, mejor.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Cosimo mientras cogía un mantel blanco de la balda inferior del carrito para después extenderlo sobre la alfombra—. Mañana es tu día libre.

Un escalofrío se deslizó por mi espalda al escuchar aquellas palabras.

—¿Cómo lo sabes?

Cosimo me dedicó una mirada inocente antes de coger los dos platos de lasaña junto con los cubiertos y dejarlos sobre el mantel.

—Sé todo lo que pasa en mi casa, Quinn —respondió, y se sentó sobre el mantel, apoyando la espalda en el lateral de la cama —. Vamos —palmeó el hueco vacío a su lado—, tienes que probar la lasaña antes de que se enfríe.

Que él estuviera al tanto del horario de todas las empleadas y empleados a su cargo era algo normal. Al fin y al cabo, estábamos trabajando para él. Sin embargo, las alarmas que sonaron en mi cabeza no se apaciguaron ni un poco ante aquella explicación.

Porque, de nuevo, volvía a sentir algo que no se sentía bien ni normal.

Pero decidí ignorarlo. Porque la lasaña se veía espectacular y demasiadas preocupaciones tenía ya en mi cabeza como para añadir otra más.

Ocupé un lugar al lado de Cosimo. Cogí el tenedor y el cuchillo y partí una pequeña porción de lasaña para llevármela a la boca.

—Dios… —jadeé—. Está buenísima.

—Yo nunca miento. —Hizo una pausa y, con un guiño cómplice que no era cómplice en absoluto, añadió—: Bueno, casi nunca. Fabrizio nunca decepciona.

—¿Él cocina en la casa? —pregunté, ya que sabía que había un cocinero, pero no lo había conocido.

—No, Fabrizio es el chef de un restaurante italiano que suelo frecuentar.

Dejé el tenedor sobre el plato, con la boca abierta.

—¿Has pedido que un chef te prepare la cena cuando ya habías cenado?

—Ya te lo he dicho, esos canapés no me quitan el hambre.

Cosimo lo dijo como si fuera algo normal, pero para mí no lo era en absoluto. Aunque debería empezar a acostumbrarme a las excentricidades de aquel hombre.

Además, no podía no reconocer que aquella lasaña estaba buenísima. Partí otro trozo.

—No sé cómo puedes dormir aquí —dijo Cosimo, recorriendo la habitación con los ojos—. No solo es pequeña, apenas entra luz por esa ventana enana.

—Son las habitaciones del servicio —le expliqué, sin entender sus quejas. Además, él debería saberlo. Aunque luego recordé que había heredado la casa de su padre y Bruna me había contado que había mandado despedir a la mayor parte de los trabajadores internos, y al resto, los había prejubilado—. Encima, está muy bien.

Era una habitación pequeña, pero funcional.

Tenía una cama individual y una alfombra sencilla. El armario era reducido, aunque para la poca ropa que traía, resultaba casi excesivo. Cierto que la ventana era pequeña y apenas entraba luz, pero suficiente para ventilar el cuarto y evitar que se sintiera cerrado.

—¿Bien? —Cosimo chasqueó la lengua—. Ni siquiera tienes baño propio.

—No necesito baño propio. Además, hay un baño al fondo del pasillo. —Como solo estaba yo como interna en esos momentos, tan solo lo utilizaba yo, y además nunca había tenido un baño en mi habitación—. Tiene todo lo que necesito.

—Esta habitación es una mierda. Mi padre debería haber renovado esta parte de la casa hace muchos años.

Tragué saliva.

—Aunque sé que no querías servicio interno, Bruna me ha asegurado que podría quedarme —dije, porque lo cierto era que alquilar algo fuera de la mansión no me era posible en ese momento.

Cosimo debió ver la desesperación en mis ojos, porque su expresión se suavizó y, con voz gentil, dijo:

—Puedes quedarte, Quinn.

Sentí que una oleada de alivio se expandía por mi pecho.

—Te lo agradezco. Y de verdad que es más que suficiente.

Pude ver en el rostro de Cosimo que no estaba de acuerdo, pero decidió dejar el tema.

—Veo que de verdad estás disfrutando de la comida —comentó mientras yo me terminaba mi trozo de lasaña—. Voy a tener que llevarte al restaurante de Fabrizio.

—No me gusta ir a restaurantes —respondí de inmediato, intentando sonar convincente—. Disfruto mucho más de una cena especial en casa.

No era una mentira absoluta. Mis padres raras veces podían permitirse el lujo de cenar fuera, así que, cuando la economía lo permitía, mi madre preparaba algo extraordinario en nuestra propia cocina; era un recuerdo que guardaba con cariño.

Lo cierto era que sí me gustaba cenar fuera, pero no pensaba ir con Cosimo a ninguna parte. No me convenía cruzar esa línea; en realidad, ya estaba cruzando una que no debería.

—Ya lo veo —musitó.

Puse los ojos en blanco.

—Me refería a una cena cocinada en casa. No a una de un restaurante, aunque esté tan buena como esta.

Cosimo arqueó una ceja.

—Tendrás que cocinar tú, entonces. Yo no sé hacer ni un huevo frito —reconoció con una risa suave, aunque cargada de una extraña vibración—. No heredé el don que tenía mi madre para la cocina. Prefiero usar mis manos para tareas en las que soy mucho más hábil.

No tenía idea de a qué se refería. Cosimo no parecía el tipo de hombre que dedicara su tiempo libre a la albañilería, la fontanería o cualquier otro oficio manual. Sin embargo, lo cierto era que no tenía manos de rico.

Me fijé en ellas mientras sostenía el tenedor: eran grandes, de dedos largos pero robustos. No eran las manos suaves y cuidadas de un ejecutivo que solo sostiene un bolígrafo. Tenía callosidades marcadas y pequeñas cicatrices casi invisibles en los nudillos; eran manos curtidas, duras, que delataban un esfuerzo físico que no encajaba con lo que sabía de él.

—A mi madre también le encantaba cocinar, pero yo nunca tuve demasiada paciencia para la cocina. Me defiendo —no tuve otro remedio para sobrevivir—, pero no lo disfruto mucho.

—¿Ya no le gusta cocinar?

Bajé la mirada, sintiendo cómo mis ojos comenzaban a humedecerse.

—Ella murió hace unos años.

Pude sentir la mirada de Cosimo sobre mí, pero no me presionó ni insistió más, dándose cuenta de que era un tema complicado para mí.

Bruna me había contado que él también había perdido a su madre, pero en su caso era aún peor, porque era pequeño cuando sucedió. Tal vez él tampoco quería recordar ese momento trágico de su infancia y prefirió cambiar de tema.

—Tienes que probar el tiramisú —dijo, recogiendo los platos vacíos y yendo hacia el carrito para traer dos platos pequeños y unas cucharas—. Si disfrutas de los postres como yo, te va a encantar.

—Me encantan los postres —logré controlar las lágrimas que el recuerdo de mi madre siempre traía consigo, sintiéndome un poco más tranquila.

Cosimo me entregó el plato.

Había probado el tiramisú en un par de ocasiones antes, pero todas ellas habían sido versiones congeladas, no caseras como esa.

—Dios… está buenísimo.

—Veo que eres de dulce.

—Sí. ¿Tú eres más de dulce o salado?

Me guiñó un ojo.

—Yo siempre seré de dulce.

La conversación era absurda, pero hizo que me calmara. Cosimo se mostraba tan relajado que podía disfrutar de aquellos momentos con él así. Además, aunque se había colado en mi habitación sin permiso —algo que estaba completamente mal—, había tenido la consideración de compartir su cena conmigo. Y eso era un detalle.

El tiramisú estaba demasiado bueno para comerlo deprisa. Me llevé otra cucharada a la boca, saboreándolo con calma,

agradeciendo aquel pequeño placer inesperado después de una noche interminable.

—Tienes un poco de chocolate —dijo Cosimo.

Lo miré.

—¿Dónde?

Fui a buscar alguna servilleta para limpiarme, pero antes de que pudiera siquiera moverme, Cosimo fue más rápido y estiró la mano, pasando la yema de su dedo índice por mi labio inferior, llevándose el rastro de chocolate con él. Después, se llevó el dedo a la boca.

—Tan dulce como esperaba —murmuró.

El gesto, tan obsceno como inapropiado, hizo que algo dentro de mí se agitara. Algo que había creído dormido desde hacía tiempo. Algo que no debería despertarse de nuevo.

El aire en la habitación se volvió denso, cargado, y la atmósfera relajada que se había creado entre nosotros se evaporó por completo. Los ojos de Cosimo se oscurecieron hasta adquirir un tono casi negro y apoyó una de sus manos sobre el colchón, inclinándose ligeramente hacia mí.

Sabía qué iba a pasar si no lo detenía.

—Lo mejor es que te vayas. —Las palabras salieron bruscas de mis labios.

Los movimientos de Cosimo se detuvieron y sus ojos me analizaron con intensidad. Pude ver la lucha interna que se debatía en su interior, pero terminó asintiendo tan ligeramente que apenas fue perceptible y, utilizando como apoyo el brazo que tenía sobre el colchón, se levantó.

—Ambos sabemos que no lo es. Pero me voy a ir porque me lo has pedido —dijo mientras cruzaba la habitación y se dirigía hacia la puerta—. Dulces sueños, *cerbiatta*.

Por primera vez, Cosimo me había hecho caso. Se había marchado sin oponer resistencia y yo debería haberme sentido aliviada; acababa de salvarme de cometer el error más grande de mi vida.

¿El problema? Que el alivio no llegó. En su lugar, un vacío frío se instaló en mi pecho, dejándome con una punzada de decepción que no me atrevía a confesar.

CAPÍTULO 6

Cosimo

—Me ha llamado Emiliano Martínez —me dijo Mauro desde detrás del escritorio de su despacho en la farmacéutica.

Como siempre, me observaba con ese aire de condescendencia que me resultaba insoportable. Pero no iba a darle el gusto; no obtendría la reacción que buscaba. Él esperaba que el mundo entero se postrase a sus pies por el simple hecho de ser el don de la familia con más poder de Chicago, pero conmigo siempre se topaba con un muro.

—¿Ah, sí? Hace tiempo que no hablo con él —respondí con calculada indiferencia, acomodándome en el sofá de cuero blanco—. ¿Le has dado recuerdos de mi parte?

Emiliano Martínez era un traficante de armas mexicano con el que a mi padre le gustaba relacionarse. A mí me parecía un imbécil con muchas pretensiones.

—Dice que tu sottocapo se ha reunido con él y ha roto todos vuestros tratos —apostilló Mauro, sin apartar la vista de mí.

—Los tratos de mi padre, querrás decir —puntualicé—. Yo soy un hombre de honor, Mauro. Jamás rompo mi palabra.

Él me observó con esa calma glacial que lo caracterizaba. A veces sentía un impulso casi eléctrico de zarandearlo, de obligarlo a mostrar una grieta, un asomo de emoción humana. No lograba entender qué había visto mi hermana en él. ¿Cómo había podido enamorarse de un tipo tan vacío?

Catalina había dejado un diario. Un testamento de papel donde hablaba de él como si fuera el sol, la luna y las estrellas. Pero también había dejado una advertencia: una entrada donde me suplicaba que, si ella llegaba a faltar, no descargara mi furia contra él. Por eso no lo acuchillaba allí mismo; por eso, y porque, aunque él no tenía ni idea, era el padre de Siena. Y aunque mi idea era que

ella viviese conmigo lejos de él, sabía que si lo mataba, cuando mi sobrina fuese mayor, me lo echaría en cara.

—Emiliano está muy cabreado —me advirtió—. Va a perder mucho dinero.

—Nada en dinero. No entiendo por qué tanto drama —dije, haciendo rebotar la punta del pie contra el suelo. Pude ver cómo la mirada de Mauro descendía hasta mi pie y fruncía levemente el ceño, como si aquel sonido le estuviese taladrando la paciencia. Un gesto apenas perceptible, pero que para mí fue ¡bingo!—. Además, ya tiene acuerdos beneficiosos con otros socios. No necesita a mi familia. —Volví a repetir el movimiento con mi pie. Pero, esta vez, con más fuerza.

—¡¿Puedes parar, joder?! —No fue Mauro quien se quejó, sino Damiano, su hermanastro, que se encontraba apoyado contra la pared, observándome con esa expresión de haberse comido un limón que parecía llevar tatuada en la cara—. Tu padre no quería que yo hiciese tratos con Emiliano porque quería todo el pastel para él —recordó con un bufido—. ¡Y vas tú y los rompes! Es que manda huevos.

No le respondí a eso.

A esas alturas ya deberían ser lo suficientemente inteligentes como para darse cuenta de que mi padre y yo teníamos formas de pensar muy diferentes. No me parecía en nada a ese cabronazo que había tenido la desgracia de tener como padre. A partir de ahora, las cosas se iban a hacer a mi manera. La familia Romano iba a tener el liderazgo que se merecía.

Una de las cosas que más me había llamado la atención durante la reunión fue que Damiano —que siempre solía aparecer acompañado de su mano derecha— había decidido venir solo. No era tan gilipollas como para pensar que se trataba de una casualidad. Seguramente había considerado que, después de que Scott me quitara a mi prometida —aunque la historia real distaba bastante de esa versión—, lo más prudente era dejarlo fuera para evitar tensiones innecesarias.

Una lástima. Porque me había quitado una oportunidad magnífica de tocarle los huevos a Scott. Pero decidí verlo como lo

que era: un cambio de planes. Ya que me habían privado de ese pequeño entretenimiento, también me estaban dando la excusa perfecta para desviar la conversación de Emiliano —un tema al que no tenía ninguna intención de responder— y, de paso, provocar un poco a Damiano.

Dos pájaros de un tiro. Y a mí siempre se me había dado bien apuntar.

—¿Dónde está Scott? —pregunté—. He escuchado que Glenda y él van a casarse. Aún no he podido felicitarlo. ¿Cuándo va a llegar mi invitación? Tengo que decirle a mi sastre que me confeccione unos tirantes especiales para su boda.

—La boda va a ser una celebración para la familia más cercana. —A pesar de que mi pregunta era para Damiano, fue Mauro quien respondió.

—Una pena. —Hice un falso mohín—. Estaba seguro de que la comida iba a ser espectacular.

Mauro entrecerró los ojos. Estaba hasta los cojones de mí, pero era lo suficientemente inteligente como para no caer en mis provocaciones. Damiano, en cambio, era otro cantar.

—Déjate de mierdas y vamos a hablar de negocios, que es para lo que hemos venido aquí —gruñó, cerrando las manos en puños—. Alguien se ha tomado muchas molestias para intentar hacer creer a Emiliano que yo estaba intentando traicionarlo y que tú y tu familia erais los buenos. Y esa…

—Ah, ese fue mi padre —lo interrumpí con una naturalidad pasmosa, disfrutando de la forma en que su rostro se desencajaba por la perplejidad—. No me enteré de los detalles hasta después de su muerte, pero sí: él quería reventar tus tratos con los mexicanos. Pero ahora estoy aquí, reconociéndolo y retirándome del juego. Creo que estoy siendo más que justo, Damiano.

Él me observó con una desconfianza que le quemaba las entrañas. No se fiaba una mierda de mí, y hacía bien.

La realidad era mucho más sucia de lo que él imaginaba. Fui yo, y no mi padre, quien saboteó varias de las entregas entre Damiano y los mexicanos. No lo hice por el simple placer de arruinar sus negocios, sino porque necesitaba que todas las sospechas recayeran

sobre mi progenitor. Tenía que allanarme el camino para cuando me convirtiera en don; necesitaba que el viejo fuera el blanco de todos los odios mientras yo preparaba mi ascenso. No iba a ser el hijo que seguía ciegamente los pasos de un hombre mediocre. Yo iba a construir mi propio imperio sobre sus cenizas.

—¿Pero qué cojones, Cosimo? —masculló Damiano.

—¿Qué quieres que te diga? —Me encogí de hombros—. Mi padre no era un hombre de honor; tampoco lo era el vuestro. Pero aquí estamos nosotros —miré alternativamente a Mauro y a Damiano—, la nueva generación, dispuestos a conquistar el mundo. —Estiré los brazos en el aire.

—No me hace ni puta gracia, Cosimo.

—Yo creo que un poquito sí te he hecho. ¿Acaso no estoy viendo una pequeña sonrisa asomarse en tus labios? —Me incliné hacia delante para señalarlo con un guiño de ojo—. Ahora, si ya está todo hablado, caballeros, tengo otros negocios que atender —dije, levantándome del sofá.

Damiano abrió la boca, pero Mauro se lo impidió.

—Tu padre está muerto, y nada de lo que hizo importa ya.

Era una mentira descarada; en nuestro mundo, el pasado siempre importaba, pero él era el primero en querer enterrar las reglas antiguas cuando no le servían. Sin embargo, su mirada se volvió de acero antes de dejarme marchar.

—Pero ten esto claro, Cosimo: si me traicionas, no solo caerás tú. Toda tu familia se hundirá contigo.

Esbocé una sonrisa peligrosa.

—Te recuerdo que nuestras familias han estado a punto de unirse en dos ocasiones.

Mauro me miró con una furia contenida que le hacía temblar la mandíbula. Siempre pasaba lo mismo cuando sacaba a relucir, aunque fuera de refilón, lo que sucedió con mi hermana. Era el único momento en que lograba arrancarle una emoción real a ese bloque de hielo.

—Y aun así, yo nunca he tomado represalias ni te he amenazado. ¿Es mucho pedir la misma consideración?

—No es una amenaza —respondió—. Es una realidad.

—Y lo que también es una realidad es que ahora soy el don de los Romano. Mi familia recuperará los negocios que mi padre perdió y no voy a permitir que nadie me amenace a mí o a mi familia —advertí. Mauro no apartó la mirada de mí, pero se mantuvo en silencio—. Un placer, como siempre, caballeros.

Salí por la puerta sin esperar a que dijeran nada más, pero cuando la estaba cerrando escuché la voz de Damiano:

—Joder, es un puto chalado.

Sonreí. No tenía ni idea de cuánto.

—¿Cómo ha ido la reunión? —me preguntó Gian en cuanto me deslicé en el interior del coche.

Habíamos decidido que, esta vez, sería mejor que me esperara fuera. Me senté en el asiento del copiloto, poniéndome el cinturón de seguridad.

—Aburrida, la verdad —respondí mientras él arrancaba el motor y ponía el coche en marcha con suavidad—. Esperaba que Damiano intentara darme un puñetazo, ya sabes, solo para darle un poco de vida al asunto. Pero Mauro lo tiene con la correa demasiado corta.

Gian soltó una especie de resoplido, una mezcla entre una risa seca y un gesto de desaprobación. Conocía demasiado bien mis ganas de jugar con fuego. Y aunque nunca le habían molestado, ahora era mi sottocapo y una de sus funciones era asegurarse de que no hiciera nada demasiado estúpido.

—Siena parece una niña feliz —dijo Gian, cambiando de tema. Le había mandado que se encargase de vigilar a lo lejos a mi sobrina de vez en cuando—. La mujer de Damiano la trata como si fuese su propia hija. Y él también lo hace.

—Lo sé —fijé mi mirada en la ventana, observando la carretera —, por eso me estoy tomando las cosas con calma.

De haber tenido la mínima sospecha de que a mi sobrina no la estaban tratando bien, ya la hubiera sacado de esa casa, y Damiano ya no tendría la cabeza sobre los hombros.

—Hasta donde he podido descubrir, Mauro ya ha sido informado de que es su sobrina, pero no ha movido un dedo para conocerla.

—No esperaba otra cosa de él.

—Tal vez estaba equivocado y no le importe que sea su hija. Tal vez…

—Le importará —lo interrumpí, tajante—. Y no porque Siena le importe como persona, sino porque tiene que mantener las apariencias ante su propia familia y el resto de las familias. No es lo mismo una hermana bastarda perdida en el árbol genealógico que una hija reconocida.

—Bastarda al fin y al cabo —soltó Gian, manteniendo la vista fija en el asfalto.

Si cualquier otro hubiera hecho ese apunte, le habría pegado un tiro ahí mismo, sin importarme que el coche acabara estampado contra un muro. Pero Gian no estaba despreciando a Siena; simplemente estaba siendo realista. Él, mejor que nadie, sabía cómo se recibía a los hijos ilegítimos en nuestros círculos: como ciudadanos de segunda.

—Ella es blanca. Eso es un punto a su favor —bromeé con cinismo.

Gian puso los ojos en blanco, pero no se rio.

—Escúchame bien: Siena no es una bastarda cualquiera. Es la sobrina y la hija de dos de los don de las familias más poderosas de Chicago. Eso la convierte en un producto de un valor incalculable. ¿Tú sabes la de familias que se pelearían a muerte tan solo porque sea la esposa de sus hijos? —Aquel planteamiento hizo que apretara los puños sobre mis rodillas, sintiendo cómo la sangre me hervía al pensar en ella como un simple objeto de intercambio—. Y eso es algo que no voy a permitir —añadí—. Mauro no la utilizará para que su estirpe sea más poderosa. Siena se casará solo si ella lo desea y con quien ella decida. Tendrá la libertad de ser quien quiera ser. Ella no tendrá que pasar por lo que pasó su madre.

Gian asintió, de acuerdo conmigo.

—¿Y el resto de familias lo aceptarán si Mauro la reclama?

Ladeé la cabeza para mirarlo.

—Lo harán —aseguré con una confianza gélida.

Tenía un plan meticuloso para ello. Además, el resto de las familias no tenían el más mínimo interés en que Mauro acumulase

más poder del que ya ostentaba. En nuestro mundo, el equilibrio se mantenía a base de envidias y zancadillas. Nadie ayudaría a Mauro a subir un escalón más.

Continuamos el trayecto en un silencio denso, roto solo por el ronroneo del motor. Nos detuvimos en un antiguo polígono industrial abandonado, un laberinto de naves oxidadas y asfalto agrietado donde llevábamos a cabo nuestras operaciones más delicadas. Aquellas que no podían dejar rastro en los libros de contabilidad ni ser interrumpidas por miradas indiscretas.

Gian apagó el motor. Abrí la puerta y bajé del coche, y Gian imitó mis acciones.

—Giacomo nos está esperando —dijo Gian, nombrando a uno de nuestros hombres de confianza mientras caminábamos hacia la entrada de la nave—. El traidor aún no ha soltado una sola palabra.

Era uno de nuestros socios comerciales. Un hombre al que habíamos considerado leal hasta que descubrimos que nos estaba vendiendo. Había estado actuando como informante para los rusos, pasándoles detalles de nuestras rutas de distribución a cambio de una tajada de sus beneficios. Un error imperdonable. En nuestro mundo, jugar a dos bandas no era solo una falta de respeto. Era una sentencia de muerte.

La primera que yo iba a ejecutar como don.

Y no podía esperar. Porque puede que, a diferencia de Gian, yo me moviera como pez en el agua entre despachos elegantes y fiestas glamurosas, pero nada mejoraba un día como una buena tortura.

—Hablará —le aseguré, guiñándole un ojo.

Gian hizo una mueca.

—No tengo ninguna duda de ello.

Por supuesto, el hombre acabó cantando como una cotorra. Siempre lo hacían. Yo tenía métodos eficaces para eso; algunos más rápidos, otros más… pedagógicos. No hubo sorpresa, no hubo resistencia; solo súplicas desesperadas y hasta lágrimas.

Vamos, lo de siempre.

Pero, a diferencia de otras veces, al salir del polígono, no me sentí satisfecho. Esa calma turbia que solía instalarse en mi pecho,

apaciguando el caos constante que llevaba dentro, no apareció. No hubo alivio, no hubo silencio.

En su lugar quedó un vacío incómodo, una aspereza persistente que se me clavó bajo la piel y que no conseguí ignorar por mucho que lo intenté. Me faltaba algo. Y no tenía nada que ver con la violencia.

No era más dolor, ni más control, ni más sangre. Aquello que necesitaba no estaba allí, entre gritos ni súplicas. No se obtenía por la fuerza ni se arrancaba con las manos manchadas. Era otra clase de hambre. Más profunda, más cruda, más peligrosa.

Tardé poco en darme cuenta de qué era.

Desde que salí de la habitación de Quinn la noche anterior, no había podido dejar de pensar en ella. En su forma de mirarme sin saber realmente a quién tenía delante, en lo que despertaba en mí sin proponérselo.

La mujer que, sin saberlo, parecía hecha para mí.

Quinn parecía empeñada en negarlo, pero tan solo estaba retrasando lo inevitable: ella era mía.

No en el sentido inmediato, no todavía. Pero lo sería. Lo supe con una certeza incómoda, absoluta, de esas que no dejan espacio para la duda. No necesitaba tocarla ni poseerla para entenderlo. Había algo en la forma en que se me había instalado bajo la piel, en la manera en la que, como un veneno dulce, se había filtrado en mi cabeza y se había extendido sin posibilidad de antídoto.

Solo esperaba que ella lo viera igual que yo. Porque yo nunca había sido bueno esperando; solo reclamando lo que sabía que me pertenecía.

CAPÍTULO 7

Quinn

Los lunes eran mi día libre de la semana. Ese que podía aprovechar para hacer aquello que me apeteciese sin tener que preocuparme por nada más. Sin embargo, era el primer lunes que reunía el valor suficiente para cruzar los límites de la mansión.

A pesar del miedo visceral que me atenazaba —ese temor constante a que ellos me encontrasen—, necesitaba salir de allí. No era solo por el aire fresco; era porque mi cabeza estaba a punto de colapsar.

Y mucha culpa de ello la tenía mi jefe: Cosimo Romano.

Él no era como el resto de los hombres que había conocido. Era completamente impredecible; nunca sabía cómo iba a reaccionar y eso, aunque lógicamente debería haberme provocado rechazo, lograba despertar en mí todo lo contrario. Era una fascinación peligrosa que no me podía permitir. Por eso, en cuanto ahorrase el dinero suficiente, me marcharía a otra ciudad. Con ese dinero podría alquilar un pequeño apartamento y, de esa manera, sería más fácil encontrar un trabajo en alguna pequeña cafetería, algo sencillo donde pasase desapercibida.

La mansión estaba tan alejada de todo que me vi obligada a caminar un buen trecho por el arcén de la carretera antes de poder tomar el primero de los dos autobuses necesarios para alcanzar el centro de Chicago.

A medida que el paisaje de árboles y muros de piedra cedía el paso al hormigón y al estruendo del tráfico, sentí una mezcla de alivio y pánico. El anonimato de la gran ciudad era mi mejor escondite, pero también el lugar donde más expuesta me sentía. Cada vez que el autobús frenaba bruscamente o alguien se sentaba demasiado cerca de mí, el corazón me daba un vuelco.

Por eso, en cuanto llegué al centro, bajé en la primera parada.

Aunque había pasado varios días por aquellas calles, era como si las viese por primera vez. Miraba los rascacielos y las grandes torres con fascinación; quizá porque, por primera vez, la relativa tranquilidad de tener un trabajo y un lugar donde dormir me permitía deleitarme con la belleza de la ciudad. Yo me había criado en un pueblo pequeño donde todos se conocían. Un pueblo donde nada malo sucede, hasta que sucede.

Caminé por las avenidas, no como una residente más, sino como una turista. Disfrutaba de todo lo que la metrópolis ofrecía, permitiéndome caprichos sencillos que en la mansión Romano eran impensables. Me compré un perrito caliente en uno de esos puestos callejeros que desprendían un aroma a cebolla frita y mostaza, y me lo comí mientras caminaba, camuflada entre la multitud.

De pequeña, mi mayor sueño había sido ir a la universidad en una gran ciudad, pero la realidad se encargó de limar mis aspiraciones. Con el paso de los años, comprendí que para chicas como yo —con una cuenta bancaria familiar vacía y unas notas que apenas rozaban el aprobado— ese futuro era un espejismo. Cuando mi madre falleció, terminé de aceptar que jamás saldría de Oak Haven, aquel rincón de Montana donde había pasado mis veintiún años de vida. Me había resignado a morir allí y estaba conforme con ello. O eso creía.

Porque ahora, me daba cuenta de que la gran ciudad me devolvía algo que creía perdido: la sensación de estar viva. A pesar del peligro y del miedo, la energía eléctrica de Chicago me gustaba más de lo que me atrevía a admitir.

Ojalá estuviese allí en otras circunstancias. Aunque estaba disfrutando de hacer turismo, había otra razón por la que había ido al centro. Los días que había estado desesperada, muerta de hambre, merodeando por las calles de Chicago, había encontrado un local que en ese momento necesitaba.

Se encontraba en un callejón escondido en Pilsen, un barrio de raíces inmigrantes donde el ruido de la ciudad se volvía más denso y el olor a comida casera se mezclaba con el del asfalto húmedo. Allí, entre locales de fachadas desgastadas y grafitis, se alzaba un

pequeño establecimiento de comunicaciones, un locutorio que parecía haberse detenido en el tiempo.

Entré en una de las cabinas y cerré la puerta, sintiendo cómo el aire se volvía denso y viciado. Mis dedos temblaron mientras marcaba el número que tantas veces había repasado en mi memoria. Tras un par de tonos que me parecieron eternos, alguien descolgó.

—¿Diga? —La voz de una chica, joven y con un tinte de cansancio, llenó el auricular.

—¿Amy? —susurré, apretando el teléfono contra mi oído como si fuera un salvavidas.

Hubo un silencio sepulcral al otro lado, seguido de un jadeo ahogado que me partió el alma.

—¿Quinn? ¡Oh, Dios mío! ¿Quinn, eres tú? —La voz de Amy se quebró, cargada de alivio—. Estaba preocupadísima… ¿Dónde estás?

Respiré hondo, luchando por mantener las lágrimas a raya.

Amy era mi mejor amiga desde que tenía uso de razón. A diferencia de otras chicas que se marcharon en cuanto pudieron, ella siempre quiso quedarse en Oak Haven para encargarse de la cafetería de su familia, el mismo lugar donde yo también había trabajado hasta que todo se torció.

Ella nunca había aspirado a las luces de la gran ciudad; su sueño era sencillo: quería que sus hijos crecieran en la tranquilidad del pueblo. Y ese futuro estaba a la vuelta de la esquina. Acababa de mudarse con Owen, su novio desde los catorce años, quien estaba destinado a heredar el taller mecánico de su padre. Amy tenía la vida que yo alguna vez creí que tendría: una vida predecible, segura y en paz. Una vida que ahora, desde esta cabina asfixiante en Chicago, me parecía pertenecer a otra galaxia.

—No puedo decírtelo. Solo quiero que sepas que estoy bien.

Amy no respondió de inmediato. La conocía bien y sabía que estaba buscando las palabras adecuadas.

—Nadie en el pueblo cree que tú matases a tu padre —dijo, provocando que un nudo se enroscara en mi estómago—. Vuelve, Quinn, no tienes que huir, todo se solucionará. El sheriff encontrará las pruebas que…

—Amy —la corté—, no te he llamado para hablar de eso. —No solo porque sabía que podían estar escuchándonos, sino porque no podía hablar de ello—. Ni siquiera debería llamarte, pero tenía que hacerlo. Necesitaba que supieses que estoy bien. No puedo regresar, pero sigue con tu vida, no me busques, sé feliz.

—Quinn, la policía acabará encontrándote y será peor. Es mejor que te entregues. Mis padres contratarán un abogado, todo irá bien.

—Te quiero, Amy.

Corté la llamada con el corazón en un puño.

Amy tenía buenas intenciones, pero la policía era el menor de mis problemas.

Cuando regresé a la mansión, el reloj marcaba casi las nueve de la noche. El aire gélido del diciembre de Chicago me había calado hasta los huesos y, tras haber cenado una hamburguesa rápida en un McDonald's, lo único que mi cuerpo reclamaba era el refugio de mi cama.

Todos los empleados del hogar ya se habían marchado, quedando solo los guardias de seguridad. Al principio, me había chocado que siempre hubiese dos hombres vigilando la casa. En mi mundo, la mayoría de la gente se conformaba con instalar una alarma y ya está; pero luego supuse que los ricos eran así: siempre se aseguraban de que nadie tocara lo que era suyo.

Hablar con Amy había sido un auténtico soplo de aire fresco; había logrado aflojar un poco aquel nudo que oprimía mi estómago. Ella era la única persona que me quedaba en el mundo que me quería de verdad, y no podía soportar que sufriera pensando que me había ocurrido algo terrible. Sin embargo, el alivio venía acompañado de un dolor sordo y profundo: sabía que, al colgar aquel teléfono, estaba cortando el último hilo que me unía a mi antigua vida. Probablemente, jamás volvería a verla ni a escuchar su voz.

Pero era mejor así, más seguro para ella.

Entré en mi habitación y encendí la luz, pero lo que vi provocó que mi corazón se detuviera por un instante. Me quedé paralizada

en el umbral, con la mano aún pegada al interruptor y la respiración contenida.

Mi habitación estaba vacía.

No quedaba ni rastro de mi paso por allí. Mi mochila, que contenía lo poco que había logrado rescatar de mi vida anterior, había desaparecido. El armario estaba abierto de par en par, mostrando los estantes desnudos donde antes descansaba mi escasa ropa. Tampoco estaba mi ropa interior. Ni ninguno de los uniformes que Bruna me había entregado.

Sentí una punzada de frío al ver la superficie de la mesita de noche: el pequeño neceser que había pertenecido a mi madre se había esfumado y, con él, mi lector de libros electrónico de segunda mano, ese que me había acompañado durante años y que era mi único refugio en las noches de insomnio.

Me habían robado. ¿Cómo podía ser?

Me quedé en medio de la habitación, girando sobre mis talones mientras mis ojos buscaban desesperadamente algún rastro de mis pertenencias. El pánico empezó a trepar por mi garganta. Lo único que se me ocurrió, en un intento desesperado por encontrar una explicación lógica, fue que tal vez Alessandra había entrado para gastarme una broma pesada. Pero luego recordé que la había escuchado comentar a otra compañera durante la fiesta que tenía toda la semana libre y se iba a visitar a una amiga. Que esa chica tuviese amigas era algo que me llamaba la atención.

Pero si ella no había sido, solo quedaba una alternativa: me habían robado.

Como Bruna y el resto de empleados no venían hasta la mañana siguiente y no tenía el número de teléfono de ninguno —aunque tampoco tenía móvil, ya que me había tenido que deshacer de él, y no había ningún teléfono fijo en la mansión, o por lo menos yo no lo sabía—, decidí preguntar a las únicas personas que podían saber algo.

Sin quitarme siquiera la chaqueta, salí de mi habitación y me dirigí hacia el exterior. Atravesé el jardín en penumbra hasta llegar a la entrada principal, donde los faros iluminaban el largo camino de acceso. Allí, junto a las enormes puertas de hierro forjado, se

encontraba la garita de seguridad, una pequeña estructura de cristal y acero.

Mis pasos crujieron sobre la grava, alertando de inmediato a los dos hombres que estaban dentro. A pesar de que me seguían con la mirada a través del cristal, ninguno de los dos hizo el menor amago de salir, así que golpeé el cristal con los nudillos.

Tras un segundo de duda, el más joven —un chico que no debía de tener más de veintipocos años— abrió la puerta y salió al aire gélido de la noche. Lo había visto varias veces desde que llegué; él me conocía de sobra, de lo contrario no me habría permitido entrar en la propiedad sin hacerme preguntas hacía apenas unos minutos, pero yo no sabía su nombre ni el más mínimo detalle sobre él. Y, la verdad, no sabía si quería saberlo, porque me daba un poco de escalofríos.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó con voz mecánica, casi como si estuviera aburrido.

—Me han robado.

Él arqueó una ceja castaña, marcada por una cicatriz que la partía en dos.

—¿Mientras estabas en el centro de Chicago?

Cómo sabía él que yo había ido al centro era algo que desconocía, pero no lo pensé demasiado.

—No. Me han robado dentro de la mansión.

El chico me miró como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—Nadie roba dentro de esta mansión, eso te lo aseguro —dijo con una seriedad absoluta, casi como si la idea fuera un insulto a su trabajo—. No es posible.

—Pues mis cosas no están —insistí, cruzándome de brazos.

—Las habrás dejado en otro lado y se te habrá olvidado —soltó él, encogiéndose de hombros con una indiferencia que me sacó de quicio.

Aquel chico era un idiota integral.

—¡Claro que sí! —exclamé con sarcasmo, agitando los brazos—. He sacado todas mis pertenencias de los estantes y las he escondido

bajo los arbustos del jardín para jugar al tesoro conmigo misma. ¡Es mi pasatiempo favorito!

—Desconozco tus pasatiempos. Pero te aseguro que nadie se ha llevado nada.

Estaba a punto de ponerme a gritar por pura desesperación. En ese momento, olvidé por completo mi mantra de mantenerme oculta, de pasar desapercibida y ser invisible. La rabia estaba ganándole la partida a la prudencia. Mis cosas eran lo único que me quedaba; no tenía nada más. Solo eran cosas materiales, pero eran mi ancla.

Antes de que pudiera estallar, el otro guardia, el más veterano, salió de la garita. Llevaba el teléfono pegado al oído y una expresión imperturbable.

—Sí, jefe. Se lo diré ahora mismo —dijo antes de colgar. Se guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta y me clavó una mirada gélida—. El señor Romano ordenó a dos empleados, antes de que terminaran su turno, que trasladaran todas tus pertenencias a una de las suites del ala este.

Me quedé mirando al hombre sin apenas parpadear, con la boca ligeramente abierta. El aire frío pareció congelarse en mis pulmones.

—¿Qué ha hecho… qué?

—También me ha ordenado que te comunique que, si deseas darle las gracias, se encuentra en la biblioteca —añadió con un tono que no admitía réplica.

—¿Las gracias? —repetí, incrédula.

Sin esperar a que les respondiese, los dos hombres entraron de nuevo en la garita, dejándome allí. Ninguno de los dos me dijo cuál era mi nueva habitación, aunque eso era lo que menos me importaba en ese momento.

Estaba enfadada, furiosa. Harta de que Cosimo jugara conmigo como si fuera una marioneta. Se creía con el derecho de invadir mi privacidad, de aparecer en mi habitación sin avisar, de hurgar en mis escasas pertenencias y de decidir dónde debía dormir, todo sin mediar palabra.

Podía ser mi jefe, pero no era mi dueño.

Mierda, en esos momentos tenía poco control sobre mi vida, por no decir ninguno; era una fugitiva en una ciudad extraña. Pero de lo que sí tenía el control absoluto era de mis límites, de lo que estaba dispuesta a tolerar. Y no iba a permitir que jugara conmigo. No iba a ser el juguete de un hombre que creía que el mundo entero se doblegaba ante su apellido y su dinero.

Con la sangre hirviendo y el corazón martilleando contra mis costillas, atravesé el jardín con paso seguro. Si quería una reacción de mi parte, estaba a punto de obtenerla.

Entré en la mansión y me dirigí a la biblioteca. Estaba en la planta baja, en el ala este, no muy lejos del pasillo de retratos. Había estado ayudando a Bruna a ordenar unos libros dos días antes.

Cuando llegué, las puertas dobles estaban abiertas. La luz tenue de una lámpara de pie iluminaba la estancia.

Allí estaba Cosimo. Sentado en un imponente sillón de cuero, con la espalda relajada y una pierna cruzada sobre la otra. A su lado, sobre la mesita de cristal, descansaba una botella de licor transparente que no supe reconocer, brillando bajo el halo tenue de la lámpara.

Sobre la pierna cruzada apoyaba una pequeña libreta. Con un lápiz entre los dedos, trazaba líneas lentas y precisas. ¿Cosimo dibujaba? No lo tenía por alguien a quien le gustara dibujar, pero recordé que no conocía en absoluto a aquel hombre. Y, realmente, eso era lo que menos debía importarme en aquellos momentos.

Cosimo no levantó la vista de inmediato, a pesar de que supe con total convicción que sabía que estaba allí.

—¡¿Cómo te atreves a mandar que lleven mis cosas a otra habitación?! —exclamé, entrando en la biblioteca. No tendía a alzar la voz, pero aquel hombre me sacaba de mis casillas.

Cosimo ni siquiera se inmutó ante mi arrebato. Trazó una última línea y después dejó el lápiz atrapado entre dos páginas antes de cerrar la libreta. Luego alzó la vista hacia mí y me miró como si fuera una niña pequeña con una rabieta.

Algo que no hizo más que aumentar mi ira. Y tuve la amarga sensación de que él lo sabía.

—Ya te dije que la habitación en la que dormías era demasiado pequeña. No me gustaba para ti.

—Eso no te da permiso para hurgar entre mis cosas —reclamé, apretando los puños a los costados.

—Ese no es mi estilo —dijo con una tranquilidad pasmosa, como si estuviéramos discutiendo sobre el tiempo y no por una invasión a mi privacidad—. Han sido mis empleados los que han cambiado tus cosas de sitio.

—Porque tú se lo has ordenado.

—Por supuesto.

—¿Y por qué has hecho eso? —exigí saber, dando un paso al frente.

Él esbozó una sonrisa lenta, de esas que no llegan a los ojos. Dejó la libreta sobre la mesa y se levantó del sillón con una parsimonia depredadora.

—Eso ya lo hemos aclarado, Quinn. No soy de los que les gusta repetirse.

Aunque no quería reconocerlo, Cosimo, de pie frente a mí, me imponía de una manera que no podía permitir. No era respeto y, por extraño que pareciera, tampoco era miedo; era una especie de atracción magnética. Como si el aire entre nosotros se hubiera vuelto denso y mi cuerpo, traicionero, buscara la forma de acortar la distancia. Me sentía como una polilla girando alrededor de una llama negra. Me obligué a clavar los talones en el suelo; no iba a dar ni un solo paso más, pero tampoco me iba a dejar amedrantar por él.

—Quiero que vuelvan a poner mis cosas en mi habitación.

—¿Y dónde ha quedado el «no quiero que nadie toque mis cosas»? —replicó con una sonrisa que quise borrarle de un guantazo, a pesar de que yo no era violenta.

No, la violencia no iba conmigo. Y aun así, había visto demasiada. Moví la cabeza, sacando de mi mente unos pensamientos que no me podía permitir tener.

—Yo misma las llevaré de regreso a mi habitación —dije, pero no me moví, porque lo cierto es que no tenía la menor idea de dónde se encontraba la nueva habitación que me había asignado.

Él me miró unos instantes como si me estuviese retando, aunque no sabía bien a qué. Finalmente, rompió el contacto visual y se desplazó hacia un rincón de la biblioteca donde, sobre un mueble de nogal, descansaba un tocadiscos de diseño clásico.

La estancia estaba en silencio, rodeada de estanterías que llegaban hasta el techo. Cosimo se acercó al tocadiscos y soltó la aguja sobre un vinilo. Enseguida, una melodía conocida empezó a sonar.

—*Something*, de los Beatles —dije. Aunque pudiese sonar como una pregunta, era una afirmación.

—No te tenía por una conocedora de la música de los sesenta.

—No lo soy, pero los Beatles son atemporales.

Cosimo asintió, dándome la razón.

—Cierto. Aunque te imaginaba más como una de esas fans de Taylor Swift.

Solté una risa seca.

No era tonta; me estaba distrayendo, cambiando de tema descaradamente para llevarme a su terreno. Y, a pesar de que me di cuenta de su estrategia, no pude evitar responder:

—En realidad, soy más de Miley Cyrus.

—Ah. —Arqueó una ceja, divertido—. Así que eres de las que no necesitan que les compren flores. De las que pueden sacarse a bailar ellas mismas.

Me quedé de piedra. No podía creer que Cosimo Romano conociera la letra de *Flowers*.

—No me pegaba nada que escucharas esa canción —admití.

—Yo lo escucho todo, *cerbiatta* —dijo, y por alguna razón, la manera en la que pronunció aquellas palabras, provocó que un escalofrío recorriera mi columna vertebral.

Me quedé en silencio, ya que no sabía qué responder. Aunque tampoco hizo falta que dijera nada, porque estiró el brazo.

—Baila conmigo.

—No voy a bailar contigo. Dime la habitación donde has dejado mis cosas y… —No llegué a terminar la frase; su mano se cerró alrededor de mi muñeca y, con un movimiento rápido, me hizo girar sobre mí misma varias veces.

—Estás loco —dije cuando se detuvo.

—No tienes la menor idea de cuánto, *cerbiatta*.

Me tomó del brazo y me atrajo hacia él con un movimiento rápido. Antes de que pudiera protestar, su mano se posó en mi cintura, obligándome a quedar pegada a su cuerpo. Estaba tan cerca que sentía su respiración en la cara. Sus ojos bajaron a mis labios y, por un segundo, el mundo se detuvo. El magnetismo era tan fuerte que casi me dejé llevar, pero reaccioné justo antes de que nuestras bocas se rozaran. Me aparté de golpe, rompiendo el hechizo en el que él quería que cayese.

Cosimo soltó un chasquido con los dientes, un sonido de pura frustración que me recorrió la espalda. Me miró fijamente durante un segundo, como si estuviera decidiendo si volver a tirar de mí, pero finalmente se relajó.

—Vamos —dijo, con la voz algo más ronca—. Te llevo a tu habitación.

Salió de la biblioteca y yo le seguí. Lo cierto era que, aunque no quería reconocerlo, iba atolondrada. Mi cerebro trataba de procesar lo que acababa de pasar: la música, sus manos en mi cintura, la forma en que casi cedí a su cercanía...

Caminamos en silencio. Subimos a la segunda planta y me llevó hacia el pasillo de la derecha, uno en el que no había estado. Esas habitaciones no había tenido que limpiarlas aún. Bruna nos asignaba la tarea y esa no me había tocado.

Llegamos a una de las puertas y él la abrió y encendió la luz sin decir nada, dejándome pasar.

Tenía que reconocer que la habitación era increíble. Un sueño hecho realidad. Las paredes tenían un tono crema suave que resaltaba con las molduras oscuras del techo. Al fondo, un enorme ventanal mostraba la inmensidad del jardín; a pesar de la oscuridad, las farolas exteriores iluminaban los senderos de piedra y la silueta de los árboles.

Había una cama enorme con edredones que parecían nubes y alfombras tan mullidas que mis pasos dejaron de sonar. Comparada con el cuarto pequeño del ala de servicio, aquello era un palacio. Me sentí fuera de lugar, como una intrusa en mitad de tanto lujo.

—Tus cosas están guardadas en el armario —dijo, señalando el enorme armario empotrado que ocupaba una de las paredes—. Y tiene baño privado —añadió, mirando hacia la puerta blanca.

—Es demasiado. No soy una invitada, soy una empleada.

Cosimo me miró y, con un chasqueo de dientes, dijo:

—No permitiría que ningún invitado se alojase en esta habitación.

Me quedé descolocada. ¿Acaso las habitaciones de invitados eran aún más lujosas? No tenía sentido. Yo había limpiado algunos dormitorios en ese mismo piso, aunque en un pasillo diferente, y eran elegantes, pero resultaban mucho más sencillos que esta suite. Y recordaba perfectamente que Bruna me había dicho que aquellas eran para las visitas.

Si esta habitación no era para el servicio y tampoco para los invitados… ¿qué significaba que me hubiera instalado precisamente allí?

—No…

—No voy a cambiar de idea, Quinn —me interrumpió—. Voy a clausurar las habitaciones del servicio. Si es necesario, las quemaré —me advirtió.

Aunque quería pensar que era una broma, había algo en su tono de voz que me decía que era capaz de eso y de mucho más. Me giré para enfrentarlo y me lo encontré justo enfrente, invadiendo mi espacio personal como hacía siempre. Su cercanía me asfixiaba y me atraía a partes iguales.

—Tengo que reconocer que la habitación es bonita —dije al fin, con un suspiro suave.

Cosimo sonrió.

—Y tiene un extra más.

—¿Ah, sí?

Un brillo de diversión asomó en los ojos de Cosimo.

—Está al lado de la mía.

—No —negué con la cabeza—. Eso es totalmente inapropiado. Soy una empleada.

—¿Y como eres una empleada no puedes alojarte en una buena habitación? No te tenía por una clasista.

Me reí por no llorar.

—Está visto que no eres un hombre que acepte un no por respuesta —dije, tratando de sostenerle la mirada.

—No lo soy —reconoció con total impunidad—. Y tampoco soy de los que piden permiso.

Antes de que pudiera replicar, su mano se cerró en mi nuca y me atrajo hacia él. Me besó con una voracidad que me hizo tambalear. Fue un choque eléctrico, dominante y hambriento.

Cuando su lengua buscó la mía, mi boca se abrió por instinto, rindiéndose a la invasión. Sus dedos se enredaron en mi pelo, tirando ligeramente hacia atrás para profundizar el contacto, y por un instante perdí el sentido de la realidad. Mis manos, que deberían haberlo empujado, subieron por su pecho, aferrándose a la tela de su camisa mientras el calor de su cuerpo me envolvía. El sabor a licor y a masculinidad me nubló el juicio; era un fuego que amenazaba con consumirme allí mismo.

Pero entonces, una chispa de lucidez logró abrirse paso entre la niebla de placer. ¿Qué estaba haciendo?

Era mi jefe y yo solo una empleada.

Al responder a su beso, estaba cruzando una línea de la que no habría retorno, permitiéndole tomarse unas libertades que no le pertenecían.

Ese pensamiento fue como un jarro de agua fría que extinguió el fuego en mi vientre. Mi cerebro reaccionó con la misma violencia con la que mi cuerpo se había entregado segundos antes. Me separé de golpe, jadeando, y antes de que él pudiera recuperar el aliento, descargué un bofetón contra su mejilla con todas mis fuerzas. El sonido del impacto retumbó en la habitación. Me quedé helada, con la mano ardiéndome y el corazón a punto de salirse del pecho.

—No soy una de tus propiedades. No tienes derecho a besarme sin mi permiso.

Cosimo me miró con una intensidad que me hizo retroceder mentalmente, aunque mis pies se quedaron clavados en la alfombra. No se llevó la mano a la cara, a pesar de que su mejilla se estaba volviendo de un rojo violento. Tragué saliva. Acababa de golpear al hombre que controlaba mi destino; si me echaba a la calle en ese

mismo instante, estaba jodida. No tenía adónde ir, ni dinero, ni un lugar donde esconderme.

Pero, en vez de estallar de ira, Cosimo estalló en carcajadas. El sonido de su risa, tan fuera de lugar, me puso los pelos de punta. Cuando la risa cesó, el ambiente volvió a tensarse. Dio un paso hacia mí, acortando la distancia que yo tanto me había esforzado en crear.

—No estás enfadada conmigo, *cerbiatta* —dijo, con una seguridad que me escoció. Tenía razón: estaba furiosa conmigo misma por haber cedido—. No te castigues; no tiene nada de malo dejarse llevar por el placer.

—No me estoy dejando…

No pude terminar. Él puso un dedo sobre mis labios, silenciándome al instante. El contacto fue suave, pero provocó que un hormigueo agradable recorriera mi cuerpo.

—Descansa, *cerbiatta* —susurró, a la vez que retiraba el dedo con lentitud—. Sueña conmigo; te aseguro que tus sueños serán muy agradables.

Se giró con una elegancia insultante y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí y dejándome sumida en un silencio sepulcral.

Me quedé allí quieta, en mitad de aquella suite de lujo que se sentía demasiado grande y demasiado extraña. Me abracé a mí misma, tratando de calmar el temblor de mis manos, pero el rastro de su beso seguía quemándome los labios.

Cosimo Romano era peligroso para mí. Peligroso por lo que le hacía a mi cuerpo, por lo que me hacía sentir. Por la forma en que lograba desarmar mis defensas sin apenas esforzarse. Era el tipo de hombre que te atrae hacia el abismo incluso cuando sabes que no hay red que te salve.

Pero, incluso sabiéndolo, cuando finalmente apagué la luz y me metí entre las sábanas de seda, no pude pensar en mi pasado ni en el miedo que me había traído hasta allí. Lo único que martilleaba en mi cabeza, mientras intentaba conciliar el sueño, era saber que él estaba allí mismo, al otro lado de la pared. En la habitación de al lado.

CAPÍTULO 8

Quinn

Los jueves eran mi día favorito de la semana.

Mamá preparaba pastel de carne, mi plato favorito y el de papá, y nos sentábamos a ver algún concurso televisivo. Papá era increíblemente bueno; se sabía todas las respuestas, incluso las más absurdas, como si llevara una enciclopedia entera metida en la cabeza.

Cargaba la mochila negra a la espalda, cubierta de pines de The Rolling Stones y AC/DC, que tintineaban con cada paso que daba. Al llegar a la esquina me despedí de Amy; su casa estaba una calle antes que la mía. Era más grande, tenía una planta más y un jardín amplio, de esos que parecían sacados de una revista. Al contrario de muchos chicos de nuestro instituto, eso a mí no me importaba. Nunca me había importado.

Porque, aunque la economía de mi casa no era bollante, nunca me había faltado un plato para comer y los tres estábamos muy unidos. Era feliz.

Subí los últimos escalones hasta el porche y empujé la puerta de casa. Estaba abierta, como casi siempre. En Oak Haven nadie cerraba con llave, ya que nunca pasaba nada. Esperaba encontrarme con el suave tarareo de mi madre, que estaría comenzando a cocinar, pero aquello no ocurrió.

El suelo de madera desapareció bajo mis pies, sustituido por tierra húmeda y hojas secas. El aire cambió de golpe, volviéndose frío y pesado. El silencio doméstico fue reemplazado por un murmullo bajo, antiguo.

Miré a mi alrededor. Estaba en medio del bosque. Ya no era de día, sino la noche más profunda. Los árboles se cerraban sobre mí, altos y oscuros. Ir sola al bosque era algo que pocas veces solía

hacer, ya que me daba bastante mala espina y, sobre todo, de noche.

Entonces, ¿qué hacía allí?

—Quinn... —una voz que conocía bien me sacó de mis pensamientos.

Mi padre yacía sobre la tierra. La camisa de cuadros blancos y azules estaba empapada de sangre, tan roja que resultaba imposible distinguir el tejido bajo las manchas. La sangre se extendía desde su cuerpo hasta las hojas secas, tiñéndolas de color.

—¡Papá! —corrí hasta él, arrodillándome frente a su cuerpo—. ¿Papá, qué te pasa?

—Cariño, lo siento mucho... Ten cuidado.

—¿Por qué lo sientes, papá? —Mi padre no respondió. Cerró los ojos y me di cuenta de que ya no seguía con vida—. ¡Papá, papá! —grité desesperada.

—¡Tú lo has matado!

Una bañera blanca apareció frente a mí, absurda, imposible, en mitad de la tierra húmeda. De ella emergió mi madre, empapada, con el pelo pegado al rostro y los ojos hundidos y duros. El agua goteaba de su cuerpo como si no fuera agua.

—¡Tú has matado a tu padre!

—¿Qué? —balbuceé—. Yo no... —Bajé la mirada hasta mi mano, dándome cuenta de que sostenía un cuchillo lleno de sangre. ¿Cómo había llegado allí?—. Yo no he sido.

—Tú lo mataste.

Las palabras resonaron, multiplicándose. Y entonces, ya no estábamos solas.

Todo el pueblo me rodeaba: vecinos, compañeros del instituto de Oak Haven... Nadie gritaba, nadie corría. Solo me miraban, formando un círculo cerrado.

—Tú lo hiciste —decían.

Solté el cuchillo, lanzándolo al suelo. Cayó sobre la tierra húmeda.

Ellos comenzaron a rodearme y yo, incapaz de levantarme, comencé a retroceder hasta que me hice un ovillo y susurré:

—¡Yo no he sido! ¡Dejadme en paz!

Pero ellos no se detuvieron. Comenzaron a zarandearme mientras gritaban mi nombre. El cuchillo volvió a estar en mi mano. Desesperada, me defendí.

—Quinn.

Aquella voz...

No estaba en el bosque.

Estaba en mi cama. Cosimo estaba frente a mí. Su rostro apareció primero borroso, luego nítido, demasiado real. Sus manos seguían sujetándome por los hombros, zarandeándome con suavidad.

Y entonces me di cuenta de algo. Su mano izquierda sujetaba mi hombro, pero su mano derecha sostenía mi muñeca, en la que tenía la navaja multiusos que Amy me regaló en mi decimoséptimo cumpleaños. Algo que en el pasado me había servido para pelar una manzana en el recreo la portaba ahora como una especie de arma y, desde hacía dos meses, dormía con ella.

Dios, había intentado atacarlo. Menos mal que había actuado con rapidez y no le había hecho nada.

—Lo siento... —balbuceé, aún aturdida y con el corazón martilleando en mi pecho—. He intentado atacarte mientras dormías. —Me moví para que me soltara y Cosimo me liberó de su agarre—. Podría haberte matado. Lo siento mucho.

Cosimo miró la navaja con perplejidad.

—Oh, *cerbiatta*, necesitas mucho más que una sencilla navaja para hacerme daño. —No parecía preocupado en absoluto por mi ataque—. ¿Estás bien? —preguntó con lo que parecía ser una preocupación genuina.

—Sí.

—Venía de trabajar y me dirigía a mi habitación cuando te he escuchado gritar —dijo—. He llamado a la puerta, pero no respondías. Me he preocupado y he entrado. Estabas teniendo una pesadilla.

Entonces me fijé en que Cosimo llevaba puesto un traje de color verde militar. ¿Pero qué hora era? Giré la cabeza hacia el reloj digital de la mesilla de noche para ver las cifras que brillaban en la oscuridad: 5:00 a. m.

¿Pero hasta qué hora trabajaba ese hombre?

—Quinn —me llamó Cosimo, captando mi atención.

—Tan solo es una pesadilla. Me pasa a veces, ¿sabes? Te agradezco que te hayas preocupado, pero está todo bien.

Esbocé una sonrisa que no llegó a mis ojos. Podía sentir el pánico atenazándome la garganta y la sangre de mi padre sobre mis dedos. Tan real...

No era una pesadilla cualquiera y no me pasaba a veces. Me llevaba ocurriendo desde hacía dos meses, todas y cada una de las noches. Porque puede que hubiera escapado de Oak Haven, pero ellos seguían en mi cabeza, torturándome.

Y nunca se detendría. No hasta que terminaran conmigo, tal y como me prometieron.

—Puedes irte —le dije a Cosimo cuando me observó en silencio —. Seguro que estás cansado.

Pero Cosimo no se movió. Pude ver que no me creía. No podía culparlo; era una mentirosa terrible.

Se quitó la chaqueta del traje y la lanzó por la habitación. Después, se deshizo de los zapatos.

—¿Qué haces? —pregunté, confundida.

Cosimo no respondió de inmediato; se tumbó en la cama. No se metió bajo el edredón, sino que se quedó encima.

—Ser útil.

—¿Cómo?

—Conozco la fórmula perfecta para no tener pesadillas.

Antes de que pudiera replicar, sostuvo mi muñeca y tiró de mí hacia él, guiándome hasta apoyar la cabeza sobre su pecho. Su voz vibró contra mí cuando comenzó a cantar, baja y lenta:

Ninna nanna, ninna oh

Questo bimbo a chi lo dò?

Se lo dò alla Befana,

Se lo tiene una settimana.

No comprendía las palabras, pero por la melodía… ¿me estaba cantando una nana?

—¿Me estás cantando una nana?

—No cualquier nana —me corrigió con suavidad—. Es la que nuestra madre nos cantaba a mi hermana y a mí cuando no podíamos dormir.

—No creo... —comencé.

—Shh —me silenció Cosimo para seguir cantando.

Aunque no negaba que fuera tierno, aquello era extraño.

Intenté levantarme, pero las caricias de Cosimo sobre mi cabello, seguidas de su voz y su aroma, consiguieron que conciliara el sueño en menos de cinco minutos. Cuando me di cuenta, me había dormido profundamente.

Y, por primera vez en dos meses, no tuve pesadillas.

CAPÍTULO 9

Quinn

Trabajar cuando Bruna no estaba se convertía en un verdadero suplicio. Viola, que se encargaba de que todo funcionase como un reloj suizo, era una mujer agradable, pero sufría de esa necesidad imperiosa de demostrar su valía constantemente y, en el proceso, terminaba por volvernos locas a todas.

—Alessandra, Quinn, bajad al almacén del sótano por la escalera —ordenó—. Hay que cambiar unos focos en uno de los baños.

Aunque las luces funcionaban perfectamente, a Viola se le había metido entre ceja y ceja que iluminaban menos de lo debido. Estaba obsesionada con solucionar el problema antes de que alguno se fundiese y el jefe pensara que habíamos descuidado nuestro trabajo.

Lo irónico era que Cosimo jamás pisaba el baño de la planta baja, el que estaba junto a la cocina. Es más, estaba segura de que no utilizaba ningún aseo que no fuera el de su propia habitación... Bueno, y tal vez el de la mía. Cuando desperté a la mañana siguiente, después de que él pasara la noche en mi cama, Cosimo ya se había marchado, pero la tapa del váter seguía levantada.

Alessandra suspiró, pero no rebatió. Hasta ella sabía cuándo era mejor mantenerse callada.

—Sígueme —me pidió, mejor dicho, me ordenó, porque Alessandra nunca pedía las cosas. Ella tenía alma de niña pija a pesar de que, según había escuchado, su origen era humilde. Probablemente esa era la razón por la que aspiraba a ligarse a Cosimo; eso le daría la posibilidad de tener una vida de lujos.

Por alguna razón, imaginármela con él provocó que mi estómago se revolviese. Mierda, después de besarnos y de que él me consolase durante mi pesadilla, mi mente se había convertido en

mi propio campo de batalla. Deseaba a Cosimo aun sabiendo que no debía hacerlo.

Moví la cabeza de un lado a otro, como si de esa manera tan absurda pudiese olvidarme de él, y traté de centrarme en las absurdas exigencias de Viola.

Seguí los pasos de Alessandra hasta el sótano. No había estado allí todavía, pero tampoco es que me estuviera perdiendo gran cosa. Era una estancia enorme y prácticamente vacía, de paredes desnudas que hacían eco. Sin embargo, una de las puertas me llamó poderosamente la atención: era de acero macizo, con un marco reforzado y un teclado digital.

—¿Adónde da esa puerta? —le pregunté a Alessandra.

Esta me miró con esa mirada suya que parecía que te estaba perdonando la vida.

—A un lugar donde prefieres que no te lleven.

—¿Qué quieres decir?

Hizo un ademán con la mano y resopló, como si fuera estúpida al no entenderla.

—Déjalo, vamos. —Cruzó el sótano a paso rápido hasta llegar a una puerta blanca situada al fondo, lisa, sin teclado digital ni ningún sistema de seguridad visible. La abrió sin detenerse—. Demonios, date prisa, no me apetece que Viola baje a buscarnos.

La verdad es que a mí tampoco. Cuando esa mujer se enfadaba, gritaba, y tenía un tono de voz estridente que se te metía por el oído y era bastante incómodo.

La puerta blanca daba a un cuarto pequeño, con las paredes cubiertas de estanterías metálicas repletas de cajas de cartón. Localizamos la escalera de aluminio al fondo, pero antes de que pudiera acercarme para echarle una mano, Alessandra se adelantó.

—Parece pesada. Espera, que te ayudo.

Alessandra chasqueó la lengua.

—No hace falta, no soy una debilucha como tú.

—En serio —resoplé—, ¿es que no puedes ser agradable ni un minuto? —Estaba un poco harta de que siempre fuera tan borde conmigo.

Ella puso los ojos en blanco, como si la estuviera aburriendo, y se lanzó a por la escalera. Pero al tirar de ella, el peso le ganó y la escalera se le vino encima. Alessandra perdió el equilibrio y, por un segundo, pareció que se iba a estampar contra el suelo. Sin embargo, reaccioné rápido y me puse a su lado para ayudarla. Entre las dos logramos sujetar el metal antes de que golpeara el suelo, pero, en el forcejeo, la escalera terminó chocando contra una de las cajas de la estantería.

La caja se fue directa al piso con un golpe seco. Nos quedamos quietas, esperando lo peor, pero, de repente, el suelo se llenó de brillos. La caja se había abierto y de ella salieron un montón de adornos navideños que rodaron por todas partes.

Apoyamos la escalera en la pared y me agaché para coger una figura de Papá Noel. Estaba fría y cubierta de polvo, pero sus colores todavía brillaban bajo la luz del techo. Lo sostuve entre mis manos mientras caía en la cuenta: estábamos a quince de diciembre.

—Ya estamos en Navidad —susurré casi para mí.

Incluso después de la muerte de mi madre, ese era un ritual que mi padre y yo no habíamos dejado de lado. La Navidad era una época muy bonita para mí. No importaba que no tuviésemos demasiado; siempre era especial. Y era la primera en la que ninguno de mis progenitores estaría conmigo.

Me levanté, limpiándome una lágrima del ojo.

—¿Estás bien? —preguntó Alessandra, mostrando un poco de empatía por una vez en su vida.

—Sí, tranquila. —Esbocé una sonrisa que no llegó a mis ojos—. ¿Cómo es que la casa no está adornada todavía?

—Los empleados más antiguos fueron despedidos —dijo Alessandra, algo que yo ya sabía—. Y desde la muerte del señor Romano, Bruna tiene que lidiar con menos personal y el mismo trabajo. Supongo que se le ha olvidado.

—¿Dónde están el resto de adornos? —indagué—. ¿Y el árbol? —Miré los estantes; si teníamos que abrir todas las cajas, nos tiraríamos allí toda la mañana.

Alessandra se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, pero podemos ir usando estos —señaló la caja abierta con la barbilla— para adornar el salón.

Ella tenía razón; podíamos poner varios en la repisa de la chimenea, incluso encima del mueble bar. La mansión era enorme y, en esa caja, aunque era bastante grande, no había demasiados adornos, pero servirían para el salón.

—Aunque va a tener que ser por la tarde, cuando regrese Bruna —murmuré, pasándome una mano por la frente—. Si Viola nos ve poniendo los adornos en vez de limpiando, nos mata.

Alessandra me miró durante unos segundos.

—Ya me encargo yo sola de limpiar los dos baños de la planta baja —ofreció—. Tú pon los adornos.

Abrí los ojos, sin poder ocultar mi incredulidad. Puede que apenas la conociera, pero Alessandra no destacaba por ser una persona generosa, ni tampoco trabajadora.

—¿Segura? —pregunté—. Mira que eso es mucho trabajo para ti sola.

—Segura —afirmó Alessandra, esbozando la primera sonrisa amable que le había visto desde que la conocía—. Subimos juntas la escalera y luego tú bajas a por la caja mientras yo limpio los baños. Esta casa necesita que la Navidad llegue de una vez.

Parecía que el espíritu navideño estaba consiguiendo que Alessandra fuera una persona simpática y todo. Mi madre siempre decía que estas fechas tenían un poder especial para cambiar a la gente.

Unos quince minutos después, ya estaba en el salón con la caja de los adornos. Al verlos de cerca, me quedé impresionada. No eran los típicos adornos comprados en un centro comercial; eran piezas únicas, figuras de madera talladas y pintadas a mano con una precisión increíble. Se notaba que quien las hizo tenía un talento especial; los colores eran vibrantes, y los detalles, como los rostros de los pequeños ángeles o los grabados en las estrellas, estaban hechos a la perfección.

No entendía cómo esos adornos habían terminado en el sótano en vez de en un armario, esperando al año siguiente. Yo los habría guardado en un sitio privilegiado para que no se estropeasen.

Me puse a repartirlos por el salón, sintiendo cómo el ambiente cambiaba con cada objeto que colocaba. Coloqué un par de aquellas figuras sobre la estructura de la chimenea moderna. El contraste de la madera artesanal con el cristal y las líneas rectas era precioso. Luego, estiré una guirnalda de tela bordada sobre el mueble bar.

Era increíble cómo unos pocos adornos podían transformar un lugar tan serio. De repente, el salón ya no se sentía como una estancia fría y aburrida; era como si la alegría de la Navidad estuviera reclamando su sitio entre aquellas paredes, devolviéndole el alma a la casa.

Estaba terminando de retocar una de las piezas cuando una voz hizo que me detuviera.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Me quedé rígida. No lo había oído entrar, pero esa voz grave y aterciopelada hizo que el corazón me diera un vuelco. Me giré despacio y me encontré con Cosimo apoyado en el marco de la puerta. A juzgar por el abrigo de color negro y la bufanda gris que rodeaba su cuello, parecía que acababa de llegar.

—Adornando el salón —respondí con una sonrisa suave. A pesar de que era imposible que me relajara cuando Cosimo estaba a mi alrededor, la preocupación que había mostrado por mí la noche anterior y la forma en la que había calmado mis pesadillas cuando no tenía por qué hacerlo, había hecho que mi percepción sobre él cambiara un poco—. No se si te has dado cuenta, pero estamos en Navidad.

Cosimo no respondió a mi gesto. Continuó observándome con una expresión que no supe leer. Cosimo tendía a mirarme con intensidad, pero en aquellos momentos había un brillo diferente en sus ojos, una cautela y desconfianza que no me gustó.

—Soy consciente de la fecha en la que estamos —respondió—, pero he ordenado que no se decore la casa.

—¿Por qué no? La Navidad es una de mis fiestas preferidas.

Y a pesar de todo lo que me había pasado, de la pesadilla en la que se había convertido mi vida, eso era algo que no había cambiado. La Navidad tenía algo especial, una magia que hacía que recuperaras una ilusión que creías perdida.

Estaba convencida de que a Cosimo le pasaría lo mismo.

—Que yo recuerde, esta sigue siendo mi casa, no la tuya.

Sus palabras, bruscas y frías, me dejaron descolocada durante un instante. Sentí el impulso de responder, de devolverle el golpe, pero entonces lo recordé: Cosimo acababa de perder a su padre. La idea se me asentó en el pecho con un peso incómodo. No excusaba su tono ni su manera de hablarme, pero si alguien podía comprender lo que era la perdida de un padre, y más en fechas tan familiares como aquella, esa era yo.

—Entiendo que adornar la casa donde vivió tu padre te traiga recuerdos tristes —comencé—. Ha muerto hace poco y…

—Que ese cabrón esté muerto no es un recuerdo triste, confía en mí —me interrumpió, dando un par de pasos para entrar del todo en el salón.

Me quedé de piedra. Vaya, así que la relación con su padre era realmente mala. Aun así, yo estaba convencida de que su muerte debía entristecerle de alguna forma. La relación con el mío no había sido la mejor en los últimos meses, pero eso no impedía que me doliera su ausencia y que siguiera llorando su pérdida cada noche.

—Si no quieres, no adornamos nada más que el salón.

Los labios de Cosimo se fruncieron en un atisbo de sonrisa.

—Lo tuyo no es seguir órdenes, ¿verdad?

—Lo intento —reconocí con un suspiro—. Pero estos adornos no deberían regresar al sótano —insistí. Cogí de la repisa de la chimenea un ángel de madera tallada que tenía las alas pintadas de un dorado envejecido.

Di un par de pasos hacia Cosimo y lo sostuve frente él para que viera los detalles. Se notaba el cariño que alguien le había puesto cada trazo del pincel.

La expresión de su rostro cambió por completo. La media sonrisa se borró de golpe, sustituida por una frialdad que me hizo dar un paso atrás. Sin decir una palabra, me quitó el adorno de la mano con un rápido movimiento.

Se quedó mirando la figura de madera, apretándola con tanta fuerza que temí que se rompiera entre sus dedos. Cuando volvió a mirarme, sus ojos echaban chispas, pero había algo más tras esa

rabia. Había una punzada de dolor tan real que me encogió el corazón.

—¿Qué cojones haces tú con estos adornos? —soltó con una voz que era puro veneno.

Me quedé muda, paralizada por la intensidad de su mirada.

—Ya te he dicho que estaban en el sótano en una caja y…

Él me interrumpió con una risa sin humor.

—Eso no te da ningún puto derecho a tocarlos —espetó, dando un paso y rompiendo la distancia que nos separaba—. ¿Te crees que porque te haya besado tienes algún derecho en esta casa? Ni aunque me dejases follarte una y otra vez lo tendrías. No eres más que una simple empleada que no sirve para otra cosa más que para usar un trapo.

Sus palabras me golpearon con la fuera de siete puñetazos.

Cosimo era burlón y no respetaba mi espacio personal, pero nunca me había hablado de esa manera. Con esa frialdad y ese tono tan hiriente, como si buscara hacerme daño.

—¡¿Pero qué te pasa?! —grité, alzando la voz—. ¡Eres un imbécil!

Cosimo abrió la boca para replicar, con la mandíbula tensa, pero de pronto se quedó callado. Su expresión cambió al fijarse en mi rostro y levantó la mano hacia mí. Me quedé quieta, sosteniéndole la mirada, mientras veía cómo su dedo se dirigía a mi mejilla.

Sentí el roce de su piel secando las lágrimas que habían empezado a resbalar sin que yo me diera cuenta.

—Eres demasiado bella para llorar, *cerbiatta*.

—No estoy llorando —dije, dando un paso atrás para apartarme de su contacto.

—Fuerte y valiente —murmuró él, casi para sí mismo.

Bajó la vista hacia su mano, donde aún sostenía la figura de madera, y luego miró la repisa de la chimenea. Sin embargo, no la puso allí; dejó la figura con cuidado sobre una mesita de té cercana.

—Vuelve a meter los adornos en la caja —ordenó, recuperando su tono frío.

—Son muy bonitos, Cosimo. No deberían estar guardados en el sótano, y menos en Navidad —insistí aún sabiendo que no debería

hacerlo. No sabía por qué aquello era tan importante para mí. Esos adornos no eran míos, pero algo me impulsaba a no rendirme.

Cosimo dio un paso hacia mí.

—Eres la mujer más bella que he visto en mi vida, *cerbiatta* —sus palabras dulces me hicieron bajar la guardia y dejar el dorso de sus dedos rozara mi mejilla—, pero ni un por jodido momento pienses que eso es suficiente para desobedecerme. —Su voz se convirtió en un bloque de hielo y él bajó la mano antes de que yo se la apartara de un manotazo.

—Cosimo… —La voz de Alessandra hizo que ambos nos girásemos de golpe. Venía por el pasillo, acercándose al salón a paso rápido. Aproveché el momento para retroceder un par de pasos, poniendo distancia entre nosotros—. Lo siento mucho. —Alessandra parecía angustiada y yo no estaba entendiendo nada. ¿Por qué se disculpaba?—. Intenté convencerla de que no adornase el salón. Le dije que teníamos órdenes estrictas de no poner nada, pero no me hizo ni caso.

Cuando comprendí lo que estaba haciendo me quedé helada. La muy arpía me estaba echando a los leones después de haber sido ella la que me animó a sacar los adornos. Me había tendido una trampa y yo había caído.

Cosimo la observó durante unos instantes. Sus ojos pasaron de ella a mí, y el silencio que se formó en el salón se volvió tan denso que casi se podía cortar. Estaba esperando una bronca, o que me echara directamente a la calle, pero no hizo nada de eso.

Le dio una última mirada a la figura de madera que descansaba sobre la mesa y, sin decir una sola palabra, se dio la vuelta y salió del salón. Sus pasos resonaron en el pasillo hasta que dejaron de oírse por completo.

En cuanto estuvimos solas, me giré hacia Alessandra para pedirle explicaciones, pero ella se me adelantó. No parecía arrepentida; al contrario, me dedicó una sonrisa cargada de malicia, una mueca que me revolvió el estómago. Se cruzó de brazos, disfrutando de mi desconcierto.

—Me la has jugado.

Ella no se molestó en negarlo. Descruzó los brazos y dio un par de pasos hacia mí, como si buscara intimidarme.

—No vas a quedarte con Cosimo. Le has engatusado para que te deje quedarte en una de las mejores habitaciones de la casa, pero eso es todo lo que vas a conseguir de él.

Ah, así que de eso iba todo aquello.

—¿Por eso has hecho todo esto? —A pesar de que sonó como una pregunta era una afirmación—. Que estupidez, Alessandra. No quiero nada con él.

Quizá no era cierto del todo pero después de cómo acababa de actuar, si tenía alguna duda de que debía mantenerme lejos de él, se había disipado.

Que se fuera a la mierda Cosimo, y que se fuera también la arpía Alessadra.

—Da igual, porque me voy a asegurar que él no lo quiera contigo. Y limpia el baño, que te tocaba. ¿No creerás de verdad que iba a hacerlo yo por ti? —Rodó los ojos y después se dio la vuelta, alejándose de mí.

Si los adornos no fueran tan bonitos, le hubiera lanzado uno a la cabeza.

CAPÍTULO 10

Quinn

—Faltó una mañana y todo se desmorona —se quejó Bruna entrando en el salón.

Había limpiado el baño y, en la hora del almuerzo, en vez de comer, me había ido al salón a recoger las figuras de Navidad. Aunque era algo que aún no había hecho.

—Uno de los empleados se ha caído de la escalera al intentar cambiar un foco y se ha roto la pierna —siguió Bruna, a pesar de que yo no le había preguntado por ello—. Va a estar varios meses de baja, y tanto ha sido el empeño de una de tus compañeras por dejar reluciente el suelo que otras dos se han tropezado —masculló con un resoplido—. Y ahora, tú estás aquí, en tus horas de almuerzo, mirando a la nada.

Me giré para mirar a la mujer que tan bien se había portado conmigo.

—Viola se esfuerza tanto por hacerlo bien que, al final, consigue lo contrario —reconocí con un suspiro.

—Por eso no la despido de inmediato —dijo Bruna con seriedad, aunque yo sabía que sus palabras eran más duras que sus actos. Ella podía ser exigente y estricta, pero valoraba la lealtad por encima de la eficiencia, y Viola era leal—. ¿Y a ti qué te pasa? —me preguntó, arrugando la nariz.

—No sabía que Cosimo había prohibido decorar la casa por Navidad —reconocí—. He encontrado estos adornos por casualidad y he decidido adornar la casa. —Omití la parte de Alessandra, porque hubiera sido muy fácil para mí chivarme, pero yo no era ninguna chivata. Resolvía los conflictos de otro modo—. Cuando Cosimo los ha visto, se ha enfadado mucho.

Bruna no respondió de inmediato. Sus ojos castaños se clavaron en las figuras que descansaban sobre la repisa de la chimenea. Se

acercó con un paso lento, casi solemne, y cogió una estrella que brillaba bajo la luz del salón que entraba por los ventanales. La sostuvo con una delicadeza extrema, como si fuera de cristal fino a punto de romperse.

—¿Dónde los has encontrado? —preguntó—. Pensaba que Demetrio, el padre de Cosimo, los había tirado a la basura, como hizo con la mayor parte de las cosas de su hija. —Bruna hizo una mueca, dejando claro que aquella decisión no le parecía bien—. Estos adornos los hizo Catalina. Al principio la ayudó su madre, pero cuando esta murió, los terminó ella sola —Bruna esbozó una sonrisa nostálgica—. Lina era una artista.

—Estaban en el sótano, dentro de una caja —expliqué—. Quizá su padre se deshizo de todo lo demás por el dolor que le produjo su muerte, pero decidió conservar estas figuras.

Bruna dejó la estrella con cuidado sobre la repisa y me miró fijamente.

—Demetrio Romano no era un buen hombre y, desde luego, no fue un buen padre. No busques bondad en sus actos, Quinn. No la había.

—A veces, los hombres buenos se equivocan —dije, sabiendo por experiencia propia que la línea entre el error y la maldad a veces era muy delgada.

—No era su caso —me corrigió Bruna de inmediato—. Cosimo estaba en Italia, en casa de unos familiares, cuando su hermana falleció en aquel accidente. Apenas tenía dieciséis años, pero él se culpa de lo ocurrido cada día de su vida.

—Y estas figuras le han devuelto ese dolor de golpe —concluí, sintiendo una punzada de lástima por el hombre que me había gritado hacía apenas unos minutos.

Bruna asintió en silencio.

—Pero Cosimo no tiene la culpa. Los accidentes ocurren —insistí. Bruna no respondió, pero sus ojos me indicaron que la historia era mucho más compleja de lo que yo alcanzaba a ver—. Además, él no es como su padre —añadí, sin saber muy bien por qué sentía la necesidad de defenderlo.

—Por supuesto que no la tiene. Pero ya desde niño era muy burro —Bruna sofocó un suspiro y negó con la cabeza—; cuando una idea se le mete en la cabeza, es imposible hacerle cambiar de idea.

—Él no es como su padre.

—No, no lo es —admitió Bruna—. Pero eso no lo convierte automáticamente en un buen hombre.

Miré a Bruna, confundida.

—Pensé que le tenías aprecio.

Ella esbozó una sonrisa triste, cargada de una melancolía antigua.

—Es como un hijo para mí. Él y su hermana lo eran. Pero le fallé a ella. Debí haberme ido con Lina cuando me necesitaba, y no lo hice —confesó, dejándome sin palabras. No entendía bien a qué se refería, pero supe por su mirada que no iba a decir ni una palabra más sobre el tema.

—La verdad es que me hubiese gustado conocerla —reconocí.

—Le habrías caído bien. —Bruna sonrió—. En cierta manera, me recuerdas a ella —dijo sin dar ninguna explicación—. Estoy contenta con tu trabajo, Quinn; no me he equivocado contigo. Pero necesito advertírtelo: Cosimo no es la clase de hombre que te conviene.

—Lo sé —respondí rápidamente, tratando de sonar convincente —. Solo es mi jefe. Nada más.

Bruna no parecía muy convencida, pero asintió con un gesto solemne.

—No permitas que sea de otra manera. Por tu propio bien.

Hacer caso a Bruna debería haber sido mi mantra; de hecho, estaba dispuesta a que lo fuera. Alejarme de Cosimo era lo correcto, lo más sensato, y pensaba cumplirlo a rajatabla. Pero antes de levantar ese muro entre nosotros, necesitaba hablar con él por última vez. Solo una conversación final antes de evitarlo mientras siguiese trabajando allí.

Esa tarde, contra todo pronóstico, él no se había marchado a trabajar fuera. Se había quedado en su despacho.

Cuando terminé mi jornada, caminé hacia allí con los nervios a flor de piel. Llamé a la puerta, pero no esperé a que me diera permiso para entrar. Fue un impulso temerario; sabía que si esperaba a escuchar su voz, perdería el valor y acabaría huyendo.

Al cruzar el umbral, el despacho estaba sumido en un silencio denso. Cosimo no estaba sentado tras su escritorio, como yo esperaba, sino que permanecía de pie, de espaldas a mí, mirando por el gran ventanal que daba al jardín. Se giró con lentitud al notar mi presencia, y la luz de la tarde iluminó su rostro. Parecía agotado. No era solo el cansancio físico de una mala noche; era una fatiga profunda, grabada en la mirada.

—Lo siento —comencé, porque a mí nunca me había costado pedir perdón—. No sabía que los adornos habían pertenecido a tu hermana.

—¿Los has quitado?

—No —reconocí en un susurro, dando un paso hacia el interior del despacho—. No he podido. —Me detuve a unos metros de él, sosteniéndole la mirada a pesar de la tensión que flotaba en el aire —. A mí no me queda nada de mi madre ni de mi padre —continué, y sentí cómo la voz se me quebraba ligeramente por la sinceridad del momento—. Y daría lo que fuera porque fuese diferente. Porque, aunque el recuerdo duela, tener algo físico que puedas tocar, algo que ella misma creó con sus manos, eso es un tesoro, Cosimo.

—¿Por qué crees que soy como tú? ¿Por qué piensas que unos adornos me importan?

—He visto el dolor en tu cara cuando has visto las figuras.

Él se movió, separándose del ventanal.

—¿Tan complicado es para ti obedecer? —preguntó, y por primera vez su tono sonó casi resignado.

—Te agradezco que me ayudaras con la pesadilla la otra noche. Es mi manera de agradecértelo.

—¿Desobedeciéndome? —Cosimo arqueó una ceja, y su voz ahora era un susurro peligroso que me erizó el vello de los brazos.

—Si tengo que desobedecerte para hacer algo bueno, lo haré. Esos adornos navideños no fueron hechos para estar escondidos.

Cosimo me miró con intensidad.

—No quiero adornos navideños en mi casa, Quinn.

—La Navidad es una época bonita, Cosimo —insistí, imitando su tono.

—La Navidad es una mierda —soltó él, dando varios pasos hacia delante hasta quedar cerca de mí.

Sentí el calor que desprendía su cuerpo. Alzó una mano con lentitud y enredó un mechón de mi pelo entre sus dedos, jugueteando con él con una familiaridad que provocó un hormigueo en mi cuerpo.

—Es como si, en estas fechas, todo el mundo recibiera el perdón por sus pecados —continuó, bajando la vista hacia mis labios —. Y yo no quiero que nadie me exima de los míos. Me gustan demasiado como para renunciar a ellos.

—No te entiendo —dije cuando su boca se acercó peligrosamente a la mía.

—Sí que me entiendes, *cerbiatta*. —Esbozó una sonrisa oscura —. Me entiendes muy bien.

Cuando pensé que se inclinaría un poco más y que sus labios acabarían encontrando los míos, soltó el mechón de mi cabello y se alejó un par de pasos, rompiendo la burbuja de calor que nos envolvía. El frío del despacho regresó de golpe, brusco, real. Y con él, la certeza incómoda de que Cosimo sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—Deja los adornos del salón, si tanto te empeñas —cedió, y por la forma en la que lo dijo, tuve la sensación de que Cosimo no estaba acostumbrado a hacer concesiones—, pero ninguno más. Que no vea ni una sola estrella fuera del salón —me advirtió.

Aquello era mucho más de lo que esperaba conseguir. Después de su estallido, que me permitiera conservar parte de la decoración era una victoria inesperada. Algo que también sentía como una victoria de su hermana, esa chica que no conocí. Algo que, aunque él no quería ver, me agradecería en un futuro.

No pude evitar sonreír.

—Está bien.

—Pero me deberás una, Quinn.

Mi sonrisa se congeló.

—¿Cómo? —pregunté, frunciendo el ceño.

—No te pongas roja —se burló, con una media sonrisa que provocó que me tocara las mejillas instintivamente. Estaban ardiendo—. No voy a pedirte nada indecente. —Cosimo hizo una pausa y me guiñó un ojo—. Al menos, no por ahora.

Justo cuando iba a replicar, un sonido agudo y metálico rompió la atmósfera. Su teléfono, situado sobre el escritorio, empezó a vibrar con insistencia. Cosimo me lanzó una última mirada antes de darme la espalda para cogerlo.

—Negocios —dijo de forma escueta, con el tono frío de quien vuelve a ponerse la armadura.

Aceptó la llamada antes de que yo pudiera decir nada más. Me quedé allí un segundo, sintiéndome repentinamente fuera de lugar mientras él empezaba a hablar en un italiano rápido y cortante, ignorando mi presencia por completo.

Aproveché el momento para salir del despacho en silencio, cerrando la pesada puerta tras de mí. Apoyé la espalda contra la madera fría del pasillo y cerré los ojos. El corazón me latía tan fuerte que temía que alguien pudiera oírlo. Sabía que había ganado una batalla con los adornos, pero tenía la extraña sensación de que acababa de perder la guerra contra mis propios sentimientos porque, cuando había dicho que no me pediría nada indecente, había deseado que lo hiciese.

Porque, aunque se lo había prometido a Bruna, aunque me lo había prometido a mí misma, alejarme de Cosimo era una batalla que estaba perdiendo.

CAPÍTULO 11

Quinn

Las tardes de los viernes solían ser tranquilas.

Era mi cuarta semana en la mansión y, de algún modo, empezaba a acostumbrarme a estar allí. A los horarios, a los silencios, incluso a los pasillos interminables. Ya tenía una rutina y, aunque el clima de Chicago no ayudaba demasiado, me sentía sorprendentemente cómoda. Demasiado, quizá.

No había vuelto a ver a Cosimo desde nuestro desencuentro de dos días atrás, lo que me ayudaba a centrarme en lo que verdaderamente importaba: en ahorrar dinero y en pensar en un plan futuro en el que, de alguna manera, poder seguir con mi vida, si es que eso fuese posible para mí.

Estaba fregando el pasillo de la planta baja cuando escuché un chillido que me hizo soltar la fregona y correr hacia el sonido, que procedía de uno de los baños.

Olivia se encontraba dentro del baño con un paño arrugado en su mano derecha y una expresión de auténtico horror. Posé una mano en su hombro.

—Olivia, ¿estás bien? —pregunté con preocupación.

Olivia era una de las empleadas del hogar. Tendría cerca de cincuenta años y, por lo que había podido escuchar, llevaba más de treinta trabajando para la familia Romano. Al parecer, era una de las pocas empleadas de su padre que Cosimo había decidido conservar.

No era demasiado dada a hablar, pero había estado dispuesta a ayudarme las veces que lo había necesitado.

—¡Hay una araña! —gritó.

Mi cuerpo se relajó al escuchar aquellas palabras.

—Ah, es solo una araña —dije con alivio. Por un instante había temido que le hubiera pasado algo realmente malo.

—¿Solo una araña? —Olivia me miró como si me hubiera vuelto loca—. ¡Mírala, es gigante!

Olivia me señaló un punto con el dedo índice y tuve que dar unos cuantos pasos al frente y estrechar los ojos para verla. La araña estaba en la esquina del baño, justo donde el azulejo se encontraba con el techo, encima del marco de la ducha. Y de gigante nada; apenas tenía el tamaño de una moneda.

Sin embargo, viendo la actitud de Olivia, intuía que no se tomaría bien mis palabras. Así que, con una exhalación suave, dije:

—Déjamela a mí. Yo me encargo, Olivia.

Me di la vuelta y me dirigí a la cocina para buscar un vaso de cristal y una servilleta. Tenía experiencia en eso. No era la primera araña que cogía; en el instituto, a la mayoría de mis compañeros les daban asco casi todos los insectos, así que solía acabar siendo yo quien se encargaba de sacarlos de clase. Nunca me habían dado miedo ni asco.

Pero cuando regresé al baño, Bruna también estaba allí para echarle una mano a Olivia y, por la manera en la que sostenía uno de sus zuecos en la mano derecha, iba a resolver el problema de la araña de una forma muy diferente a la mía.

—¡No! —grité, impidiendo que Bruna avanzara un paso más y estampara a la pobre araña. Cuando ambas me miraron, con una sonrisa suave añadí—: Tranquila. Yo me encargo, Bruna.

Antes de que ella pudiera responderme, entré en el baño. Me subí con cuidado al borde de la bañera y levanté el vaso despacio, calculando la distancia. La araña seguía inmóvil, aferrada al azulejo. Sin esperar un segundo más, coloqué el vaso sobre ella con un gesto rápido, presionándolo contra la pared. El cristal hizo un pequeño sonido seco al chocar con el azulejo y la araña quedó atrapada dentro, moviéndose apenas.

—Todo va a estar bien. No voy a hacerte daño —le susurré, como si ella pudiera entenderme.

Deslicé la servilleta por debajo del borde del vaso, ajustándola con cuidado hasta sellar la abertura. Sujeté ambas cosas con una sola mano y me bajé de la bañera ante la atónita mirada de Bruna y de Olivia.

—¿Adónde vas con *eso*? —me preguntó Bruna, arrugando la nariz.

—A ponerla en libertad.

Bruna me miró como si hubiera perdido la cabeza.

—No entiendo a la juventud de hoy en día. —La escuché mascullar mientras yo me alejaba por el pasillo en dirección a la puerta que daba al jardín trasero.

La abrí con cuidado y salí al exterior. El aire frío de la tarde me golpeó el rostro, fresco y limpio, muy distinto al ambiente cargado del interior. El jardín se extendía ante mí, amplio y perfectamente cuidado, con el césped recortado al milímetro y los setos alineados con una precisión casi obsesiva.

Caminé hasta uno de los arbustos que bordeaban el muro de piedra y me agaché, apoyando el vaso con cuidado en la tierra húmeda. Deslicé la servilleta despacio, lo justo para que la araña pudiera salir. Durante un segundo no se movió, como si dudara de que aquello fuera una trampa. Pero luego, con rapidez, se escabulló entre las hojas y desapareció.

Sonreí.

—Te he encontrado un lugar mucho mejor que un baño —murmuré.

Observé los arbustos durante un instante y me levanté, limpiándome la tierra de los pantalones.

—¿Por qué no me sorprende que liberes arañas? Oh, *cerbiatta*, eres una criatura tan dulce.

Pegué un brinco y me giré de golpe, sobresaltada al escuchar aquella voz aterciopelada y masculina que ya empezaba a reconocer demasiado bien.

—¿Por qué siempre apareces así?

Cosimo arqueó una ceja.

—¿Así cómo?

—De la nada —respondí con un bufido, sintiendo cómo mis pulsaciones comenzaban a recuperar un ritmo normal—. ¿Es que no puedes aparecer como las personas normales?

—Oh, *cerbiatta*, yo no soy normal. Ya te lo he dicho. —Cosimo me guiñó un ojo.

—Pues deberías empezar a, aunque sea, a practicarlo.

Cosimo hizo un gesto condescendiente con su mano.

—Lo normal es aburrido. Lo interesante siempre está fuera de la norma.

Puse los ojos en blanco ante su réplica, pero ni siquiera me molesté en responder. Estaba perdiendo el tiempo intentando que entrara en razón.

—Aunque me encantaría seguir hablando contigo toda la tarde, vengo a cobrarte el favor que me debes.

—No te debo ningún favor.

Él esbozó una sonrisa torcida.

—Entonces tómatelo como una sorpresa.

Desde hacía dos meses odiaba las sorpresas con toda mi alma. Y en esos momentos, lo último que quería era una que viniera por parte de Cosimo.

—No, gracias, no me va a gustar.

—Aún no sabes lo que es.

—Entonces me arriesgaré.

—¿No quieres pasar una tarde divertida conmigo? —preguntó, divertido—. ¿En serio me vas a hacer ese feo? —Hizo un mohín.

Espera, ¿acababa de hacer un mohín?

—No puedo —respondí con una sequedad mayor de la que me convenía. Al fin y al cabo, él seguía siendo mi jefe. Pero ¿cuántas veces habíamos cruzado esa línea ya?—. Apenas acabo de comenzar mi turno.

Por la expresión de Cosimo, tuve la sensación de que aquella era exactamente la reacción que esperaba de mí.

—Te doy la tarde libre. Para eso soy tu jefe, ¿no crees?

—No, no lo creo. No es apropiado.

Pero Cosimo no me estaba escuchando. Por lo visto, se había cansado de intentar ser racional conmigo. Aunque no sabía de qué me extrañaba…

—Cámbiate y ponte algo cómodo. Te espero en media hora en la entrada de la mansión. —Me guiñó un ojo—. Te va a encantar.

Antes de que pudiera replicar, Cosimo ya estaba cruzando la puerta que daba al interior.

¿Qué tenía ese hombre que siempre se salía con la suya?

—¿Me has traído a patinar sobre hielo? —le pregunté a Cosimo con incredulidad, observando la pista de patinaje que se extendía ante nosotros.

Cuando me había subido al coche y uno de sus empleados —supuse que algo parecido a su chófer— nos había llevado hasta un lugar incierto, lo que menos me esperaba era aquello.

Cosimo no me había dado demasiados detalles y el trayecto había transcurrido casi por completo en silencio. Cosimo tarareaba las canciones que sonaban en la radio, mientras que yo me había limitado a mirar por la ventana.

—Te he dicho que iba a ser divertido —respondió Cosimo—, y además, viendo que te gusta la Navidad... ¿Qué hay más navideño que patinar sobre hielo?

La pista, que era bastante grande, brillaba bajo las luces blancas y azules que la rodeaban. A nuestro alrededor, los rascacielos de Chicago se alzaban imponentes, iluminados contra el cielo nocturno.

Había gente patinando en círculos lentos, parejas riendo, niños torpes aferrados a las manos de sus padres. Escuchaba villancicos sonar por los altavoces.

No podía negar que era uno de los planes navideños más típicos que se me podían ocurrir. Sin embargo, no me acababa de sentir cómoda con aquel plan; en realidad, no me acababa de sentir cómoda alrededor de Cosimo.

—No he traído el equipamiento que se necesita —dije, como si aquello fuera excusa suficiente.

Cosimo me miró, arqueando una ceja. Pude ver la diversión asomándose en sus ojos.

—No te preocupes, aquí te alquilan todo el equipamiento.

—No sé... —Me pasé la lengua por el labio inferior—. Nunca he patinado sobre hielo. En mi pueblo no solían poner pistas de patinaje en Navidad. —Y aunque sí que había una en el pueblo de al lado, a mi madre no le gustaba demasiado patinar y tendíamos a hacer otro tipo de planes. Nosotros éramos más de quedarnos en casa

horneando galletas de jengibre, decorando el árbol o leyendo cuentos junto a la estufa de leña.

—¿Cuál me dijiste que era tu pueblo natal?

A pesar de que Cosimo pronunció aquellas palabras con indiferencia, pareciendo casi distraído, no pude evitar ponerme en alerta. No le había dicho dónde vivía anteriormente, ni siquiera le había contado que no era de Chicago, y tuve la sensación de que él lo sabía.

Tal vez por eso, tal vez porque tenía esa constante sensación de paranoia, respondí:

—Sugar Grove —mentí.

—Ah. Eso está cerca de aquí.

¿Ah, sí? ¿Estaba cerca?

Ni siquiera lo sabía. Maldita sea, había dicho el primer lugar que se me había venido a la mente. Recordaba que mi padre tenía una prima segunda que le enviaba cartas de allí cuando yo era pequeña. Era lo único que sabía de ese sitio.

¿Y si Cosimo me preguntaba algo más sobre Sugar Grove? Tenía que haber dicho otro sitio; o quizá le podría haber dicho mi pueblo natal, quizá luego ni siquiera se acordaba. Sentí las gotas de sudor recorrerme la frente, pero Cosimo ni siquiera me estaba mirando. Su atención estaba en la pista, y tampoco me hizo ninguna pregunta más. No parecía demasiado interesado.

Entonces, ¿por qué tuve la sensación de que se había dado cuenta de que le había mentido?

No tuve tiempo de profundizar en ello, porque Cosimo se giró hacia mí y dio un paso corto, invadiendo mi espacio como si tuviera pleno derecho a hacerlo. Se inclinó despacio, hasta que su rostro quedó a escasos centímetros del mío. Debería haberme movido. Apartarme, como no hice —y debería haber hecho— la última vez.

Pero no lo hice.

Porque toda mi atención se concentró en su aliento cálido rozando la piel fría de mi mejilla. En su aroma, profundo, dulce y marcadamente masculino, envolviéndome con una facilidad inquietante.

Se acercó aún más, hasta que sus labios quedaron a la altura de mi oído.

—No te tenía por una cobarde, *cerbiatta* —susurró.

Su voz baja y aterciopelada vibró en mi cuerpo y me hizo recordar la última vez que nos habíamos besado. Mi corazón empezó a latir demasiado deprisa. Y odié que lo notara.

Porque Cosimo esbozó una sonrisa arrogante y satisfecha mientras se separaba de mí. Tal vez eso, tal vez las familias que estaban patinando y parecían felices, hicieron que dijera:

—No lo soy. No soy ninguna cobarde.

Cosimo me guiñó un ojo y, diez minutos más tarde, ya estábamos calzándonos los patines en uno de los bancos junto a la pista. Me ajusté los cordones con cuidado, comprobando dos veces que estuvieran bien apretados. Cosimo, en cambio, parecía hacerlo sin esfuerzo, con una soltura que me hizo sospechar que aquella no era su primera vez. Se puso de pie antes que yo, probando el equilibrio sobre el hielo como si fuera algo natural.

Antes de que pudiera levantarme, una voz infantil y alegre gritó:

—¡Cosimo!

Una niña que no debía de tener más de ocho años patinaba a toda velocidad hacia Cosimo con los brazos abiertos.

—Siena —Cosimo la recibió entre sus brazos y le pasó una mano por el pelo con cariño.

—¡Qué alegría volver a verte! —gritó la niña con entusiasmo cuando se separó de él—. Pensé que nunca más volvería a verte.

—Te prometí que volveríamos a vernos. —Cosimo le guiñó un ojo—. Es el destino, pequeña.

—Yo no creo en el destino —replicó una voz dura.

Giré la cabeza hacia la pista. Una chica rubia, de una edad parecida a la mía, se había detenido a pocos metros de nosotros. A su lado había otra chica, también rubia, de rasgos más suaves y una cabeza más baja que ella.

—¿Qué haces aquí, Cosimo?

—¿Qué voy a hacer? —Cosimo se rio, como si fuera una pregunta absurda—. Patinar.

—Tiene razón, tía Glenda. —La niña soltó una carcajada—. A veces tienes cada pregunta...

Cosimo le guiñó un ojo con complicidad, consiguiendo que la niña se riera más, y provocando que la chica rubia, que acababa de descubrir que se llamaba Glenda, entornara los ojos.

—¿Vienes con ella? —preguntó la niña, señalándome.

Aquello hizo que todos se fijaran en mí. No pude evitar ponerme un poco nerviosa, pero Cosimo dijo con total tranquilidad:

—Sí. De hecho, el plan es más de ella que mío.

—Así que a ti también te gusta patinar —me dijo la niña con entusiasmo—. ¿A que es muy diver? Es mi plan favorito de todas las Navidades —me contó con emoción—. Por cierto, yo soy Siena.

Miré a la niña con ternura. Durante mi adolescencia había hecho varios trabajos como canguro; no pagaban mal y siempre se me habían dado bien los niños.

—Bueno, todavía no lo sé. Es mi primera vez —reconocí con una sonrisa suave, intentando sonar más segura de lo que me sentía.

Me levanté del banco con cuidado y avancé hacia la pista dando pasos cortos y torpes, como si el suelo pudiera traicionarme en cualquier momento. En cuanto mis patines tocaron el hielo, me apresuré a apoyar la mano en el bordillo que rodeaba la pista, esa barandilla baja de metal frío que parecía existir únicamente para salvar a principiantes como yo de una caída humillante.

Me aferré a él con fuerza durante un segundo, dejando que el cuerpo se acostumbrara a la sensación resbaladiza bajo mis pies. El hielo crujió suavemente bajo las cuchillas y sentí ese cosquilleo incómodo entre el miedo y la emoción. Alcé la vista entonces, todavía agarrada al bordillo.

—Yo soy Quinn.

—¡Ya verás que patinar es súper fácil! —me animó Siena—. Ellas son la tía Glenda y Audrey.

Esbocé una sonrisa algo incómoda. La chica que se llamaba Audrey me correspondió, pero Glenda se limitó a observarme con una expresión de arrogancia.

—También soy la exprometida de Cosimo —apuntó Glenda. Ni siquiera se molestó en sonar casual; tuve la sensación de que eso era lo que buscaba, que aquellas palabras habían sido dichas medidas al milímetro.

—Ah —murmuré, sin saber qué decir.

Aunque traté de parecer indiferente ante aquella información y mantener la sonrisa —o más bien la mueca en la que se fruncían mis labios—, no pude evitar la sensación de hundimiento que se instaló en el fondo de mi estómago. Como tampoco pude evitar observar disimuladamente a Glenda. Alta y rubia, con su cabello recogido en un moño estirado y ese abrigo de color marfil que debía costar más que todo mi armario. Aquel parecía ser el estilo de chicas con las que Cosimo acostumbraba a salir.

—Parece que ya nos hemos presentado todos —dijo Cosimo con un tono desenfadado, pero si no hubiera estado tan ocupada observando a Glenda, habría visto la forma en la que algo en su rostro se oscureció y la mirada que compartió con ella.

—¿Ya no llevas esos tirantes tan guays? —le preguntó Siena a Cosimo, mirándolo con descaro.

Cosimo arqueó una ceja, divertido.

—Por supuesto que los llevo —respondió, desabrochándose uno de los botones de su abrigo gris. Metió los dedos por debajo y estiró uno de los tirantes del mismo color, dejándolo chasquear suavemente contra su pecho.

Los ojos castaños de Siena se iluminaron al instante.

—¡Me encantan! —Soltó una pequeña risa y, sin pensárselo dos veces, agarró a Cosimo de la mano y tiró de él—. ¡Vamos a patinar juntos! —declaró, ya impulsándose sobre el hielo.

Cosimo se dejó llevar sin oponer resistencia, adaptando el ritmo al de ella mientras avanzaban unos metros. Siena patinaba concentrada, sacando la lengua entre los labios, orgullosa de cada deslizamiento, mientras él la sostenía con firmeza, asegurándose de que no perdiera el equilibrio.

No se alejaron demasiado, lo justo para moverse con libertad, pero permaneciendo siempre cerca. Siena rio de nuevo, feliz, y

Cosimo esbozó una sonrisa que rara vez se le veía, relajada, casi auténtica.

Yo los observé en silencio, con una sensación extraña en el pecho y una sonrisa bobalicona, porque no esperaba ver a Cosimo así.

Sonrisa que desapareció cuando Glenda me habló.

—¿De qué os conocéis Cosimo y tú? —Su tono de voz no era hostil del todo, pero tampoco era agradable.

—Soy su empleada —respondí, sintiéndome incómoda—. No es una cita. —Ni siquiera supe por qué dije aquello.

—Oye, no tienes por qué dar ninguna explicación —intervino la otra chica, Audrey, con una sonrisa suave.

—¿Tú crees? —Mi mirada se centró en Glenda—. Porque justo eso es lo que parece —dije con brusquedad.

Glenda fue a responderme, pero antes de que lo hiciera, Cosimo se acercó a nosotras patinando, y aquello hizo que Audrey tirara de Glenda para alejarse de nosotros e ir hacia Siena, que estaba girando sobre sí misma.

—¿Por qué no sueltas el bordillo? —me preguntó Cosimo, señalando con la barbilla mis manos aferradas a la barandilla.

Miré mis dedos, blancos de tanto apretar, y luego el hielo bajo mis pies.

—Porque me gusta seguir viva.

Una sonrisa ladeada apareció en sus labios.

—Exagerada.

Se acercó un poco más y, sin pedirme permiso, colocó una mano sobre la mía y la retiró del bordillo con suavidad, pero con determinación.

—Confía en mí —dijo.

Una voz dentro de mi cabeza gritaba que eso era justo lo que no tenía que hacer, pero mi cuerpo reaccionó cuando su otra mano se posó en mi cintura. El contacto fue cálido incluso a través de la ropa y me recorrió un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío. Sentí cómo mi centro de gravedad cambiaba de golpe.

—Cosimo… —empecé, tensa.

—Te tengo —respondió, cerca. Demasiado cerca.

Animada por sus palabras, solté el bordillo del todo.

El hielo se movió bajo mis pies y se me escapó un jadeo involuntario, aferrándome a Cosimo por puro reflejo. Mis manos acabaron sujetando su abrigo con toda la fuerza que pude.

Cosimo no se rio, ni se burló de mi torpeza. Tan solo ajustó su agarre en mi cintura y empezó a moverse despacio, guiándome con pequeños impulsos, casi imperceptibles.

—Mira al frente —me guio—, no al suelo. El hielo nota el miedo.

Avanzamos apenas unos metros, lentos, coordinados por su cuerpo y el mío siguiéndolo a regañadientes. Podía sentir su respiración, su calor, la forma en la que su cuerpo se movía con absoluta seguridad.

—Lo estás haciendo bien —me dijo.

En algún momento, Cosimo me soltó, y me di cuenta de que estaba patinando sola.

—¡Lo he hecho! —grité.

Cosimo me guiñó un ojo.

—Te lo dije, *cerbiatta*.

Lo que había comenzado como un encuentro tenso terminó siendo una tarde agradable. La hora que pasamos en la pista de patinaje pasó demasiado rápido y me encontré a mí misma disfrutando del plan. Incluso me animé y di un par de vueltas sobre mí misma mientras Siena me guiaba.

—¡Ha sido muy guay! —dijo Siena con entusiasmo después de que dejáramos los patines—. ¡Tenemos que repetir!

—Por supuesto —le prometió Cosimo.

—Vamos, Siena. Tenemos que ir a casa a cenar —dijo Audrey.

La niña le dio un abrazo a Cosimo y este la levantó por los aires. Después me abrazó a mí y echó a correr hacia Audrey y Glenda. La primera se despidió de nosotros con una sonrisa pequeña y la segunda ni siquiera miró en nuestra dirección.

Aquella chica estaba siendo antipática. ¿Puede que aún sintiera algo por Cosimo?

Y aquel pensamiento me perturbó más de lo que debería.

—Así que casi te casas —dije cuando estábamos caminando hacia el aparcamiento donde nos había dejado el coche.

Cosimo me miró.

—Sí —murmuró.

—¿Por qué no funcionó? —pregunté, sin poder evitarlo.

—Ella se folló a otro mientras estábamos comprometidos y decidió que se quería casar con él.

Cosimo soltó aquello a bocajarro, como si estuviera hablando del tiempo, como si no fuera nada. Me detuve de repente. Honestamente, no era eso lo que esperaba.

—Lo siento.

Cosimo ladeó la cabeza hacia mí, desconcertado.

—¿Por qué?

—Por lo que te pasó. Debió de ser horrible.

Yo lo pasé mal cuando dejé a mi novio del instituto cuando murió mi madre, y eso que fui yo la que tomé la decisión y tan solo llevábamos un año saliendo. No quería ni imaginar que te dejaran por otra persona cuando estabas a punto de casarte.

—Ah —murmuró—. No fue para tanto. Digamos que era esperable.

—Haber tenido que cancelar una boda con una persona con la que quieres pasar tu vida y has mantenido una relación larga… Ella debió de ser importante para ti.

Cosimo me observó durante unos instantes, como si no comprendiera del todo mis palabras. Después, su mirada se oscureció.

—¿Por qué tanto interés, *cerbiatta*? ¿Estás celosa? —preguntó, deteniéndose.

—¿Celosa? ¿Yo? Qué tontería —respondí con intención de seguir andando, pero él me sujetó del brazo, impidiéndomelo.

—Yo creo que sí lo estás. —Cosimo sonrió—. Y que sepas que me gusta.

—Que no lo estoy.

Pero era una flagrante mentira. No tenía ningún derecho a estar celosa, pero lo estaba. Imaginarme a Cosimo enamorado de otra mujer provocaba que mi estómago se retorciera.

Cosimo me rodeó la cintura, acercándome a él.

—Para tu información, nos comprometimos después de la segunda vez que hablamos a solas y ni siquiera follamos en los pocos meses que duró nuestro compromiso —dijo con total naturalidad.

—¿Estabas comprometido con una mujer con la que llevabas poco tiempo y no tuviste relaciones sexuales con ella?

—Eran negocios, *cerbiatta* —dijo con su boca cerca de la mía; demasiado cerca.

—¿Negocios? —repetí, confundida—. ¿Te ibas a casar con una mujer por negocios? Eso no tiene sentido.

—En realidad, nunca estuvo en mi mente casarme con ella. Y, aunque diga lo contrario, ella tampoco tuvo ninguna intención.

—Porque no estabais enamorados.

—No, no lo estábamos —reconoció—. Pero ese no fue el problema.

¿Cómo no iba a ser ese el problema?

—Es muy guapa.

De todas las cosas que podía decir en ese momento, dije la más absurda de todas. Pero, mierda, era la que más me importaba. ¿Cómo podía ser?

—Tal vez, pero ni la mitad que tú.

Su cuerpo estaba tan pegado al mío que podía sentir el latido de su corazón contra mi pecho. Apenas podía pensar; el aroma de su perfume y la calidez de su aliento nublaban cualquier rastro de lógica en mi cabeza.

—Mientes.

—No, *cerbiatta*, no he dicho nunca una verdad mayor. Ninguna mujer es más guapa que tú.

Solté una pequeña risa.

—Esas adulaciones… ¿te suelen funcionar?

—No lo sé, porque nunca he necesitado adular a una mujer. Y no estoy empezando a hacerlo ahora —me corrigió, mientras su mano subía por mi cintura—. No importa cuánto intentes ocultar tu cuerpo bajo esa ropa ancha, Quinn. Eres una mujer bellísima y estoy deseando descubrir qué es exactamente lo que escondes detrás de esas capas de ropa.

Tragué saliva, sintiendo un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío de Chicago.

—Te vas a quedar con las ganas —logré decir, aunque mis manos, apoyadas en su pecho, no hacían el menor intento de empujarlo.

Cosimo sonrió, una sonrisa lenta y depredadora que me hizo temblar. Se inclinó un poco más, rozando con su nariz la punta de la mía.

—De momento, me conformaré con esto.

Y entonces, me besó. No fue un beso suave ni tentativo; fue una reclamación absoluta. Empezaba a comprender que esa era su única forma de hacer las cosas: con una intensidad que no admitía réplica. Sus dedos se hundieron en mi cabello, sujetándome con una firmeza que me obligaba a centrarme solo en él, mientras yo me aferraba a sus hombros como si fueran el único punto sólido en un mundo que acababa de empezar a dar vueltas.

Porque ese era el efecto que Cosimo tenía en mí: borraba todo lo demás.

Me habían besado antes, por supuesto. Recordaba mi primer beso a los diez años, en un rincón del recreo; un roce casto y torpe que sabía a regaliz y a timidez infantil. Y después, estaba mi exnovio. Con él me había besado miles de veces durante un año entero, pero aquellos besos eran cómodos, predecibles, como el refugio de un puerto seguro.

Lo de Cosimo no era un refugio; era una tormenta. Ninguno de esos besos del pasado había logrado provocar este incendio en mi sangre, esta sensación de estar al borde de un abismo y, por primera vez, no tener miedo a caer.

Porque tenía la sensación de que, si caía, él estaría abajo sujetándome, lo que era una estupidez.

«Por Dios, Quinn, deja de comportarte como una idiota», me gritó una parte de mi mente. Pero el resto de mi cuerpo decidió ignorar la advertencia.

En lugar de apartarme, me hundí más en él. El beso cambió, volviéndose más profundo, más hambriento. Cuando su lengua rozó

la mía, sentí una descarga eléctrica que me recorrió la columna vertebral.

Mis dedos se enredaron con más fuerza en la tela de su abrigo, atrayéndolo hacia mí, queriendo borrar cualquier rastro de aire que quedase entre nuestros cuerpos. Mi pasado, el miedo a ser encontrada, todo dejó de existir. Solo importaba el roce de sus labios, la firmeza de su agarre y la forma en que su lengua reclamaba un territorio que, me gustase o no, ya empezaba a pertenecerle.

Cuando el beso se rompió, Cosimo esbozó una sonrisa de suficiencia, como si hubiese ganado.

—Esa niña, Siena. Es muy mona —dije, porque sentía que tenía que decir algo.

—Ella es mucho más que eso —respondió él, y su tono cambió de inmediato. La lascivia de hacía un segundo desapareció para dejar paso a un orgullo genuino, casi protector—. Es guapa, curiosa y muy inteligente.

—Puede que la relación con tu exprometida haya tenido algo bueno. Te has enamorado de su sobrina.

La verdad es que no pensaba que Cosimo fuese de la clase de hombres a los que les gustasen los niños. Más bien había pensado que era de esos empresarios ricos que terminaban teniendo hijos porque era lo que tocaba, pero dejaban que las niñeras se ocuparan de ellos.

Estaba claro que me había equivocado con él en eso.

Él se rio y volvió a rodear mi cintura con su brazo para pegarme de nuevo a él.

—Guapa y lista. Eres perfecta, *cerbiatta* —murmuró contra mi piel.

Y volvió a besarme. Pero esta vez, el beso fue distinto. Fue un beso lento, casi pausado, como si tuviésemos todo el tiempo del mundo. Sus labios se movían sobre los míos con suavidad, explorando cada rincón con una ternura inesperada que era mucho más peligrosa que cualquier arma.

Para cuando nos separamos, yo sabía que aquella salida había sido un error y que había metido la pata hasta el fondo. Porque, tan

loco como sonaba, estaba empezando a encariñarme con Cosimo más de la cuenta.

—Vamos —dijo, sacándome de mi ensoñación.

¿Adónde?

Tardé un segundo en ubicarme. Ah, sí. Al párking. Había olvidado por completo dónde estábamos, como si la pista de hielo hubiera quedado suspendida en otro plano. Caminamos unos minutos más, atravesando la zona menos iluminada, donde el murmullo de la gente se diluía y el frío parecía más crudo.

Fue entonces cuando lo vi.

Una camioneta negra avanzaba despacio entre las filas de coches. Demasiado despacio. Las luces cortas encendidas, el motor grave vibrando en el aire. Los cristales estaban tintados, por lo que no podía ver al conductor con claridad, pero parecía observar, buscar algo. O a alguien.

El pulso se me disparó. Instintivamente reduje el paso. Sentí cómo el estómago se me encogía y cómo mi respiración se volvía superficial. La camioneta se acercó un poco más y mi corazón se encogió.

Me habían encontrado. Había terminado. Todo había terminado. Y lo peor: había puesto en peligro a Cosimo.

—Cosimo… —murmuré, sin saber muy bien qué iba a decir.

Antes de que pudiera terminar la frase, una voz infantil rompió el aire como un disparo.

—¡Papá!

Un niño salió corriendo entre los coches, resbalando un poco en el asfalto húmedo, seguido de cerca por una mujer que lo llamó con una risa cansada. El niño llegó hasta la camioneta y el conductor se inclinó para abrir la puerta, dejándole subir.

La escena se recompuso de golpe. Tan solo era una familia que venía de pasar una tarde entretenida.

No eran *ellos*.

Solté el aire que llevaba rato conteniendo sin darme cuenta. El nudo en el pecho se deshizo lentamente mientras la camioneta retomaba la marcha y se alejaba. Me sentí un poco tonta y, al mismo tiempo, vulnerable.

Cosimo me miró de reojo, atento, como si hubiera notado el cambio en mi respiración.

—¿Estás bien?

No fue hasta ese instante cuando me di cuenta de que mi mano estaba rodeando su muñeca con tanta fuerza que no le estaba dejando circular la sangre. La solté.

Asentí, obligándome a relajar los hombros.

—Sí. Todo bien.

Él me miró durante unos instantes, aunque terminó asintiendo. Aun así, tuve de nuevo la sensación de que no me creía.

—Vamos. Luca ha llegado.

Señaló hacia el coche y nos montamos en él.

Debería estar tranquila. Tan solo era una familia. Pero podía sentir el nudo en la garganta, porque aunque el peligro no había sido real, la sensación había sido demasiado fácil de reconocer.

No estaba a salvo. Y nunca lo estaría.

CAPÍTULO 12

Quinn

Cuando mi madre estaba viva, la mañana del veinticuatro de diciembre tenía un olor especial. No solo a los guisos que ella preparaba con amor y mimo, sino a pura felicidad. La felicidad que da una familia unida.

Después de su muerte, yo me esforcé porque fuese un día especial; mi padre también lo intentó y, en cierta manera, lo lográbamos, aunque nunca volviese a ser lo mismo. Porque mi padre, a pesar de todos sus errores, me quería; eso fue algo que nunca dudé.

Pero en la casa de los Romano, ese año no iba a haber ninguna celebración. Por lo visto, así lo había decidido Cosimo. Y esa era la razón por la que Bruna había aprovechado para marcharse una semana a Houston, donde vivía su hija, para celebrarlo con ella y sus nietos.

La mayor parte de los empleados tenían el día libre. Era extraño no ver al jardinero arreglando el jardín o a varias chicas limpiando por la casa. Porque, a pesar de que Cosimo había prescindido de gran parte del personal que servía a su padre, la mansión seguía contando con una plantilla considerable; algo que, por otro lado, era estrictamente necesario para mantener en pie una estructura de tales dimensiones.

Yo no veía ninguna necesidad en tener una casa tan grande. Si al final él pasaba la mayor parte del día fuera y no usaba la mayor parte de las estancias.

—¿Vas a seguir mirando al infinito sin hacer nada? —me preguntó Alessandra, que desgraciadamente, junto a mí y a Viola, éramos las únicas empleadas que trabajaban ese día.

—He limpiado la cocina a fondo, dos baños y ahora estoy con la mesa del comedor. —Me giré hacia ella, cruzando los brazos—. ¿Qué

has hecho tú exactamente? —Normalmente tendía a ignorar sus chorradas, pero estaba cansada de morderme la lengua y aguantar sus aires de superioridad.

—Yo no necesito especificar mis tareas —respondió con suficiencia, señalándome con un paño impoluto que llevaba en la mano. Era el mismo trapo con el que llevaba paseándose, como si fuera un trofeo, desde primera hora de la mañana.

—Pues a mí sí me gustaría que lo hicieras —intervino Viola, apareciendo tras ella con gesto severo—. Que el señor Romano no vaya a estar hoy en la casa no significa que tengamos que dejar que nos coma la mierda.

—¡Por Dios, si está todo impecable! —se quejó Alessandra, entornando los ojos con fastidio.

Con Bruna presente, jamás se habría atrevido a replicar de esa manera, pero la ausencia de la ama de llaves parecía haberle dado alas a su arrogancia.

—Nos pagan para mantener la limpieza, no para admirarla —sentenció Viola con voz cortante—. Y te recuerdo que el señor Romano nos paga el doble por ser la mañana del veinticuatro. Tú misma te presentaste voluntaria para trabajar hoy, Alessandra. Nadie te obligó.

Ella dejó escapar un suspiro teatral, cargado de victimismo.

—Y estoy trabajando, ¿no me ves? —rezongó, sacudiendo el paño limpio en el aire una vez más antes de alejarse hacia el pasillo.

Viola observó a Alessandra marcharse con un suspiro de agotamiento antes de volverse hacia mí. Su expresión se suavizó de inmediato.

—Puedes dejarlo por hoy, Quinn —me dijo—. Has estado haciendo la mayor parte del trabajo y la casa ya está más que presentable.

—No me importa, de verdad. Tampoco es que tenga algo mejor que hacer —respondí, antes de ser plenamente consciente de lo triste que sonaban mis palabras.

Viola arqueó las cejas, sorprendida.

—¿No vas a celebrar la Nochebuena?

—Sí, por supuesto —mentí con una sonrisa forzada—. Mi plan incluye un vaso de leche caliente y una buena lectura. No suena tan mal, ¿verdad?

Viola esbozó una sonrisa triste, de esas que delatan que sabe perfectamente que estás intentando ocultar tu soledad.

—Podrías venirte a mi casa, con mi marido, mi hija y mis padres —se ofreció con una generosidad que me conmovió—. No habrá grandes lujos, pero te aseguro que nos lo pasaremos bien.

—Te lo agradezco de corazón, Viola —dije, sintiendo un nudo en la garganta—, pero... quizá otro año.

En mi fuero interno, sentí una punzada de amargura. Me invadió la sensación de que estaba abocada a pasar el resto de las navidades de mi vida así: sola, rodeada de recuerdos que ya no podían abrazarme.

—Yo tampoco era muy de Navidad antes de tener a mi hija —confesó ella, apoyándose un momento en la mesa—. Pero ahora hasta me duele no estar con ella en casa en este momento.

—Entonces, vete con ella —le insistí, dejando el paño sobre el aparador—. ¿Qué es lo que falta por limpiar?

—¿Segura que no te importa? —preguntó, con los ojos brillando de esperanza.

—En absoluto. Es más, dile también a Alessandra que se marche. Yo me encargo de cerrar todo.

Viola pareció dudar un instante, debatiéndose entre su sentido del deber y sus ganas de abrazar a su pequeña, pero al final la balanza se inclinó hacia su familia.

—Está bien. Solo queda terminar esta estancia —dijo, señalando el comedor donde nos encontrábamos— y darle un repaso rápido a la biblioteca.

—Perfecto. No te preocupes por nada y pasa una buena noche.

Viola me dedicó una sonrisa radiante, de esas que iluminan toda la cara.

—Voy a decirle a Alessandra que puede dejar de fingir que limpia y que se marche a casa. No creo que necesite que se lo repita dos veces.

Sonreí mientras la veía alejarse.

Había terminado de limpiar la biblioteca y aún era poco más de mediodía. No había comido, así que me dirigí a la cocina, pero de camino vi una de las estancias cuya puerta solía estar cerrada con llave, abierta de par en par. Nunca había estado dentro. No era algo extraño, ya que había estancias cerradas con llave a las que solo Bruna tenía acceso.

La curiosidad hizo que entrase. Y lo que vi al entrar me dejó sin palabras.

Las paredes estaban llenas de vitrinas iluminadas que bañaban la habitación con reflejos dorados y plateados. Parecía un museo privado de los Romano; una colección que iba desde pesados relojes de cadena hasta diademas y collares de una delicadeza increíble.

Caminé entre los mostradores, fascinada, hasta que una pieza me hizo frenar en seco: una pulsera de filigrana de plata con una piedra de luna que parecía brillar con luz propia. Me sorprendió ver que la vitrina estaba entornada; un descuido imperdonable para una joya así.

Casi sin darme cuenta, alargué la mano. Quería sentir el frío del metal y seguir con los dedos el relieve del grabado. Antes de que pudiera evitarlo, ya la tenía entre mis manos.

—¿Qué haces? —preguntó una voz desde el umbral.

Levanté la vista de golpe. Alessandra estaba apoyada en el marco de la puerta, observándome con una expresión extraña en su rostro.

—Pensaba que te habías ido —balbuceé, soltando lo primero que se me vino a la mente para ocultar mi nerviosismo.

—Y has aprovechado que creías que estaba sola para coger la llave y colarte —espetó ella, señalando con un leve gesto de cabeza una llave que descansaba sobre el alféizar de la ventana.

—La puerta estaba abierta —repliqué de inmediato.

—Eso es mentira. He visto cómo has entrado en el cuarto donde Bruna guarda las llaves y la has cogido.

Abrí los ojos como platos, dándome cuenta de que Alessandra estaba intentando liármela de nuevo.

—¡No digas chorradas!

—Te he pillado, Quinn. —Avanzó un par de pasos hacia mí y me señaló con el dedo índice acusadoramente—. Has pensado que estabas sola para entrar en la sala de las joyas. ¿Con qué intención?

—¡Por el amor de Dios! Ni siquiera sabía que existía una sala de joyas —exclamé, tratando de que mi voz no temblara.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó una voz masculina a mis espaldas.

—Nico, te lo advertí. Ha cogido la llave con una intención clara —dijo Alessandra, señalando con desprecio la pulsera que aún apretaba entre mis dedos—. Creo que iba a robarla.

El joven guardia, a quien había visto de pasada, pero con el que jamás había cruzado palabra, nos miraba confundido. Ahora que lo tenía a pocos pasos, me di cuenta de que, a pesar de sus facciones endurecidas, era casi un crío; no debía de tener ni veinte años. Sus ojos iban de la joya en mi mano al rostro gélido de Alessandra, sin saber muy bien a quién creer.

—No iba a robar nada —dije con enfado—. La puerta estaba abierta y he entrado por curiosidad. Esta vitrina estaba movida y… —me interrumpí a mí misma—. No voy a justificarme, no he hecho nada malo. —Estaba harta de que me culpasen por todo.

—Lo cierto es que no ha pasado nada —dijo Nico, que era más que evidente que quería salir de allí cuanto antes—. Quinn no ha sacado la pulsera de la sala.

Me extrañó que supiera mi nombre. Aunque, pensándolo bien, si se encargaba de la seguridad, era parte de su trabajo.

—Pero iba a robarla —insistió Alessandra con veneno.

Dios, esa chica era insoportable. Sentí un impulso repentino de lanzarme hacia ella y tirarle del pelo, algo que me aterró, ya que yo no era violenta. Al contrario, detestaba la violencia, la repelía con cada fibra de mi ser; especialmente después de todo lo que me había tocado vivir en los últimos meses. Después de lo que mi padre había hecho.

—Yo no iba a robar nada —repetí, tratando de mantener el control.

—Deja la pulsera en su sitio —me pidió Nico en un tono conciliador—. Salgamos de aquí, yo mismo devolveré la llave a su

lugar y…

—¿Dónde están los relojes que deberían estar en este expositor? —lo interrumpió Alessandra.

Entró a toda velocidad en la sala y señaló con un dedo acusador una vitrina de cristal encastrada en la pared. A través del vidrio, se veía claramente que el terciopelo oscuro donde deberían descansar los relojes estaba vacío. Los huecos marcados en la tela eran la prueba de que, hasta hacía muy poco, estaban ocupados.

—No tengo la menor idea —aclaré cuando Nico me miró con los ojos entrecerrados.

—Esto ha pasado por tu culpa, Nico —le dijo Alessandra al joven—. No me has hecho caso cuando te he dicho que iba a hacer algo malo con la llave y ahora se ha llevado los relojes.

—¡¿Pero qué narices dices?! —dije intentando no gritar, pero fallando estrepitosamente.

—Vamos a calmarnos todos —pidió Nico mientras sacaba el móvil del bolsillo con manos nerviosas—. Voy a llamar al jefe y…

—No podemos esperar, va a deshacerse de ellos —le interrumpió Alessandra mientras salía de la sala a zancadas—. Los tiene escondidos en su habitación, estoy segura.

La situación era completamente absurda, un mal chiste. Pero, aun así, salí tras ella con el corazón martilleándome en las costillas. Aunque intenté alcanzarla, para cuando llegué, ella ya había invadido mi habitación y estaba abriendo los cajones de las mesillas con furia.

—Sal de mi cuarto ahora mismo —le ordené, y aunque entré en la habitación, no me moví.

—El jefe estaba cerca, llegará en un momento —murmuró Nico, entrando en la habitación—. Él se encargará de esto.

Alessandra no le hizo el menor caso. Siguió registrándolo todo, tirando mis pertenencias al suelo con un desprecio absoluto. Debería haberme lanzado sobre ella, debería haberle impedido que tocara mis cosas, pero me quedé paralizada, incapaz de reaccionar ante tal atropello.

De repente, Alessandra se dirigió al armario y hundió las manos en el cajón de la ropa interior. Tras un breve forcejeo entre las

prendas, su rostro se iluminó con una sonrisa triunfal.

—¿Y esto qué es? —dijo con voz cargada de veneno.

Lentamente, sacó la mano y dejó caer sobre la cómoda tres relojes de oro que brillaron bajo la luz de la lámpara. Los había encontrado escondidos entre mi ropa más personal.

—Yo no los he puesto ahí.

—¿Estáis celebrando una fiesta y nadie me ha invitado? —preguntó Cosimo.

Su voz, profunda y cargada de una ironía cortante, nos hizo saltar a todos. Estaba apoyado en el umbral de la puerta, observando el rastro de ropa interior que Alessandra había esparcido por todo el suelo con una expresión que no supe descifrar. Su mirada recorrió el caos de la habitación hasta detenerse en mí, y por un segundo, sentí que el aire desaparecía de mis pulmones.

Alessandra no perdió el tiempo. Se irguió, triunfante, señalando las piezas de oro que acababa de descubrir.

—Ha estado abusando de tu confianza y te estaba robando. Probablemente, su idea era marcharse con el botín.

¿Botín? Ni que fuese yo un pirata.

—No he robado nada, mala pécora —solté, provocando que Cosimo enarcara una ceja.

—Podéis iros. Yo me encargaré de esto —dijo él antes de que Alessandra pudiera soltar otra de sus acusaciones.

Ella no parecía tener muchas ganas de retirarse; quería paladear mi humillación, pero Nico la tomó del brazo y se la llevó, cerrando la puerta tras de ellos. El silencio que quedó en la habitación era denso, cargado de la electricidad que siempre desprendía su presencia.

—No he robado nada —le repetí en cuanto nos quedamos solos. No necesitaba excusarme, no había hecho nada, pero, joder, Alessandra me lo había puesto muy difícil.

—¿Qué clase de insulto es mala pécora? —me preguntó Cosimo, ignorando por completo mi defensa.

—¿Qué preferías? ¿Que la llamara arpía directamente?

—Ese me parece mucho más contundente —admitió él con una sombra de diversión en la mirada.

¿Se estaba riendo de mí? ¿En serio?

—Me ha tendido una trampa. Los relojes… ella los ha puesto en mi cajón de la ropa interior —dije, dándome cuenta de lo retorcido que había sido el plan de Alessandra.

—¿Tan mal te pago, Quinn? —preguntó de repente, dando un paso hacia mí.

La pregunta hizo que el estómago se me revolviera. El nudo de ansiedad que tenía en la garganta se convirtió en una punzada de dolor. ¿En serio creía que era capaz de robarle?

—¿Cómo puedes preguntarme algo así? ¿De verdad crees que soy una ladrona?

Cosimo no respondió. En su lugar, se agachó con elegancia y recogió una de mis bragas del suelo —que Alessandra había tirado en su inspección—. La sostuvo entre sus dedos, examinando el algodón sencillo, y luego clavó su mirada en la mía.

—Definitivamente, te estoy pagando poco si no puedes permitirte comprar ropa interior decente —dijo con total naturalidad, mientras la prenda colgaba de su mano.

Sentí que la cara me ardía de pura vergüenza.

—¿Estás jugando conmigo? —dije, con la voz temblorosa de indignación—. Me están acusando de un delito y tú te burlas de mi ropa interior.

—No me burlo —respondió, aunque su rostro decía algo diferente—. Sé que a las mujeres os gusta llevar ropa interior sexy.

—Tengo cosas mucho más importantes en las que pensar que en si mi ropa interior es sexy o no —siseé, acortando la distancia entre nosotros.

Le arrebaté la prenda de las manos con un tirón seco y la arrojé al suelo, ignorando el fuego que me subía por las mejillas. Intenté alejarme, dar por finalizada aquella humillación, pero él reaccionó con la velocidad de un depredador y me sujetó del brazo, impidiéndome dar un solo paso.

—Eres una ladrona con muy buen gusto —murmuró, bajando la vista hacia mi mano cerrada.

Sentí un frío repentino en la nuca. No me había dado cuenta de que todavía apretaba la pulsera contra mi palma.

—No la estaba robando —dije, tratando de que mi voz no flaqueara—. Estaba mal colocada en la vitrina, a punto de caerse, y yo solo…

—Te puedes llevar los relojes —me interrumpió—. Pero esa pulsera perteneció a mi madre. Es una de esas piezas que, en mi familia, pasaban de madres a hijas. Es intocable.

Tragué saliva.

—No la estaba robando —insistí con desesperación.

Tiré de mi brazo con todas mis fuerzas para soltarme. Al principio, sus dedos se cerraron con más firmeza sobre mi piel, recordándome quién tenía el control, pero finalmente cedió.

Me aparté de él, pero estiré el brazo para entregarle la pulsera. Él la cogió y se la guardó en el bolsillo de su pantalón. Me giré y me acerqué al armario que Alessandra había dejado abierto. Saqué la mochila y la dejé sobre la cama.

—¿Qué haces? —me preguntó Cosimo.

—Me marcho.

Él pensaba que era una ladrona; no podía quedarme ni un instante más allí. No solo porque no iba a permitir que me acusaran falsamente, sino porque, mierda, pensaba que yo le importaba un poco. Pero, por supuesto que no lo hacía. Había sido una tonta. Ni siquiera me daba el beneficio de la duda.

—Esos relojes son exclusivos —continuó Cosimo, con una calma insultante—. Mi padre tenía la manía de comprar objetos únicos y carísimos solo para aparentar. No te resultará fácil venderlos, pero puedo aconsejarte un lugar donde te los comprarán sin hacer preguntas.

Sentí cómo la furia me recorría la espina dorsal y un fuego líquido que me nubló el juicio. ¿Cómo se atrevía?

Rompí la distancia que nos separaba con un movimiento veloz y levanté el brazo para cruzarle la cara, pero él reaccionó con la velocidad de un rayo y me sujetó la muñeca en el aire.

—Esta vez no, *cerbiatta*.

—Eres un cabrón —espeté, con el pecho agitado por la rabia y la cercanía de su cuerpo.

—Así me gusta... —murmuró él, con una sonrisa oscura ladeando sus labios—. Que empieces a usar insultos a la altura de las circunstancias.

Lancé un resoplido, harta de sus chorradas.

—Suéltame el brazo, Cosimo. Ahora mismo.

—No.

—¿Qué? —pregunté, parpadeando ante su rotunda negativa.

—No voy a soltarte —repitió, y su voz bajó a un registro tan grave que me vibró en los huesos. Sus dedos se cerraron un poco más sobre mi muñeca, no para hacerme daño, sino para recordarme que no me iría a ninguna parte—. No mientras me mires con ese fuego en los ojos.

—Te estoy mirando con rabia e ira.

Cosimo sonrió.

—Me sirve.

¿¡Qué narices!?

Antes de que pudiese decir nada, me empujó hacia atrás con una lentitud calculada, obligándome a retroceder hasta que el borde del colchón golpeó la parte trasera de mis rodillas. Perdí el equilibrio y caí sentada sobre la colcha revuelta.

—¿Qué haces? —le pregunté, con la voz quebrada, cuando se puso de rodillas frente a mí.

Estaba atrapada entre el desprecio que sentía porque no me creyese y el deseo punzante que me quemaba por dentro. Sus manos, grandes y seguras, se deslizaron por mis muslos con una parsimonia desesperante, subiendo hasta el cierre de mis pantalones. Intenté cerrar las piernas, intenté apartarlo, pero mi cuerpo parecía haber tomado una decisión propia, una que no incluía la dignidad.

—Sabes perfectamente lo que estoy haciendo —dijo con un tono de voz profundo—. Y también sabes que deseas que lo haga.

Me despojó de los pantalones y la ropa interior con rapidez y habilidad, arrojándolos al suelo sin apartar la vista de la mía. Me sentí morir de vergüenza y de anticipación a partes iguales. Estaba desnuda de cintura para abajo, expuesta ante el hombre que

acababa de llamarme ladrona y, sin embargo, no podía negar que Cosimo tenía razón, que lo deseaba.

Sus manos volvieron a mis muslos, pero esta vez no fueron lentas. Me sujetó con una firmeza posesiva y tiró de mí hacia el borde del colchón, obligándome a abrirme para él.

—Cosimo, no... —logré articular, aunque mi cuerpo ya se estaba rindiendo—. Esto no es lo correcto.

Él se detuvo un segundo, alzando la vista hacia mí.

—Tienes suerte, entonces —murmuró con una voz tan ronca que me erizó el vello de la nuca—. Porque no soy un hombre que haga lo correcto.

—Yo siempre he intentado hacer lo correcto —insistí en un susurro, como si tratara de aferrarme a la chica que era antes de que todo explotase a mi alrededor.

—¿Y cómo ha ido eso? —preguntó con una sonrisa ladeada.

—Mal.

—Pequemos entonces, *cerbiatta*. Te aseguro que es mucho más divertido.

Cosimo se inclinó y su boca me reclamó con una urgencia que me arrancó un gemido ahogado, rompiendo el pesado silencio de la habitación. Sus manos se aferraron a mis caderas con una fuerza posesiva, anclándome al borde de la cama mientras su lengua trazaba un camino de fuego que me hizo perder por completo el sentido de la realidad.

Cuando encontró mi clítoris, lo lamió con una lentitud tortuosa, saboreando cada uno de mis espasmos. El roce de sus labios y la suavidad de su rostro contra la delicada piel de mis muslos me hicieron jadear. Arqueé la espalda instintivamente, buscando más, sintiendo cómo el pulso me retumbaba en las sienes. Me sentía desdibujada, fundida entre las sábanas y el calor abrasador de su aliento.

Él sabía exactamente lo que estaba haciendo; cada movimiento era una orden a la que mi cuerpo no podía —ni quería— negarse. La rabia que sentía hacía apenas unos minutos se transformó en una necesidad ciega. Enterré mis dedos en su cabello castaño,

atrayéndolo más hacia mí, mientras el placer se acumulaba en mi vientre como una tormenta eléctrica.

—Yo, yo... —balbuceé—. Necesito…

Se separó apenas un instante, lo justo para mirarme desde abajo, pero no me dejó respirar. Uno de sus dedos se deslizó en mi interior con una intensidad que me hizo arquearme, mientras el pulgar jugueteaba con mi clítoris con una precisión quirúrgica. No era lo mismo que sentir su boca, pero la sensación era tan intensa que me mantenía suspendida en el borde.

Y él lo sabía muy bien.

—Necesitas correrte, *cerbiatta* —susurró, y su voz ronca me golpeó como una caricia física—. Tienes suerte de que no soy de esos hombres que disfrutan haciendo esperar a una mujer para su liberación.

Sin embargo, a pesar de sus palabras, el movimiento de sus dedos se ralentizó de forma deliberada, prolongando mi agonía. Era una tortura exquisita; me estaba llevando al límite solo para demostrarme que él era quien decidía cuándo dejarme caer.

—Para no serlo, lo estás logrando —gemí, apretando los muslos contra su mano, suplicando en silencio que recuperara el ritmo.

—Tal vez contigo soy diferente —dijo, con una voz tan baja que apenas era un susurro, como si fuera un descubrimiento que acababa de hacer en ese mismo instante. Aunque yo sabía que solo estaba jugando conmigo—. Quizá contigo disfrute llevándote al límite una y otra vez, hasta que tu única voluntad sea suplicar por tu liberación.

Se quedó mirándome un segundo, saboreando el desastre que había provocado en mí: mi respiración entrecortada, mis dedos enredados en sus sábanas y mi cuerpo temblando bajo el suyo. Entonces, bajó de nuevo la cabeza y sopló con suavidad sobre mi centro, justo donde el aire frío chocaba contra el calor húmedo de mi piel.

El contraste me hizo soltar un grito ahogado y arquear la espalda con violencia. Fue un contacto sin contacto, una caricia de aire que resultó más devastadora que cualquier roce.

—Cosimo... por favor —supliqué, con la voz quebrada.

—¿Por favor qué, *cerbiatta*? —preguntó él, alzando la vista con una sonrisa de depredador.

—Dame un orgasmo —pedí, despojada de cualquier rastro de orgullo. En ese momento, no me importaba que fuera mi jefe, ni que me hubiera llamado ladrona, ni que después el mundo volviera a ser un lugar frío. Solo lo quería a él.

Cosimo no dijo nada, pero su sonrisa desapareció para dar paso a una determinación feroz. Sus dedos recuperaron un ritmo frenético, hundiéndose en mí con una cadencia que me hizo perder el aliento, mientras su boca volvía a reclamar mi centro con una voracidad renovada.

Ya no había juegos ni lentitud tortuosa. El placer estalló en mi vientre como una descarga eléctrica, expandiéndose por cada fibra de mi cuerpo hasta que mi espalda se arqueó violentamente y un grito desgarrado escapó de mi garganta. Cerré los ojos con fuerza mientras las paredes de mi interior se contraían rítmicamente alrededor de su boca, atrapándola en medio de un espasmo interminable.

Me sentí caer por un precipicio, uno que parecía infinito.

Cuando los espasmos finalmente empezaron a remitir, me dejé caer contra las sábanas, jadeando, con el corazón martilleando contra mis costillas como un animal enjaulado.

Cosimo se incorporó lentamente.

—Joder, *cerbiatta*. Eres aún más dulce de lo que imaginaba.

Me observaba con una mirada pesada, devoradora, como si estuviera evaluando cada una de mis reacciones mientras yo intentaba recuperar el aliento entre las sábanas revueltas.

La realidad me golpeó de pronto, como un jarro de agua helada. Recordé los relojes, la trampa de Alessandra y el hecho de que le había suplicado al hombre que me consideraba una ladrona que me diera un orgasmo. Me sentí la mujer más estúpida del mundo.

Me levanté de la cama de un salto, sintiendo el aire frío en mi piel desnuda de cintura para abajo. En un movimiento desesperado, tiré del edredón y me lo enredé alrededor de las caderas como si

fuera un escudo, mientras me agachaba con torpeza para rescatar mi pantalón y mi ropa interior del suelo.

—¿Podrías darme un poco de intimidad? —le pedí, tratando de ocultar el temblor de mis manos mientras apretaba la ropa contra mi pecho, justo encima del edredón.

Cosimo soltó una risa breve, un sonido seco y aterciopelado que me erizó la piel. No se había movido ni un centímetro; seguía allí, de pie.

—¿Intimidad, Quinn? —Arqueó una ceja, recorriendo con la mirada el bulto del edredón que me cubría—. Me parece un poco tarde para ser tímida. Acabas de correrte en mi boca.

Sentí que la cara me ardía, un calor que no tenía nada que ver con el placer, sino con la vergüenza de verme tan expuesta ante él.

Y el muy imbécil lo estaba disfrutando.

—Cosimo, date la vuelta.

Él soltó una pequeña risa, un sonido oscuro que vibró en el aire de la habitación.

—No puedo negarle nada a una mujer mandona —se burló.

Sin embargo, para mi alivio, giró sobre sus talones y me dio la espalda. Se quedó allí, de pie, con la elegancia de quien es dueño de todo lo que pisa, dándome apenas el espacio justo para moverme.

—Tienes treinta segundos —añadió en tono de advertencia, aunque su voz seguía teñida de esa diversión cruel—. Si no estás vestida al girarme, daré por hecho que quieres que te quite el resto de la ropa. Tres... —comenzó a canturrear, alzando tres de sus dedos. Entorné los ojos y estuve a punto de tirarle el edredón a la cabeza, pero decidí que era mejor lanzarlo al suelo y ponerme la ropa—, dos... —bajó otro de sus dedos—, uno... —Se giró justo cuando yo terminaba de ajustarme la ropa y chasqueó la lengua con fingida decepción—.

Mierda, pensaba que podíamos divertirnos un rato más. Aunque, si lo prefieres, puedo ser yo el que se desnude ahora. Te aseguro que... —Sus manos bajaron hacia la hebilla de su cinturón, sosteniéndome la mirada con un brillo depredador. Estaba dispuesto a seguir con el juego, a convertir mi habitación en su tablero personal.

—No —dije, elevando el tono de voz sin llegar a gritar, pero con una firmeza que lo detuvo en el acto—. Esto ha sido un error. Un error terrible.

Cosimo dejó las manos donde estaban, pero su sonrisa se desvaneció un poco, volviéndose más fría, más analítica. El aire en la habitación, que hacía un momento ardía, de repente se volvió gélido.

—Un error es que no estemos follando en este momento. Ese sí es un error, *cerbiatta*.

Tragué saliva mientras él daba un paso, devorando la escasa distancia que nos separaba. Sin embargo, mi mirada se desvió un segundo hacia la cómoda, donde los relojes de lujo seguían brillando. Aquello fue como un jarro de agua fría que me despertó de mi ensoñación.

—No soy ninguna ladrona —dije por enésima vez, retrocediendo varios pasos hasta chocar con la pared.

—Ni por un segundo he pensado que lo fueras. Si hay algo que no perdono, es que intenten robar lo que es mío.

No había duda alguna en sus palabras. Puede que no conociera demasiado a Cosimo, pero tenía la sensación de que no era de los que te decía algo simplemente porque era lo que querías escuchar. ¿Él me creía?

—Entonces... no lo entiendo.

—No hay nada que entender, *cerbiatta*.

—¿Sabías desde el principio que Alessandra me la había jugado?

Cosimo me miró casi con aburrimiento.

—Es peor mentirosa de lo que ella se cree. Y, aunque fuera la mejor, no la habría creído. Tú eres demasiado buena para hacer algo así, Quinn.

—No sabes cómo soy —repliqué, aunque mi defensa sonó débil. Él se limitó a enarcar una ceja, burlón—. ¿Y qué va a pasar con ella?

—La voy a despedir, obviamente. —A pesar de que sus palabras sonaron neutrales, como si fuese algo que ni siquiera le importaba, su mirada se oscureció y sus ojos se volvieron más fríos.

—¿Despedirla? —repetí, sorprendida por la rapidez de su decisión.

Cosimo acortó de nuevo la distancia que yo había puesto entre nosotros, obligándome a alzar la vista para encontrar sus ojos.

—¿No es suficiente para ti?

—No, no es eso...

—Lo siento, *cerbiatta*, no mato a mujeres. Ni siquiera por ti. —Aunque el tono era de broma, pude ver un destello oscuro y genuino en sus ojos que me hizo estremecer.

—Lo que quiero decir... —me interrumpí. Su rostro estaba demasiado cerca, su aliento rozaba mi mejilla y mi capacidad de pensar con claridad se desvanecía por segundos—. Es que quizá baste con una advertencia. Igual necesita el dinero y...

—Eres muy buena, Quinn. Demasiado para tu propio bien.

—No es bondad —le corregí, tratando de mantener la dignidad —. Es empatía.

—La misma que ella no ha tenido contigo —me recordó él, con un deje de desprecio hacia la falta de escrúpulos de Alessandra.

—Yo no soy como ella.

—Desde luego que no.

Y, antes de que pudiera replicar, acercó su boca a la mía. A pesar de que sabía que tan solo era una distracción, una manera de que dejase el tema, cerré los ojos, esperando otro de sus besos, pero me sentí levemente decepcionada cuando sus labios apenas rozaron los míos en un beso demasiado efímero.

—¿Esta noche dónde vas a cenar? —me preguntó con una sonrisa indescifrable.

—En mi habitación. No tengo familia ni conocidos en la ciudad —dije sin querer dar ningún dato más—. Viola me ha dicho que tú no cenas en casa, pero si molesto y quieres que…

—No celebro la Nochebuena. Hace muchos años que no lo hago. —Hizo una mueca—. No cenes sola en tu habitación, hazlo en el comedor. Pediré comida para ti.

—No te molestes.

Cosimo se acercó a la cómoda y, con un movimiento ágil, recogió los relojes de su padre. Después, los guardó en el bolsillo de

su chaqueta.

—No pensaba dejar que te los llevaras —dijo, guiñándome un ojo con una insolencia que me hizo poner los ojos en blanco—. Considero que ya te he recompensado con creces por el mal rato que mi empleada te ha hecho pasar con un orgasmo que te ha hecho ver las estrellas.

Entorné los ojos, sintiendo que la cara me volvía a arder. Era un auténtico idiota.

—Eres un egocéntrico —mascullé.

—Y no lo niego, *cerbiatta*. Uno nunca debe negar sus virtudes.

—No sé ni qué decir…

Él esbozó una sonrisa lenta, de esas que no llegan a los ojos, pero que te calan hasta los huesos. Caminó hacia la puerta y se detuvo con la mano en el pomo.

—Pediré que traigan la comida para las ocho. Disfrútala. —Sin decir nada más, se marchó.

En cuanto la puerta se cerró detrás de él, me dejé caer en la cama con el corazón aún martilleando en mi pecho.

¿¡Qué narices acababa de pasar!?

Me habían acusado de ser una ladrona y luego Cosimo me había dado el mejor orgasmo de mi vida. Todo era un desastre; mi plan se estaba complicando. Pero en lo único que podía pensar era en dónde pasaría esa noche Cosimo y si lo haría con otra mujer.

Y ese pensamiento me hervía la sangre.

CAPÍTULO 13

Cosimo

«La Navidad es una época bonita».

Las palabras de Quinn resonaron en mi cabeza y estuve a punto de reírme. Bonita. Nunca había sido así para mí. Jamás me había gustado esa fecha, ni siquiera cuando era niño. En realidad, había odiado cualquier día marcado en el calendario que implicara pasar más tiempo con mi padre.

La Navidad no traía calor ni familia. Así que no, la Navidad no era bonita.

Era una obligación más. Una que había aprendido a soportar porque a mi madre y a mi hermana les gustaba. Aún era pequeño cuando mi madre murió, pero con mi hermana siempre intentaba estar. Pero cuando ella murió, no quería saber nada de adornos ni de nada que me recordase que la había fallado, que no había estado a su lado cuando más me había necesitado. Y aunque había vengado su muerte, la culpabilidad nunca me dejaría en paz.

A pesar de que mi tío me había invitado a cenar en Nochebuena con ellos, había pasado. No tenía ganas de pasar más de dos horas soportando constantes preguntas sobre mis deberes como don. Bastante tenía que aguantar a ese viejo metomentodo en las reuniones como para hacerlo en mi tiempo libre.

Prefería pasar la Nochebuena en compañía más… llevadera.

—Así que parece que la comisión con todas las familias será dentro de poco —le dije a Gian.

Este asintió. Él era quien se estaba encargando de los preparativos. No lo estaba gestionando yo mismo porque quería que los demás jefes de las familias pensasen que tenía una necesidad desesperada de validar mi puesto como don ante ellos y nada más.

Lo que era una gilipollez, ya que yo no necesitaba validar nada. Se iban a llevar una sorpresa cuando descubriesen cuál era la

verdadera razón por la que los convocaba.

—Mauro Mancini es el único que ha verbalizado que no ve la necesidad, pero como el resto de familias han aceptado, no le queda más remedio que hacerlo él también.

—¿Le has dicho que vaya con Damiano?

—Sí. Pero me echó de su despacho con un ademán de mano, sin molestarse en contestar.

Me reí. Mauro era así de gilipollas.

«¿Qué cojones viste en él, Lina?».

—Cuando tengamos la fecha, le haré llegar una invitación para asegurarme de que acude.

Gian puso los ojos en blanco.

—Yo me pondré en contacto con él.

—Eres mi sottocapo, no mi niñera.

—Me está costando ver la diferencia.

—No te lo estoy poniendo tan difícil.

Gian ni se molestó en responderme.

—Pensaba que cenaríamos en el restaurante de Fabrizio —comentó, apoyando las manos sobre la mesa del comedor de la que ahora era mi mansión.

—He preferido que cenásemos en casa. Por eso le he pedido a Fabrizio que nos preparase la comida —contesté, partiendo un trozo de *focaccia*—. ¿Tú no quieres? —le pregunté a Gian, sabiendo que era un amante de la *focaccia*. Y, como todo lo que hacía Fabrizio, estaba buenísimo.

—Es de mala educación empezar antes de que todos estén en la mesa.

Gian señaló con la barbilla el plato y los cubiertos que estaban a mi lado. A Gian la educación le importaba una mierda. Los había visto desde el primer instante en el que había entrado al salón; de hecho, estaba seguro de que sospechaba algo en el momento en el que había cambiado de planes y pedido que viniese a casa en vez de al restaurante de Fabrizio, como era el plan original.

Pero Gian no me había dicho nada hasta ese momento. Y seguía sin preguntármelo directamente. Porque Gian era así: observaba y callaba. A veces, no sabía si era porque me conocía lo

suficiente como para saber que, si no se lo había contado, no respondería a la pregunta, o si realmente nada le importaba lo suficiente.

—No pasa nada por probar un poco de *focaccia*.

—Cómo te gusta hacerte el interesante —masculló con cansancio, estirándose para coger un trozo de *focaccia* y partirlo.

Le guiñé un ojo y él entrecerró los ojos. Definitivamente, me conocía bien.

Ni siquiera me dio tiempo a decir alguno de mis comentarios ocurrentes, porque los pasos que llevaba esperando desde que había preparado la mesa se escucharon por el pasillo. Aquella noche se la había dado libre a todo el personal de la casa; quería tranquilidad e intimidad. Menos a ella, que era la única que dormía allí.

—Ey... —Quinn se quedó quieta al vernos a Gian y a mí.

Sus ojos marrones observaron con cautela la mesa preparada, el mantel de cuadros y los platos que había sobre ella.

—Vamos —la animé, señalando la silla vacía a mi lado.

Pero ella no se movió.

—No sé... No esperaba compañía. Ni siquiera estoy vestida.

Quinn estiró con cierta incomodidad la sudadera negra de AC/DC que llevaba puesta, demasiado grande para ella. Llevaba unos pantalones de pijama de cuadros blancos y negros, arrugados, impropios de cualquier situación que no fuera la intimidad de una casa. Su cabello, cayéndole un poco por encima de los hombros, estaba revuelto.

Y aun así, estaba guapísima.

No le mentía cuando le dije que era la mujer más guapa que había visto en mi vida. Era una belleza desarmada, real, que no parecía esforzarse en absoluto.

—Vestida estás —repliqué con una media sonrisa.

Su rostro se encendió, probablemente recordando lo que había sucedido en su habitación esa misma mañana.

—Me has entendido perfectamente. Quería decir adecuadamente.

—Es una cena entre amigos, Quinn. No hace falta vestirse de gala.

—Pero me habías dicho que cenaría sola.

—Yo no dije eso. Lo supusiste tú —mentí con descaro. Se lo había dado a entender, por supuesto; de lo contrario, jamás habría bajado. Quinn podía ser desesperadamente terca.

—Pero se suponía que no cenabas en casa.

—He cambiado de plan.

En el momento en que supe que pensaba pasar la noche encerrada en su cuarto, decidí que no iba a permitirlo. A mí no me importaban las fechas navideñas, pero a ella sí parecían hacerlo. Estaba convencido de que para ella era importante celebrarlo.

Pero, como siempre, Quinn no me lo iba a poner fácil.

—Creo que será mejor que vuelva a mi habitación...

—¿Y hacernos este desprecio en Nochebuena? —Hice un mohín —. Venga, no te hagas de rogar y entra.

Ella dudó, pero el aroma de los platos de Fabrizio —especialmente la lasaña que le había pedido preparar— terminó de convencerla. Entró en el salón y se sentó a mi lado, todavía tensa.

—Tendrías que haber avisado —se quejó en voz baja.

—Es que, si te lo hubiera dicho, no habrías venido.

Quinn abrió los ojos ante mi falta de vergüenza. Me sorprendía que no se hubiera acostumbrado ya a mi honestidad. Gian, por su parte, entrecerró los ojos y soltó un ligero chasquido con los dientes, captando la atención de ella. Se miraron en silencio, y, sabiendo que él no movería un músculo para presentarse, decidí intervenir.

—Él es Gian, mi primo.

Era la primera vez desde que Gian había llegado a Chicago que lo presentaba como mi primo y no como mi sottocapo, y supe al instante que lo había notado. Igual que supe que su interés por Quinn era mayor de lo que estaba dejando ver. Por esa razón no la presenté a ella. ¿Qué podía decir? Me gustaba molestar a la gente. Era innato en mí.

Pero Quinn decidió tener esa educación de la que Gian carecía.

—Yo soy Quinn —se presentó con una sonrisa nerviosa, que me pareció adorable—. Trabajo para Cosimo limpiando la casa. Vivo lejos y por eso me he quedado aquí pasando la Nochebuena.

Quinn estaba dando demasiadas explicaciones, unas que Gian no había pedido, pero ella estaba nerviosa y Gian no hacía nada para ayudarla. Así era él: sus silencios eran tan incómodos que era capaz de sacar la verdad a las personas sin tan siquiera necesitar una tortura.

Y Quinn, en su afán de rellenar el silencio, acababa de cometer un error. Ella no vivía lejos; el pueblo de Sugar Grove estaba a menos de media hora en coche, pero ella no era de allí. Eso era algo que ya sabía. Tampoco la corregí. Ocultaba algo, estaba claro; me había dado cuenta desde el primer instante en el que la conocí. Pero todos lo hacíamos.

—¿Comemos? —pregunté—. Yo, por lo menos, estoy muerto de hambre.

Quinn dudó apenas un segundo antes de asentir. Miró los diferentes platos que había sobre la mesa y se decantó por el *capitone fritto*, sirviéndose una porción pequeña. Alargó la mano y partió un trozo pequeño. Lo observó un instante, curiosa, antes de llevárselo a la boca. Masticó despacio. Sus cejas se arquearon levemente, sorprendidas, y sus ojos se iluminaron de inmediato.

—Está… increíble —admitió, con una sonrisa sincera—. Sí que sabéis cocinar los italianos. —Miró a Gian—. Tú también eres italiano, ¿verdad?

Gian asintió, pero no dijo nada más. Quinn se mordió el labio inferior, porque era evidente que sentía interés por saber más de él. Así era ella, de naturaleza curiosa. Al darse cuenta de que mi primo no estaba por la labor de mantener una conversación fluida, decidió seguir preguntando directamente.

—¿De qué parte?

—Nápoles —respondió Gian escuetamente.

—Siempre he querido ir a Italia —confesó Quinn con un suspiro, estirándose para darle un largo trago a su vaso de agua.

—¿A qué parte? —le pregunté.

—No lo sé... —Se mordió el labio inferior de nuevo, pensativa—. Roma, Florencia... —Dejó el vaso sobre la mesa—. Aunque, de momento, se queda en eso, en un sueño lejano.

El brillo triste de sus ojos castaños, ese que trató de ocultar con una sonrisa, removió algo dentro de mí. Desconocía cuál era el pasado de Quinn, pero intuía que no había tenido una vida fácil, y mucho menos rodeada de lujos.

Ella se merecía conocer el mundo tanto como yo lo conocía. Se merecía viajar y disfrutar. Y yo me ocuparía de que lo hiciera.

—Irás —le prometí—. Irás adonde tú quieras, Quinn.

Ella me miró un poco confundida ante la intensidad de mi tono de voz, pero pude sentir la mirada de Gian sobre mí. Mi primo sabía perfectamente que yo no hacía promesas en vano.

—Al final estás celebrando la Nochebuena. —Quinn cambió de tema.

—Solo estamos cenando. —Me encogí de hombros, entrecerrando un poco los ojos ante su insistencia con la maldita Navidad—. Como se hace todas las noches.

Por supuesto que Quinn no se rindió ante mi comentario.

—Has invitado a tu primo —recalcó—. Es bonito pasar la Navidad en familia. Son fechas especiales.

—Innecesarias.

Quinn resopló y sus mejillas adquirieron un leve tono rosado. Joder, qué guapa era.

—Eres el Grinch —espetó—. Nunca vas a cambiar de idea, ¿verdad?

Le di una sonrisa orgullosa.

—No.

—A mí también me gusta la Navidad —intervino Gian, que se había mantenido en silencio.

Quinn lo miró, sorprendida. Gian, al contrario que yo, había tenido y tenía unos padres que lo querían. Su padre lo aceptó desde el primer momento que supo de su existencia, haciendo todo lo que estuvo en su mano para darle su lugar a pesar de ser un hijo fuera del matrimonio. Y su madre lo adoraba.

Tenían una relación especial, de esas que es prácticamente imposible encontrarte en un entorno como el nuestro en la mafia. Tal vez porque, al igual que Quinn, la madre de Gian no pertenecía a la mafia, aunque respetaba la decisión que había tomado su hijo de

unirse a nuestro mundo y siempre había querido que Gian tuviese el lugar que se merecía.

—Dos contra uno. —Quinn me dedicó una mirada triunfal.

—La mayoría no siempre tiene la razón, Quinn —contesté, vertiendo un poco más de vino en mi copa—. A veces, la mayoría solo es un grupo de personas que han decidido engañarse juntas.

—Qué cinismo —masculló ella, entrecerrando los ojos.

—¿Por qué? ¿Porque no me dejo llevar por las tradiciones absurdas?

—Algo que nos traerá problemas que yo tendré que solucionar —apuntó Gian.

Él mantenía esa expresión indescifrable mientras terminaba un trozo de lasaña. Podía parecer que estaba hablando de un tema al azar, que era un apunte sin ningún tipo de importancia. Así lo sería para Quinn, pero yo comprendí a la perfección sus palabras. Y también la innecesaria necesidad de decirlas delante de Quinn.

Me estaba midiendo; esperaba una reacción de mi parte que no le di.

—Así son los ricos. —Quinn interrumpió el silencio que se había formado en la mesa, seguramente en un intento por disipar la tensión—. Otros tienen que solucionar los problemas por ellos.

En cuanto las palabras salieron de su boca, ella se puso roja. No había querido decir eso en alto; se le había escapado. Esa era una de las muchas cosas que me gustaban de ella: que, aunque intentaba mantenerse en control, solía fallar estrepitosamente.

—¿Y cómo sabes que Gian no es rico? —cuestioné con diversión —. Que no te confunda la ropa que lleva. —Señalé la camisa negra de cuadros blancos y negros, abierta, y la camiseta negra que llevaba debajo—. Gian podría tener un armario hecho a medida en Milán si quisiera, pero insiste en vestirse como un chabacano con dinero. Es su forma de rebelarse contra la elegancia.

Quinn enrojeció aún más.

—Lo siento. No he querido ofenderte, Gian.

—Y no lo has hecho —respondió Gian, ignorando mis palabras. Dejó los cubiertos sobre el plato vacío—. Ya va siendo hora de que me marche —dijo a la vez que se levantaba.

Lo miré.

—Aún queda el *panettone*.

—Me voy.

Gian no dio más explicaciones, pero sabía que aquella noche era difícil para él. Era la primera Nochebuena que pasaba sin su madre. Seguramente, iría a su casa para hablar con ella.

—Te acompaño a la puerta —decidí, levantándome yo también —. Ve comiendo el postre, ahora vengo —le dije a Quinn.

Salí con Gian del salón y caminamos por el pasillo en silencio. Él abrió la puerta de la entrada, comprobando que los dos hombres que custodiaban la casa estaban lo suficientemente lejos como para escucharnos.

Intuía lo que iba a decirme antes de que hablara.

—Ella no pertenece a este mundo.

Sonreí.

—No, y eso la convierte en una mujer interesante.

—Ella no sabe a lo que te dedicas, ¿verdad?

Gian era muy inteligente y perspicaz. Era una de las razones por las que nunca dudé a la hora de convertirlo en mi sottocapo.

—Me gusta ir poco a poco —respondí, quitándome una pelusa imaginaria de la americana—. Imagínate contar todas las sorpresas de una.

Él se pasó la mano por la cara.

—La familia nunca la aceptará como tu esposa.

—No me jodas que se tiene que casar con todos.

—¿No estarás pensando en casarte con ella, no?

—No, claro que no —respondí, aunque las palabras sonaron más huecas de lo que esperaba—. Quinn es solo… —me interrumpí. Iba a decir un entretenimiento, pero sentí un sabor amargo en la boca, como si pronunciar esa mentira la rebajara de una forma imperdonable— mi empleada —concluí al fin.

—Joder —replicó Gian, frotándose las sienes—. Estás decidido a hacer de mi trabajo un infierno, ¿verdad? Sabes que protegerte de tus propios impulsos es lo más difícil que tengo que hacer.

—Es lo que tiene ser el sottocapo —le recordé con sarcasmo.

Gian me miró con seriedad.

—Me voy a la cama. Y tú deberías hacer lo mismo. —Hizo una pausa significativa—. Solo.

—No tengo intención de meter a Quinn en mi cama.

Al menos, no ese día. Mi *cerbiatta* no estaba preparada para mí aún. Pero la noche aún no había terminado, y tenía planes interesantes para ella.

CAPÍTULO 14

Quinn

Esa estaba siendo la Nochebuena más extraña de toda mi vida.

Pero aun, con las pullas que Cosimo y yo nos lanzábamos entre nosotros y su primo mirándonos con parsimonia, me lo estaba pasando bien. Y la comida estaba riquísima. Mientras Cosimo acompañaba a su primo, yo probé el *panettone* y, Dios mío, era de otro mundo.

Hasta entonces, mi único referente eran esos que compraba en cajas de cartón en el supermercado, secos y con un sabor artificial. Pero este era diferente; era artesanal, tierno y fragante. Al llevarme un trozo a la boca, la masa se deshacía con una suavidad asombrosa, liberando notas de mantequilla de calidad, cítricos confitados y pepitas de un chocolate tan puro que resultaba casi adictivo. Cerré los ojos un segundo, saboreando el contraste entre la miga esponjosa y el dulzor fundente.

Estaba absorta en ese pequeño placer cuando escuché los pasos de Cosimo regresando al comedor. No dijo nada. Se detuvo a mi lado y me sostuvo la mirada con una intensidad que me obligó a dejar de masticar.

Sentí el calor subirme a las mejillas bajo su escrutinio. Cosimo no se sentó; en su lugar, se inclinó lentamente hacia mí, invadiendo mi espacio personal. Su cercanía me envolvió de inmediato, con ese magnetismo inevitable que siempre lograba desarmarme. Mi respiración se detuvo en seco cuando vi que su mano se alzaba hacia mi rostro.

La yema de su pulgar acarició mi labio superior con una lentitud exasperante. Sentí que me derretía ahí mismo. ¿Qué tenía ese hombre? ¿Cómo era posible que un simple toque lograra convertirme en mantequilla?

—Tenías un poco de chocolate —susurró, con la voz volviéndose más grave.

Su pulgar se demoró sobre mi piel más de lo estrictamente necesario, trazando la curva de mi boca antes de retirarse. Entonces, sin apartar los ojos de los míos, se llevó el dedo a la boca y lo succionó con una calma que me erizó el vello de la nuca.

—Tu coño sabe mejor.

—¿Por qué tienes que ser tan bruto?

—Solo sincero, *cerbiatta*. Y te gusta —dijo, sentándose en la silla al lado de la mía para partir un trozo de *panettone*.

—La gente sincera me gusta, sí —reconocí, endureciendo el tono—. Pero hay una línea muy clara entre ser sincero y ser un irrespetuoso, Cosimo.

—Irrespetuoso sería si te dijese que esta tarde, en mitad de una reunión de trabajo, he tenido que marcharme al baño a correrme porque me habías dejado cachondo perdido.

Abrí los ojos como platos, sintiendo que el aire se me escapaba de los pulmones. Él, en cambio, se metió un trozo de *panettone* a la boca con una tranquilidad insultante, masticando despacio mientras disfrutaba de mi reacción.

—Aunque, pensándolo bien, eso sigue siendo sinceridad —continuó tras tragar, ladeando la cabeza como si estuviera analizando un problema de lógica—. Lo irrespetuoso hubiera sido contarles a mis socios exactamente lo que iba a hacer. Aunque, pensándolo bien, fui más irrespetuoso mintiéndoles. Ya sabes, no hay que mentir a los socios. —Se relamió una migaja de chocolate del labio, sin apartar sus ojos de los míos—. Entonces, quizá lo irrespetuoso hubiera sido bajarme los pantalones en medio de la reunión y…

—Déjalo —corté de inmediato, haciendo un ademán exasperado con la mano—. En serio, Cosimo, déjalo ahí.

Sentía las mejillas arder. No sabía si de indignación, de vergüenza o por la pregunta que quemaba en mis labios.

¿Él había tenido que parar una reunión de trabajo porque necesitaba correrse pensando en mí?

Era una confesión cruda, despojada de cualquier adorno, y, aunque una parte de mi educación me decía que aquello debería espantarme, lo cierto era que me provocaba todo lo contrario. Me gustaba. El pulso se me aceleró de una forma violenta y mi mente, traicionera y febril, empezó a llenarse de imágenes de él: Cosimo, encerrado en un baño, con la respiración entrecortada y los ojos cerrados, acariciándose mientras imágenes mías lo llevaban al éxtasis.

—Sí —respondió Cosimo, cortando el silencio.

—¿Qué? —pregunté, parpadeando y regresando a la realidad de golpe.

Lo miré y me encontré con esa media sonrisa suya, esa que siempre parecía saber algo que el resto del mundo ignoraba. Un escalofrío me recorrió la nuca. No, era imposible; él no podía saber lo que estaba pasando por mi cabeza en ese preciso instante.

—Que sí, que lo dejo —dijo, haciendo referencia a mi petición de que parara con sus comentarios brutos.

No contesté, no sabía qué decir. Necesitaba distancia, y la necesitaba ya, antes de que el aire entre los dos terminara por arder. Antes de que hiciese algo de lo que me arrepintiese. ¿Aunque no lo había hecho ya? ¿No había pasado ya varias líneas rojas?

Y lo cierto es que no me arrepentía de nada. Pero tenía que parar.

—Gracias por la cena, Cosimo. De verdad. Pero debería irme a la cama —dije, haciendo amago de levantarme.

—Es pronto —replicó él, sin moverse un milímetro, pero su tono cargado de autoridad me clavó al asiento—. Y mañana tienes el día libre. No hay ninguna prisa, Quinn.

Apoyó el brazo en la mesa y se acercó un poco más, reduciendo ese espacio que yo intentaba proteger desesperadamente. Su olor, esa mezcla de tabaco, cuero y algo exclusivamente suyo, me nublaba el juicio.

—La noche de Nochebuena me gusta terminarla leyendo un libro —solté, intentando que mi voz sonara convincente—. Es una tradición personal.

Era una mentira de mierda. Una absoluta tontería. En realidad, la mayoría de mis Nochebuenas habían terminado conmigo apretujada entre mis padres en el sofá, con una manta compartida y los ojos pegados a la televisión, viendo alguna película navideña de los noventa.

—Las tradiciones están para romperlas —dijo, levantándose de golpe.

Me ofreció su mano con una seguridad que no admitía dudas. La acepté, sintiendo el contraste de su piel cálida contra la mía, y me dejé guiar fuera del comedor.

—¿Adónde vamos?

—Tranquila, no voy a llevarte a mi cama... —Sus ojos me miraron con picardía—. Todavía —añadió, y aquella promesa sonó mucho más tentadora de lo que debería—. Pero vamos a instaurar una nueva tradición de Nochebuena.

—Habías dicho que no te gustaban las tradiciones —le recordé algo confundida mientras nos encaminábamos hacia el ala oeste de la mansión.

—Sí que me gustan —replicó, y su voz resonó en el pasillo vacío —. Soy un hombre de costumbres, Quinn. Solo que pienso que algunas deben morir para que otras mejores puedan nacer. Las nuevas tradiciones deben ser memorables, y es lo que vamos a hacer.

Se detuvo frente a unas grandes puertas de cristal esmerilado. Al abrirlas, el vaho cálido y el suave olor a cloro me golpearon suavemente. La piscina climatizada estaba iluminada desde el fondo del agua con una luz azulada, proyectando ondas hipnóticas en las paredes de mármol.

Me había tocado ayudar en la limpieza en un par de ocasiones, y lo cierto era que me maravillaba. Me gustaba nadar, pese a que nunca tenía demasiadas posibilidades de hacerlo, y menos en invierno.

—Vamos a nadar.

Alzó su mano, señalando el camino, y fue en ese preciso instante cuando me di cuenta: habíamos recorrido todo el trayecto de la mano.

Solté su mano como si quemase. Cosimo no se inmutó; simplemente soltó una risa baja.

—¿Esa es la gran tradición que quieres instaurar? —pregunté, tratando de recuperar mi dignidad mientras señalaba el agua—. ¿Nadar en Nochebuena?

—Así es —dijo él—. Dicen que el agua nocturna se lleva los pecados del año que termina. Y, teniendo en cuenta mi lista de pecados, Quinn, voy a necesitar que nademos un buen rato.

Le sostuve la mirada, arqueando una ceja.

—¿No decías que te gustaban tus pecados? —le recordé.

—Y me encantan —admitió él con descaro—. Pero, como me he inventado por completo eso de que el agua nocturna se lleva los pecados, no corro ningún riesgo de perderlos.

No pude evitarlo; solté una carcajada. Su cinismo era tan descarado que resultaba magnético.

—Eres imposible, Cosimo.

—Soy práctico, *cerbiatta* —replicó, encogiéndose de hombros—. Ahora, ¿vas a seguir cuestionando nuestra nueva tradición o vas a meterte en el agua?

Me quedé en silencio un segundo. Como siempre, había terminado convenciéndome, pero después mis ojos se centraron en mi ropa.

—No tengo bañador. Ni aquí ni en mi cuarto.

Honestamente, no había pensado que lo iba a necesitar en Chicago en invierno. Aunque, en realidad, tampoco era como si hubiera podido hacer una maleta. Había salido pitando de mi pueblo; apenas me había dado tiempo para coger algunas de mis cosas, y en esos momentos, ni siquiera tenía claro hacia dónde iba.

—Bañémonos desnudos, entonces.

Durante unos instantes pensé que bromeaba, pero al ver la expresión de determinación en su rostro, supe que no lo hacía. A esas alturas, no debería sorprenderme.

—Ni de broma —me negué, cruzando los brazos por encima de mi pecho.

Cosimo exhaló un suspiro.

—Está bien, tú te lo pierdes. En las duchas —señaló una puerta que estaba al fondo—, hay un armario con bañadores. Seguro que hay alguno para ti. Aunque, si prefieres bañarte con uno de los míos, no me voy a quejar —añadió con voz ronca—. Estoy seguro de que la vista sería estupenda.

—Eres un sinvergüenza —murmuré, aunque mis pies ya me estaban traicionando y empezaban a moverse hacia donde él indicaba.

—Otra de mis grandes virtudes. Todo en mí es grande, Quinn —dijo, guiñándome un ojo y pasando por delante de mí.

Entramos en las duchas. Había dos compartimentos de duchas individuales y un habitáculo para un servicio.

Cosimo sacó dos toallas mullidas de un armario empotrado y un bañador tipo bóxer para él. Después, se giró y me tendió una prenda de mujer.

—Es de tu talla.

Lo cogí sin mirarlo demasiado, porque había una pregunta quemándome la garganta desde que entramos allí.

—¿Guardas bañadores de mujer en tu casa, Cosimo? —pregunté, intentando que mi voz no sonara cargada de celos, aunque el tono me delataba.

Él se detuvo y me miró de frente, con esa honestidad brutal que empezaba a ser su marca personal.

—Los guardaba mi padre. Le gustaba dar fiestas y que sus invitados terminaran aquí. Siempre quería estar preparado para cualquier imprevisto.

Hizo una pausa, acortando la distancia entre nosotros en el reducido espacio del vestidor.

—Pero no te preocupes, *cerbiatta*. Ese que tienes en la mano lo he comprado esta mañana. Para ti.

—¿Perdón?

—Lo que oyes —reconoció—. Sabía que terminaríamos aquí. Lo supe desde el momento en que decidí que no ibas a pasar la Nochebuena sola.

¿Él había planeado todo aquello?

A una parte de mí ni siquiera le sorprendió demasiado. Tenía la sensación de que aquella indiferencia constante que parecía acompañarle no era más que una estrategia. Cosimo no era una persona que se dejase llevar, pese a que él estaba empeñado en mostrar lo contrario. No le gustaba que se escapase ningún detalle.

—Voy a cambiarme —dije, dándome la vuelta.

Entré en el pequeño cubículo del servicio casi huyendo y cerré la puerta con el corazón martilleando contra mis costillas. Me senté sobre la tapa del inodoro y respiré hondo. Entonces, extendí la prenda sobre mis rodillas y la observé con detenimiento.

Era un traje de baño de una sola pieza, pero no tenía nada de sencillo. De un color verde bosque profundo, casi negro bajo la luz mortecina del baño, estaba confeccionado en una licra que se sentía como seda líquida entre mis dedos. El diseño era minimalista y sofisticado: un escote recto por delante, pero con la espalda completamente descubierta hasta la base de la columna, donde solo unas finas tiras cruzadas prometían mantenerlo en su sitio.

No era el tipo de bañador que yo elegiría; yo solía buscar algo que me ocultara, que me hiciera pasar desapercibida. Pero este estaba diseñado para esculpir. Tenía un corte alto en las piernas que alargaría mi figura y un tejido que se ceñiría a mis curvas como una segunda piel.

Era precioso. Y caro, estaba segura de ello. Aunque era evidente que Cosimo nadaba en dinero.

Me lo puse y, para mi sorpresa, me sentaba como un guante. En lugar de la inseguridad que esperaba sentir, experimenté una extraña descarga de confianza.

Al salir del servicio, Cosimo ya no estaba en el vestidor. Sin embargo, en el suelo me esperaban unas chanclas que, casualmente, también eran de mi talla. Me las puse, ajusté la toalla sobre mis hombros y caminé hacia la piscina.

Cosimo ya estaba dentro. Tenía los brazos apoyados en el borde de mármol, con los hombros fuera del agua, y me observaba con una fijeza absoluta. Su mirada me recorrió de arriba abajo.

—*Bellissima*.

—Esa palabra sí sé lo que significa —le dije, intentando que mi voz no sonara tan afectada como me sentía. Aunque no hablaba italiano, la había escuchado en suficientes películas como para reconocerla—. Pero la otra que usas...

—*Cerbiatta* es cervatilla —me aclaró antes de que pudiese formular la pregunta.

—¿Me llamas cervatilla? ¿Por qué?

—¿Tienes miedo, Quinn? —preguntó él, ignorando mi pregunta con esa habilidad suya para desviar la conversación hacia donde más me incomodaba.

—¿Miedo? —repetí, aferrándome a la toalla.

—Eso, o es que no sabes nadar.

—Claro que sé nadar —repliqué con orgullo, aunque mis pies seguían clavados en el mármol frío.

—¿Entonces por qué no te metes al agua en vez de retrasar el momento?

Me quedé callada. ¿Estaba retrasándolo?

Sí, eso era exactamente lo que estaba haciendo. Sabía que, en cuanto me quitara la toalla y entrara en esa piscina, ya no habría marcha atrás. Estaría entrando de lleno en su juego, porque si Cosimo seguía jugando conmigo, yo estaba resultando ser una jugadora muy activa.

—El agua tiene la temperatura perfecta —insistió él, su voz volviéndose un susurro que me atraía hacia el borde como un imán —. Ven aquí, Quinn. Deja de pelear contra lo inevitable.

—¿Qué es lo inevitable?

Cosimo soltó una carcajada.

—Vamos, *cerbiatta*. Demuéstrame lo valiente que eres.

¿Era valiente? No, no lo era. Era una cobarde que estaba huyendo, ¿aunque qué otra cosa podía hacer? No es como si hubiera tenido muchas posibilidades. Pero esa noche sí las tenía, esa noche podía decidir.

Solté la toalla, que cayó al suelo, y me quité las chanclas.

Cosimo no dijo nada. Se limitó a seguir cada uno de mis movimientos.

Me senté en el borde y sumergí las piernas. El agua estaba deliciosa, envolvente. Sin darle tiempo a decir nada más, me deslicé hacia el interior. No hacía pie, pero era capaz de flotar sin problemas, ya que el agua me cubría hasta los hombros.

Nadé por la piscina, sintiéndome completamente libre en mucho tiempo. Notaba la mirada de Cosimo en mí, pero él se quedó quieto, observándome desde la distancia. Finalmente, me detuve. Apoyé la espalda contra el borde de mármol y aferré mis manos al bordillo para mantenerme a flote. Fue entonces cuando Cosimo decidió moverse.

Verlo nadar hacia mí era hipnótico.

Sus hombros anchos cortaban la superficie sin apenas hacer ruido, y la luz azul del fondo delineaba los músculos de su espalda y sus brazos con una nitidez que me cortó la respiración.

Nadaba a la perfección. Era tan guapo que parecía irreal.

Se detuvo justo frente a mí, emergiendo del agua como un dios pagano, con el cabello hacia atrás y las gotas resbalando por su rostro hasta perderse en su pecho. Pude ver que tinta negra dibujarse en su antebrazo. ¿Cosimo tenía tatuajes? No le tenía por un hombre al que le fueran los tatuajes, pero ni siquiera pude verlo con claridad, porque se apoyó en el borde, a ambos lados de mis brazos, encerrándome en un círculo de piel y agua tibia.

—Te sienta bien el agua, *cerbiatta* —murmuró, su voz vibrando en el espacio mínimo que nos separaba—. Nadas como una sirena. Parece que el agua es tu hogar.

Sus palabras me llegaron más de lo que él mismo esperaba, porque lo cierto era que, por primera vez en meses, me sentía en casa. Estaba lejos de mi pueblo, estaba huyendo, pero allí, en esa piscina, me sentí segura y en paz.

—Yo también quiero instaurar una tradición —le dije, desafiándolo con la mirada mientras el agua nos mecía.

Él arqueó una ceja, intrigado por mi repentino cambio de actitud.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál sería esa tradición, Quinn?

—Escapar de ti —respondí con una sonrisa traviesa.

Antes de que pudiera reaccionar, tomé aire, me sumergí y nadé con fuerza por debajo de sus brazos. Bajo el agua, todo era un borrón de luces azules y silencio, pero pude ver la sombra de su cuerpo antes de pasar de largo.

Nadé hacia el centro de la piscina, sintiendo la adrenalina dispararse. No tardé en escuchar el chapoteo potente detrás de mí. Cosimo no estaba simplemente nadando; me estaba dando caza. Me moví hacia la parte más profunda, intentando esquivarlo, pero él era más rápido, más fuerte, y conocía cada rincón de ese lugar.

Sentí una corriente de agua a mi espalda y, de repente, una mano firme se cerró alrededor de mi tobillo, tirando de mí con suavidad, pero con una fuerza inevitable. Solté un gritito de sorpresa cuando me atrajo hacia él.

En un movimiento ágil, Cosimo me rodeó la cintura con sus brazos y me pegó a su pecho, obligándome a emerger a la superficie. Ambos jadeábamos, con el agua escurriendo por nuestros rostros y los corazones latiendo al unísono.

—Malísima tradición, Quinn —susurró contra mi cuello, su aliento caliente contrastando con la humedad de mi piel—. No soy la clase de hombre que deja que nadie se le escape. Y menos tú.

Me giré entre sus brazos, quedando cara a cara. Estábamos en la parte donde no hacíamos pie, y me vi obligada a rodearle el cuello con mis manos para mantenerme a flote. Sus manos bajaron hasta mis nalgas, sosteniéndome con posesividad.

Me elevó un poco, lo justo para que nuestros rostros quedaran a la misma altura. El agua nos mecía suavemente, pero la presión de sus dedos sobre mi piel era lo único real en ese mundo azulado.

—Aunque tengo que reconocer que me gusta que lo intentes. Hace todo más interesante.

Antes de que yo pudiese responder, sus labios se unieron a los míos. Fue un beso diferente al que nos habíamos dado. Tal vez fuera porque, por primera vez, yo estaba aceptando sin reservas esa atracción eléctrica que sentía hacia él; o quizá porque, dentro del agua, todo era diferente.

Y yo me había convertido en una mujer valiente; por lo menos, por lo que quedaba de noche. Una mujer que sabía lo que quería en

ese momento y lo iba a tomar.

—Salgamos del agua —le dije, rompiendo el beso.

Cosimo me miró fijamente, con las pupilas dilatadas y la respiración contenida. Por un segundo, pareció que iba a objetar, pero vio la determinación, el fuego y la urgencia en mis ojos.

Sin decir una palabra, me sujetó con firmeza por debajo de los muslos y me elevó hacia el borde de la piscina. Me sentó en el mármol mojado con una delicadeza que contrastaba con la fuerza de sus brazos. Después, se impulsó él mismo fuera del agua con una agilidad felina.

Me puse de pie, sintiendo el aire frío en la espalda y el calor de su cuerpo frente al mío. Antes de que él pudiese decir nada, antes de que el mando regresara a sus manos, me incliné y le bajé el bañador. Si le extrañó mi repentina audacia, no dejó que se notara; simplemente me ayudó levantando los pies, dejando la prenda olvidada y empapada sobre el mármol.

Me puse de rodillas frente a él y le miré a los ojos.

—¿Vas a instaurar una nueva tradición, Quinn? —me preguntó con la voz rota, un hilo de sonido que apenas lograba ocultar su agitación—. Porque me parece que esta me va a gustar mucho más que la mía.

Bajé la cabeza y vi por primera vez su miembro. Era grande y estaba preparado para mí, como si llevase tiempo esperándome.

—Aún no he empezado, pero ya veo que te gusta, sí —murmuré a la vez que le rodeaba su longitud con mis manos.

Cosimo soltó un gruñido bajo, un sonido gutural que vibró en el silencio del recinto. Sus manos se enredaron en mi cabello húmedo.

—No tienes ni idea de cuánto —admitió con la voz quebrada—. Adelante, *cerbiatta*, no me hagas esperar más.

Lo miré desde abajo, disfrutando de la expresión de tormento y placer que cruzaba su rostro.

—Deberías decirme que no hace falta que lo haga.

—Pero es que sí que hace falta.

Sus dedos se tensaron en mi nuca, guiando mi cabeza con una urgencia que no admitía réplica, acercándome hasta su miembro.

—No va a ser una tradición —dije. No estaría con él la Nochebuena siguiente y quería dejar claro ese punto—. Pero sí será algo que recordaré siempre.

—Y yo tengo la sensación de que no lo voy a olvidar nunca tampoco —dijo con voz ronca—. Cómeme la polla, Quinn.

—Tal vez te haga esperar un poco más... —dije, rozando la punta de su miembro con la punta de mi nariz, provocándolo hasta el límite.

—Hazlo de una puta vez —gruñó, empujando mi cabeza con una exigencia ciega.

Abrí la boca, más que dispuesta a claudicar. Me introduje la punta primero, dejando que mis labios se cerraran con fuerza alrededor de su glande, saboreando la mezcla de agua templada y su propia esencia. Jugué con la lengua, trazando círculos lentos y húmedos mientras lo miraba desde abajo, disfrutando de cómo sus ojos se ponían en blanco y sus rodillas parecían flaquear por un instante.

—Joder, *cerbiatta*... Eres increíble —Soltó con un gemido desgarrado, echando la cabeza hacia atrás mientras sus manos se cerraban en puños sobre mi cabello.

Lo cierto era que me sentía poderosa. Ver a un hombre como Cosimo temblando bajo el control de mi boca era como una droga. Aumenté el ritmo, succionando con más fuerza y dejando que su longitud se deslizara más profundamente, explorando su límite mientras sus caderas daban pequeños espasmos involuntarios.

Él intentó mantener el compás, pero el placer lo estaba desbordando. Sus dedos se hundieron en mi nuca, ya no para guiarme, sino para aferrarse a algo mientras el mundo se le desmoronaba. El sonido de su respiración se volvió un coro de gruñidos erráticos que rebotaban en las paredes de mármol de la piscina.

—Quinn, para... No, no pares —balbuceó, perdiendo por completo la compostura.

Sabía lo que me estaba queriendo decir, avisándome de que estaba a punto de llegar al clímax, pero, a la vez, que le gustaría que le dejase terminar en mi boca. Jamás se lo había permitido a mi

exnovio; siempre me había parecido algo demasiado íntimo, casi invasivo. Pero esto... esto era diferente. Con Cosimo se sentía correcto.

No me detuve. Usé mis manos para acariciar la base, sintiendo cómo sus músculos se tensaban al máximo, como una cuerda a punto de romperse. Sabía que estaba cerca; lo sentía en la forma en que su cuerpo se arqueaba y en cómo su voz se convertía en un susurro desesperado.

De repente, Cosimo se tensó de forma violenta. Soltó un último gemido, uno que sonó a pura rendición, y alcanzó el clímax. Sus manos se enterraron en mi cabello mientras su cuerpo se sacudía por los espasmos del orgasmo.

Me quedé allí un momento, abrazada a sus piernas mientras él recuperaba el aliento.

Cosimo bajó la mirada hacia mí, todavía jadeando, con los ojos nublados.

—Joder, quiero que la conviertas en una tradición diaria —dijo, haciéndome reír.

Me levanté del suelo.

—A mí también me ha gustado.

Él rodeó mi cintura con su brazo, firme y posesivo, y me acercó a su cuerpo todavía caliente. Me besó con lentitud, saboreando su propia liberación en mis labios.

—Sigue sin gustarme la Navidad —murmuró contra mi boca, con esa voz ronca que me ponía la piel de gallina—, pero tengo que reconocer que eres la primera persona que consigue que la Nochebuena no me parezca una maldita pérdida de tiempo. Has convertido el espíritu navideño en algo mucho más... interesante.

—Eres un idiota —le respondí, aunque mis manos se aferraban a sus hombros desnudos, sin ninguna intención de soltarlo.

—Un idiota que va a follarte.

—¿Aquí? —pregunté, alzando una ceja y mirando el mármol mojado.

Él pasó una mano por mi mejilla, acariciándola con el dorso de los dedos con una suavidad que resultaba casi más abrumadora que

su fuerza. Sus ojos se suavizaron, pero la determinación seguía allí, ardiendo en el fondo de sus pupilas.

—No, *cerbiatta*. Ni aquí ni ahora —murmuró—. Pero lo haré.

—Tal vez este momento sea tu única oportunidad.

Cosimo soltó una risa baja y oscura, una que prometía noches enteras de insomnio. Se inclinó hacia mí hasta que su aliento rozó mi oído.

—Oh, *cerbiatta*... confía en mí. Habrá más momentos. Y esos sí que los aprovecharé hasta que no recuerdes ni cómo te llamas. —Se separó un par de centímetros, lo justo para volver a mirarme a los ojos, y su mano bajó hasta mi nuca para darme un beso corto, casi casto, pero cargado de posesividad—. Ahora ve a la ducha, necesitas quitarte el cloro —dijo, separándose de mí.

—¿Tú no vienes? —pregunté.

—Si voy, me ducharé contigo. Y si me ducho contigo, tendré que follarte. Y ya te he dicho que eso no sucederá hoy, Quinn.

El futuro sonaba bien, pero era algo que no podía permitirme. No podía pensar en un luego con Cosimo, porque puede que no hubiera otra oportunidad. Mi estancia en su casa era algo temporal, y puede que de un día para otro tuviese que irme, sin explicaciones, sin despedidas, de la misma manera que había tenido que hacer en mi pueblo natal.

No podía permitirme fantasear con una vida con un hombre que nunca podría tener. Una parte de mí quería acostarse con él, allí mismo, no solo porque había decidido dejar de evitar lo que deseaba, sino porque, tal vez así, podría sacarlo de mi sistema y poder regresar a mi vida —o a lo poco que me quedaba de ella—.

Y tuve la sensación de que Cosimo lo sabía; que sabía cómo me sentía y que por eso me estaba rechazando. Porque quería que tuviera claro que habría más veces, que lo nuestro no terminaría. No aún.

—Está bien —respondí, tratando de sonar indiferente.

Recogí la toalla del suelo y me la envolví con fuerza bajo las axilas, buscando refugio en el algodón seco.

—Voy a subir a mi cuarto a ducharme —anunció él antes de que yo pudiera dar un paso.

—Vas a quedarte helado —le advertí, mirando el largo pasillo que conducía a las escaleras—. Aquí hay dos compartimentos de ducha y...

Él no me dejó terminar. Colocó un dedo sobre mis labios, acallándome con un gesto que derrochaba autoridad y una extraña ternura.

—Voy a estar toda la semana fuera por trabajo —dijo, y mi estómago se hundió con una decepción que no esperaba—, pero volveré para que celebremos la Nochevieja juntos —añadió con rapidez, como si se hubiera dado cuenta de mi cambio de estado de ánimo.

—Pensaba que no te gustaban las celebraciones.

—Pero a ti sí.

—¿Vendrá Gian?

—No, solo tú y yo.

Aquello sonaba peligrosamente bien. Demasiado bien para alguien que, se suponía, estaba allí solo de paso.

—¿Otra cena italiana? —quise saber, intentando adivinar sus planes.

—No, *cerbiatta*. Y no preguntes más, será una sorpresa —respondió él con un brillo enigmático en los ojos—. Y ahora, ve a la ducha, estás tiritando.

Tiritaba, sí. Pero en ese momento no estaba muy segura de que fuera por el frío.

Las sorpresas siempre me habían gustado, aunque en los últimos meses había cambiado de idea. Pero, por una vez, decidí dejarme llevar y olvidarme del peligro que me acechaba.

CAPÍTULO 15

Quinn

Cuando Cosimo mencionó que tenía una sorpresa para Nochevieja, mi mente dibujó mil escenarios distintos. Sin embargo, en ninguno de ellos aparecía una pista de aterrizaje ni aquel *jet* privado frente a nosotros. Era negro, imponente y elegante, esperándonos con las escalerillas desplegadas.

Él siguió caminando por el asfalto de la pista con la naturalidad de quien da un paseo por el salón de su casa, pero mis pies se clavaron en el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Cosimo, deteniéndose y ladeando la cabeza para mirarme.

—No estoy entendiendo... —Las palabras se quedaron a medias, suspendidas entre nosotros. Miré el *jet*, luego a él, luego otra vez al *jet*, como si fuera a desaparecer si lo observaba el tiempo suficiente.

Él no parecía especialmente impresionado. Caminaba con calma, las manos en los bolsillos del abrigo, como si montar en un *jet* privado fuese algo que hiciera todos los días.

—Nos vamos de viaje, *cerbiatta*. —Dio un paso para acercarse a mí y se inclinó hasta mi oído, como si fuera a contarme un secreto —. Pero no puedo decirte adónde; es una sorpresa.

—¿Un viaje? —repetí, balbuceando. No me consideraba una persona que se quedase sin palabras con facilidad y, después de todo lo que había pasado en los últimos meses, no era alguien fácil de sorprender, pero Cosimo parecía tener una habilidad especial para ello—. No puedo irme a ningún lado.

—Claro que puedes. Soy tu jefe y te doy el día libre hoy y mañana.

—¿Regresamos mañana? —pregunté, aún aturdida.

—Sí. Me encantaría que fuera un viaje más largo, pero tengo negocios que atender. Quizá en otra ocasión podamos extenderlo.

Lo miré confundida, con el corazón acelerado.

—Estoy sorprendida. Yo…

—Esa es la idea de las sorpresas —me interrumpió él con una media sonrisa.

—Pero tendrías que haberme avisado con un mínimo de antelación. No he traído más ropa de la que llevo puesta; ni siquiera un pijama. —Tan solo llevaba mi abrigo negro acolchado —el único que tenía para protegerme del frío gélido de Chicago—, una sudadera negra y unos pantalones vaqueros con deportivas blancas.

—No te preocupes por eso, tendrás todo lo que necesitas.

A pesar de su afirmación, me di cuenta de que Cosimo no llevaba ninguna maleta visible. Tampoco me dio tiempo a pensar demasiado en ello, porque un hombre uniformado descendió por las escalerillas metálicas y abrió del todo la puerta del *jet*, como si hubiera estado esperando nuestra llegada. Cosimo apoyó una mano en la parte baja de mi espalda y me guio hacia los escalones.

El metal estaba frío bajo mis manos cuando me aferré a la barandilla. El viento nocturno golpeaba con fuerza en la pista, pero en cuanto crucé el umbral del avión, el sonido quedó atrás, amortiguado al instante.

El interior era todo lo contrario al exterior: luz tenue y cálida, cuero beige impecable, madera oscura pulida hasta brillar. No había filas interminables de asientos, sino amplios sillones individuales enfrentados, con mesitas bajas entre ellos. Una pequeña barra al fondo, una pantalla discreta empotrada en la pared y detalles que gritaban lujo sin necesidad de exagerar.

Olor a limpio, a cuero nuevo y a exclusividad. Dios, aquello era impresionante.

Cosimo subió detrás de mí y la puerta se cerró con un sonido sólido.

—Siéntate —me pidió con naturalidad.

Me quité el abrigo y elegí uno de los sillones junto a la ventanilla, todavía procesando lo que estaba pasando. El asiento era

tan amplio que casi me hundí al sentarme. Mis manos recorrieron inconscientemente el reposabrazos de cuero suave.

Cosimo se acomodó frente a mí, relajado, cruzando una pierna sobre la otra como si estuviera en su propio salón.

—Guau... —silbé, echando un rápido vistazo a mi alrededor—. Esto es impresionante... ¿Es tuyo?

No era tonta. A esas alturas sabía que Cosimo nadaba en dinero, pero aquello era otro nivel.

—Digamos que tengo acceso a él —respondió.

Antes de que pudiera formular otra pregunta, una mujer apareció desde la parte trasera del *jet*. Tendría poco más de treinta años, el cabello recogido en un moño pulido y un uniforme azul marino perfectamente ajustado que resaltaba su figura.

—Buenos días —nos saludó con una sonrisa profesional, deteniéndose junto a nosotros—. ¿Todo está a su gusto, señor Romano?

El apellido flotó en el aire con un peso distinto. Cosimo apenas levantó la vista.

—Guarda nuestros abrigos —le pidió. Aunque el tono fue suave, a mí me sonó a una orden directa.

—Claro —respondió la azafata con una sonrisa perfecta—. Voy a colgarlos en el armario para que no se arruguen —dijo, cogiéndolos.

¿Un armario?

Aunque nunca había volado, había visto suficientes películas como para saber que las cosas se guardaban en esos compartimentos estrechos sobre los asientos. Pero aquello no era un avión normal. Mi primer vuelo era a todo lujo.

—¿Les apetece algo de beber antes del despegue? —preguntó la azafata antes de marcharse. Su mirada descendió hacia mí por primera vez, dedicándome una sonrisa más cálida.

Negué con la cabeza, sintiéndome un poco extraña. No estaba acostumbrada a tanto lujo.

—No, gracias.

—Estamos bien —dijo Cosimo. Alzó la mirada y, por primera vez, sus ojos se fijaron en la azafata—. De momento no necesitamos nada más, Abigail.

La sonrisa de la azafata se congeló y pude ver cómo su cuerpo comenzaba a temblar como gelatina.

—¿Sabe...? —su voz flaqueó; tragó saliva y lo intentó de nuevo —. ¿Sabe mi nombre?

—Por supuesto que sé tu nombre. Conozco a todos los que trabajan para mí.

La azafata asintió.

—Si necesitan cualquier cosa, llámenme.

Se dio la vuelta y se alejó por el pasillo con una rapidez nerviosa. No comprendía su comportamiento; Cosimo había sido amable y cercano. Mucha gente rica tendía a tratar a sus empleados con desprecio, como si estuvieran por encima de ellos.

No pude detenerme demasiado en ese pensamiento porque dos figuras detrás de la azafata llamaron mi atención. Eran dos hombres altos y fornidos. Reconocí a uno de ellos: el de la ceja partida, el que vigilaba la casa de Cosimo. Al otro no recordaba haberlo visto nunca.

—¿Has traído seguridad? —le pregunté—. ¿No es demasiado exagerado?

Ni siquiera los había visto entrar; supuse que ya estaban dentro cuando subimos.

Una cosa era que custodiaran la casa, ¿pero llevárselos de viaje?

—Mi primo Gian ha insistido. Él cree que es mejor ser precavido. —Se encogió de hombros—. Aunque yo soy de los que piensan que una buena reputación es el mayor seguro de vida. ¿No te parece?

—Supongo —respondí sin entender del todo a qué se refería—. ¿Y tú siempre haces caso a tu primo?

—Para su desgracia, no —dijo con una sonrisa ladeada—. Pero esta vez no viajo solo y prefiero no correr riesgos innecesarios.

Si lo pensabas bien, no era tan extraño. Cuando tenías tanto dinero como Cosimo —que, además, era hijo único y acababa de heredar toda la fortuna de su padre—, ninguna precaución era suficiente. Sabía que había mucho peligro; yo mejor que nadie había visto que hasta lo más inofensivo podía resultar peligroso. Aun así, algo en todo eso no terminaba de encajar.

Cosimo no era el presidente de Estados Unidos.

—Abróchate el cinturón. —Cosimo interrumpió mis pensamientos—. Vamos a despegar.

Me lo abroché y el murmullo constante del motor cambió de tono de pronto. El suelo vibró bajo mis pies y el fuselaje del *jet* emitió un rugido que me atravesó el pecho.

Las luces del interior parpadearon levemente mientras el avión comenzaba a moverse. Sentí cómo avanzábamos con suavidad por la pista, pero el sonido del motor aumentaba poco a poco, como una bestia despertando.

Mis manos se aferraron al reposabrazos con fuerza sin que me diera cuenta. Porque, en ese instante, aquello se volvió real.

—¿Estás bien? —preguntó Cosimo.

—Sí —contesté, mordiéndome el labio inferior—. Solo un poco nerviosa. Es la primera vez que monto en avión.

Viajar en avión siempre había sido un sueño lejano para mí, casi imposible. En mi casa nunca había sobrado el dinero, y los billetes de avión no eran precisamente una prioridad. Nuestros viajes habían sido por carretera: horas y horas dentro de un coche viejo, con música demasiado alta y bolsas de comida casera en el asiento trasero. Eso era lo más lejos que habíamos llegado. Pero había sido maravilloso.

—Ey, tranquila. La primera vez siempre es un poco extraña, pero te acostumbras. —Estiró la rodilla hasta rozar la mía, como si su contacto pudiera relajarme.

Y, sorprendentemente, funcionó.

La tensión en mis hombros se disipó y mi respiración se volvió más regular. El miedo no desapareció del todo, pero dejó de ser abrumador.

Porque, por primera vez desde que el avión había comenzado a rugir, me sentí un poco más segura.

—Puedes usar tu móvil si quieres —me dijo, sacando el suyo.

—No tengo móvil —respondí, y él me miró de reojo—. Perdí el mío y necesito ahorrar para cosas más importantes —expliqué, y no era una mentira del todo.

—Tendremos que solucionar eso.

—No es necesario. Estoy bien así.

—¿No tienes ningún familiar o amigos con los que quieras estar comunicada?

—Necesito ir al baño —solté de repente, esquivando su pregunta. Aunque la idea de levantarme con el avión en movimiento me daba pavor, prefería el vértigo de la altura a seguir con aquella conversación.

Cosimo no pareció darse cuenta de mi incomodidad, o tal vez le daba igual, porque estiró su mano derecha y señaló hacia el pasillo con el dedo índice.

—En la puerta del fondo.

Me levanté con cuidado y caminé por el pasillo del *jet*. Esperaba encontrarme con un baño diminuto cuando abrí la puerta que me había señalado Cosimo, no con una suite privada en miniatura, con una cama impecable y una decoración en tonos marrones. Me fijé en que, al fondo de la estancia, había otra puerta, y esta sí conducía a un baño.

Entré y me tomé unos minutos frente al espejo para intentar calmar los latidos de mi corazón. Sin embargo, cuando salí de nuevo a la habitación, el aire se me escapó de los pulmones.

Porque Cosimo estaba allí, esperándome.

—¿Necesitas ir al baño?

—Lo que necesito es que te desnudes.

Parpadeé, confusa. Debía de haber escuchado mal.

—¿Perdón?

Cosimo no se movió. Se quedó allí, con la espalda apoyada en el marco de la puerta y las manos en los bolsillos, observándome con intensidad.

—Me has oído perfectamente —respondió con voz grave.

—Estamos en un avión, Cosimo. Y yo no... yo no voy a hacer eso.

—He cerrado la puerta con seguro y aún nos quedan más de dos horas de vuelo.

En la piscina había estado dispuesta a tener relaciones sexuales con él. Podía culpar a la copa de vino que había tomado, al agua de la piscina… Mierda, no tenía excusa; me había apetecido y punto.

Pero, en ese momento, en ese avión, yo… Bueno, seguía queriendo, pero…

—No voy a tener sexo contigo en un ataúd de hierro.

Cosimo soltó una carcajada seca y acortó la distancia entre nosotros.

—Si vamos a morir, ¿no prefieres hacerlo después de que mi polla te dé el mejor orgasmo de tu vida?

Era un descarado. Un auténtico animal.

Pero, maldita sea, tenía algo de encanto.

—Lo que no quiero es tener que salir desnuda si hay una emergencia —repliqué, tratando de sonar lógica.

—No habrá ninguna emergencia. Es el transporte más seguro del mundo y he contratado a los mejores pilotos. Tienen miles de horas de vuelo. Si quieres, bajamos a la cabina y se lo preguntamos. Ya verás cómo te confirman que podemos follar sin peligro.

No tenía ni la menor duda de que Cosimo haría precisamente eso. Dios, estaba loco.

—No voy a hacer eso.

Cosimo arqueó una ceja con descaro.

—¿Follar conmigo o hablar con el piloto?

—Ninguna de las dos cosas.

Estiró el brazo y enredó un mechón de mi pelo entre sus dedos, tirando con suavidad, obligándome a mirarlo de cerca. Su aliento rozó mis labios.

—¿Y por qué tus ojos me dicen que te mueres porque te folle contra esa cama ahora mismo?

—Mis ojos no dicen eso.

¿Lo decían?

—Lo dicen, pero también dicen que no te sientes del todo segura volando. Y cuando meta mi polla en tu interior quiero que tengas la mente solo en mí, no en si el avión se estrella o no.

—Entonces, volvamos a nuestros asientos.

—Aún no. —Pasó el pulgar por mi labio inferior, presionando con lentitud—. Estás nerviosa y voy a hacer que te relajes.

Casi no me dio tiempo a reaccionar. Sin brusquedad, pero con una firmeza que no me dejó margen de maniobra, me empujó hacia

atrás. Antes de que pudiera protestar, sentí el tacto frío de las sábanas de seda contra mi espalda.

Cosimo se cernió sobre mí, atrapándome entre sus brazos y el colchón, bloqueando cualquier vía de escape.

Me besó con lentitud, recorriendo mi mandíbula hasta bajar a la curva del cuello. Sus labios estaban calientes, un contraste delicioso contra mi piel fría. Con un movimiento experto, tiró de mi sudadera. Yo, casi por instinto, levanté las manos para facilitarle el trabajo, dejando que la prenda y la camiseta terminaran en algún lugar del suelo.

Me quedé en sujetador, uno sencillo que, de repente, me pareció demasiado vulnerable bajo su mirada.

—Relájate, *cerbiatta* —susurró contra mi piel.

—No es fácil contigo tocándome.

Cosimo soltó un sonido que pareció un ronroneo de satisfacción y se detuvo justo encima de mis labios.

—Esa es la idea —respondió—. Quiero que tu cuerpo esté tan ocupado sintiéndome que no le quede energía para recordarte que estamos en un avión.

—Pues acabas de recordármelo.

Él soltó una pequeña risa.

—Entonces tendré que hacer que vuelvas a olvidarlo.

Sus manos viajaron a mi espalda y, con un movimiento que delataba demasiada práctica, desabrochó el cierre de mi sujetador. Metió los dedos bajo los tirantes para deslizarlos por mis hombros, obligándome a despegar ligeramente la espalda del colchón para terminar de quitármelo. Lo lanzó al suelo sin dejar de mirarme, dejándome expuesta bajo la luz suave de la habitación.

—Cosimo… —susurré, sintiendo un nudo en la garganta.

Él no respondió con palabras. Se quedó un segundo en silencio, observándome con una intensidad que quemaba. Luego, rodeó mis pechos con sus manos, apretándolos con una mezcla de posesión y delicadeza.

—Son perfectos —murmuró, casi para sí mismo—. Absolutamente perfectos.

Empezó a jugar con mis pechos, amasándolos con una lentitud que me hacía arquear la espalda. Cuando sus pulgares rozaron mis pezones, solté un jadeo. Cosimo se inclinó entonces y se llevó uno a la boca, succionando con una determinación que me hizo perder el sentido de dónde estábamos.

—Cosimo... —logré articular, hundiendo mis dedos en su pelo.

Él se separó apenas unos milímetros, mirándome desde abajo con los ojos oscurecidos por el deseo.

—¿Te gusta, *cerbiatta*? —preguntó con voz ronca.

—Me vas a volver loca —confesé.

—Ese es el plan —respondió con descaro antes de volver a reclamar mi piel.

Su plan estaba saliendo perfectamente porque estaba perdiendo el sentido. Pero un movimiento brusco del avión hizo que volviera a tensarme.

—¿Qué pasa? —pregunté, tratando de incorporarme, asustada.

Cosimo me dedicó una sonrisa suave.

—Solo ha sido una turbulencia. —Acarició mi mejilla con la yema de los dedos—. Todo está bien.

Pero antes de que pudiera volver a chupar uno de mis pezones, la voz del capitán resonó por los altavoces de la cabina:

—Señor Romano. Estamos atravesando una zona de aire inestable. Nada de qué preocuparse, pero, por seguridad, les ruego que ocupen sus asientos y se abrochen los cinturones durante los próximos diez minutos.

—Mierda —masculló Cosimo, chasqueando la lengua con fastidio—. Vaya cortada de rollo.

—¿Él no sabrá que estamos…? —pregunté, olvidándome de las turbulencias.

Cosimo esbozó una sonrisa traviesa mientras se levantaba.

—Te ha visto subir al avión y sabe lo hermosa que eres. No va a juzgarme por querer estar a solas contigo.

—Cosimo —susurré, muerta de vergüenza.

—Él no piensa nada. No le pago para pensar. Y ahora, vamos, tenemos que volver a los asientos.

Me ofreció su mano y yo la acepté sin dudar.

Él mismo se encargó de colocarme el sujetador y de arreglarme el resto de la ropa. Podría haberlo hecho yo misma, pero no discutí; lo cierto es que me encantó sentir sus manos cuidándome así.

—Voy a tener que pedir una manta —dijo mientras salíamos de la habitación.

—¿Y eso? —pregunté—. No hace frío aquí.

—Para que nadie se dé cuenta de que me he quedado a medias —reconoció, bajando la mirada hacia sus pantalones de traje de cuadros grises.

Seguí su mirada, dándome cuenta de que tenía una erección. Una corriente de satisfacción oscura recorrió mis venas, porque me gustaba tener ese efecto en él. Me gustaba saber que le afectaba tanto como él a mí.

—Vaya —murmuré.

—Sí, vaya —dijo, dándome un toquecito en la nariz.

—Quizá cuando terminen las turbulencias…

—Tú sigue mirándome con esa carita y diciendo esas cosas, que no voy a necesitar una manta, sino una toalla para limpiarme.

Le di un golpe en el hombro.

—Eres imposible.

—Y tú una tentadora, *cerbiatta*. —Cosimo se inclinó hacia mí para darme un beso en la mejilla—. Suerte para los dos que me gusta pecar.

CAPÍTULO 16

Quinn

Al final, las turbulencias duraron más de diez minutos. Al principio me puse nerviosa y me tensé en el asiento, pero los dedos de Cosimo buscaron los míos. Su contacto fue suficiente para que me relajara.

Poco a poco, el suave balanceo del avión y el calor de su mano se convirtieron en un arrullo. Sin darme cuenta, mis párpados empezaron a pesar y el mundo se desvaneció.

—Despierta, *cerbiatta*.

Una caricia suave en la mejilla me obligó a abrir los ojos. Me llevó un segundo recordar dónde estaba. Al recuperar la conciencia, me di cuenta de que mi cabeza no estaba en el respaldo del asiento, sino apoyada cómodamente sobre el hombro de Cosimo.

—Lo siento —murmuré, incorporándome de golpe, con las mejillas ardiendo—. Me he quedado dormida.

—Me has babeado la camisa, pero te perdono.

—¿He babeado? —pregunté, tocándome la barbilla. Estaba seca —. Mentiroso —dije con media sonrisa y medio bostezo.

—Estamos descendiendo y he pensado que te gustaría verlo —respondió él, ignorando mi acusación con un brillo de diversión en los ojos.

Noté el cambio de presión en los oídos y cómo el avión inclinaba suavemente el morro hacia abajo. Me incliné hacia la ventanilla, expectante.

Y entonces la vi.

Había visto aquellos rascacielos en decenas de películas y series. Nunca me había siquiera atrevido a fantasear con estar allí, sabiendo que la ciudad que nunca duerme estaba fuera de mis posibilidades. Demasiado grande, demasiado caótica, demasiado cara.

Desde el cielo, la ciudad parecía otra cosa. No caótica ni ruidosa, sino ordenada. Casi perfecta. Las avenidas se extendían en líneas rectas interminables, formando una cuadrícula precisa que cortaba la isla con exactitud milimétrica. Los edificios se alzaban como piezas de un tablero gigantesco, algunos reflejando el sol con destellos cegadores.

El agua que rodeaba Manhattan brillaba como una lámina de plata líquida. Los puentes parecían delicados desde aquella altura, casi frágiles, suspendidos sobre el río como hilos tensados entre dos orillas.

El cielo estaba despejado y la luz del día lo bañaba todo, haciendo que los ventanales de los rascacielos relucieran.

Era… impresionante.

Sentí algo extraño en el pecho. No miedo, no exactamente emoción. Era una mezcla de pequeñez y vértigo, como si de repente entendiera lo enorme que podía ser el mundo. Yo venía de un lugar donde los edificios más altos apenas superaban tres plantas, y ahora estaba mirando una ciudad que parecía no tener fin.

—¿Es Nueva York? —Cosimo había soltado el móvil, que lo había mantenido ocupado durante el trayecto, para fijar sus ojos en mí—. ¿Me has traído a Nueva York?

—Me dejaste claro que eres una amante de la Navidad. ¿Y qué plan hay más navideño que pasar la Nochevieja aquí?

Sin pensarlo, me incorporé en el asiento y me incliné hacia él para darle un beso rápido en la boca como agradecimiento. Pero antes de que pudiera alejarme, su mano se cerró en mi nuca con firmeza, impidiéndome retroceder. Cosimo me atrajo de nuevo hacia él y me besó a conciencia.

Sus labios, que un segundo antes sonreían con ironía, ahora me reclamaban con una urgencia que me hizo vibrar. Me obligó a entreabrir la boca, profundizando el beso hasta que el sabor a café y el aroma de su perfume me invadieron por completo. Sentí el mundo dar vueltas mientras sus dedos se enredaban en mi pelo, tirando ligeramente hacia atrás para exponerme aún más a él.

Cuando finalmente me soltó, mis pulmones ardían por la falta de aire y mis labios estaban hinchados y calientes.

—Esto sí es un beso de agradecimiento —dijo él con una sonrisa torcida, mientras me soltaba la nuca con lentitud—. No el que me habías dado tú.

—Eres imposible —dije con una sonrisa.

—Solo soy un hombre que sabe lo que quiere —replicó él con naturalidad—. Y no acepto nada a medias.

De eso no me cabía la menor duda.

El aterrizaje fue suave. Demasiado suave para todo lo que estaba sintiendo por dentro.

Cuando descendimos por las escalerillas del *jet*, el aire de Nueva York era distinto. Más denso, más rápido. Incluso el ruido parecía tener prisa.

Un coche negro nos esperaba a pocos metros, impecable, con las lunas tintadas y el motor en marcha. El conductor salió de inmediato al vernos y abrió la puerta trasera sin decir una palabra.

Me acomodé en el asiento de cuero, todavía procesando que estaba allí. Nueva York. De verdad. Cosimo entró a mi lado y la puerta se cerró con un sonido seco y aislante. En cuanto el coche arrancó, me pegué a la ventanilla.

Los edificios se alzaban a ambos lados de la calle como gigantes de cristal y acero. Las avenidas eran anchas, interminables. Gente caminando con paso decidido, taxis amarillos, escaparates elegantes, rótulos luminosos incluso a plena luz del día.

No podía dejar de mirar.

Cada esquina parecía sacada de una película. Cada cruce, una escena que ya había visto antes en una pantalla, pero que ahora estaba viviendo.

—Te va a doler el cuello si sigues así —murmuró Cosimo, con una leve sonrisa.

No me importaba. Me sentía como si hubiera entrado en otro universo. Uno donde todo era más grande, más rápido, más ambicioso. El coche giró finalmente hacia una calle más tranquila y se detuvo frente a uno de los edificios más impresionantes que había visto nunca.

Aunque pude ver que era un hotel, parecía un monumento.

Fachada imponente, columnas de piedra clara, ventanales altísimos con marcos dorados, una entrada cubierta por una marquesina elegante bajo la que se movían uniformes impecables y maletas perfectamente alineadas. El nombre del hotel brillaba sobre la puerta principal con letras doradas.

—Cosimo… —murmuré.

Él salió primero del vehículo y, al ver que no me movía, lo rodeó para abrir mi puerta y tenderme la mano.

—Bienvenida a Nueva York, *cerbiatta*.

La tomé, entrelazando mis dedos con los suyos. Su mano era cálida, y la mía, un poco más fría de lo que me habría gustado admitir. Caminamos juntos bajo la marquesina y sentí el peso de las miradas discretas del personal al vernos entrar. Las puertas giratorias de cristal se abrieron ante nosotros.

El vestíbulo era inmenso.

Suelo de mármol pulido que reflejaba la luz de una lámpara de araña gigantesca suspendida del techo, dorada y brillante como una cascada congelada en el aire. Columnas altas, techos que parecían no terminar nunca y un aroma sutil —caro— flotando en el ambiente.

Cosimo no soltó mi mano. Caminaba con esa calma y seguridad suya, como si aquel lugar le perteneciera tanto como el *jet*.

Un hombre con traje impecable levantó la vista y su expresión cambió al reconocerlo.

—Señor Romano.

Me pregunté cuántas veces había estado Cosimo allí. Un hombre rico como él, seguramente más de las que podía contar con los dedos de las manos.

Cosimo lo saludó con una sonrisa, pero después tiró de mi mano para que me girara hacia él. El hombre retrocedió un par de pasos, como si quisiera darnos espacio.

—Me encantaría quedarme contigo, pero tengo que atender unas cosas de negocios. —Como si hubiera pronunciado la palabra mágica, el teléfono de Cosimo comenzó a sonar en el bolsillo de su

abrigo y él lanzó un pequeño bufido, pero no hizo amago alguno de cogerlo—. Nos vemos en tres horas para la cena, *cerbiatta*.

—Pero... —comencé, pero no pude terminar la frase.

—No más preguntas —Cosimo posó su dedo índice sobre mis labios, silenciándome—. Es una sorpresa, ¿recuerdas? Por una vez, déjate llevar. Richard te llevará a la habitación. —Señaló con la barbilla al hombre que, aunque estaba detrás de nosotros, mantenía la mirada fija en otro punto del hotel—. Allí tendrás todo lo que necesitas.

Antes de que pudiera replicar, Cosimo bajó la mano y me dio un beso suave en los labios, para luego alejarse de mí y desaparecer por la puerta giratoria.

Exhalé un suspiro y me di la vuelta para mirar a Richard. Alcé mi mano derecha a modo de saludo.

—Hola.

Dejarse llevar. No sabía si era algo que podría hacer.

Dejarse llevar había resultado mucho más fácil de lo que creía.

¿Aunque cómo no hacerlo en semejante hotel? La habitación a la que me llevó Richard no era una habitación, sino una suite ubicada en una de las últimas plantas, incluso más impresionante que el vestíbulo.

Suelo de madera oscura, alfombras gruesas que amortiguaban cada paso, un salón amplio con sofás en tonos crema y ventanales de suelo a techo que dejaban entrar la luz de la tarde. Pero fue el baño lo que más me llamó la atención.

Mármol blanco veteado en gris, un espejo enorme retroiluminado. Y, en el centro, una bañera exenta, redonda, elegante, casi escultórica. Cerré la puerta y me quedé unos segundos en silencio.

Luego, sin poder contener el impulso, abrí el grifo.

El agua comenzó a llenar la bañera con un sonido suave y constante. Añadí espuma casi por impulso y, en cuestión de segundos, la superficie se cubrió de burbujas blancas que olían a

algo limpio, caro y ligeramente floral. Me deshice de la ropa y me hundí despacio en el agua caliente.

El calor me envolvió al instante, relajando músculos que ni siquiera sabía que tenía tensos. Cerré los ojos. Siempre había querido darme un baño con espuma, de esos que la protagonista de las películas solía darse, pero en casa no teníamos bañera. Tan solo había podido hacerlo un par de veces en casa de Amy.

Por primera vez desde hacía meses, mi mente se tranquilizó. Y dejé de darle vueltas a todo.

El viaje. Nueva York. El *jet*. Cosimo. Todo parecía lejano desde allí, flotando entre espuma y silencio. Apoyé la cabeza en el borde de la bañera y dejé que el vapor empañara el aire. Me sentía ligera, en paz.

Por primera vez, me permití olvidarme de la pesadilla en la que se había convertido mi vida y disfrutar un poco. Porque yo también tenía derecho a hacerlo. Aquella era una oportunidad única, una que no volvería a tener, y merecía disfrutarla.

Cuando salí del baño, envuelta en una toalla blanca increíblemente suave, caminé descalza hasta el ventanal del dormitorio. Central Park se extendía frente a mí como un océano verde en medio de la ciudad. Desde aquella altura, los senderos parecían líneas delicadas dibujadas entre los árboles. El sol comenzaba a descender, tiñendo los edificios de tonos dorados y anaranjados. Más allá del parque, Manhattan se alzaba infinita. Cristal, acero, reflejos.

Apoyé la mano en el cristal. Nunca había visto nada así.

Aparté las manos de la ventana cuando me di cuenta de la caja de color crema que había sobre la cama, que antes no estaba allí, envuelta en un lazo negro. Algún empleado debería habérmela dejado cuando estaba en el baño. Un nudo pesado se instaló en mi estómago ante la intrusión. Maldita sea, ni siquiera me había dado cuenta; ¿cómo no había escuchado la puerta abrirse?

La caja parecía inofensiva, ¿pero y si había algo dentro? ¿Y si era una trampa?

Me habían encontrado.

Estaba a punto de entrar en pánico cuando vi la tarjeta que se encontraba al lado de la caja.

«Póntelo, *cerbiatta*».

Era de Cosimo.

Sintiéndome aliviada, abrí la tapa con cuidado para sostener un vestido negro. No era llamativo ni exagerado. No tenía brillos, ni pedrería, ni nada que gritara atención. Era elegante en su simplicidad. La tela parecía seda o satén mate, suave incluso a la vista. Corte limpio, entallado en la cintura y cayendo con fluidez hasta justo por encima del tobillo. El escote era discreto, pero insinuaba lo suficiente. Las mangas largas equilibraban la silueta, aportándole una sofisticación casi atemporal.

Era el tipo de vestido que no necesitaba adornos para impresionar. El tipo de vestido que me pondría para una ocasión como aquella. No me veía con lentejuelas ni colores llamativos.

Debajo, cuidadosamente colocados en una caja más pequeña, había unos zapatos de tacón plateados. Finos, estilizados, con una tira delicada en el tobillo. Brillaban sutilmente bajo la luz, sin resultar ostentosos. Y junto a ellos, un estuche de terciopelo oscuro.

Lo abrí.

Un collar delicado de plata con un colgante minimalista, unos pendientes pequeños a juego y una pulsera fina. Nada excesivo, nada exagerado. Simplemente… perfecto.

Creí que aquello era todo. Pero no lo era.

En el fondo de la caja principal, casi oculto bajo el vestido, había otro paquete más pequeño. Lo abrí con cierta vacilación.

Un conjunto de lencería roja.

Sentí que mis mejillas se encendían, dejando el conjunto en su sitio.

Pero decidí prepararme. Porque, por primera vez desde la muerte de mi madre, parecía que la vida comenzaba a sonreírme, y pensaba aprovecharlo.

CAPÍTULO 17

Quinn

Cosimo me estaba esperando en el vestíbulo del hotel.

Tal y como me dijo, tenía todo lo que necesitaba en la habitación. Incluso un neceser en el baño con todo tipo de artículos de maquillaje; todos de marcas de lujo y que jamás podría haberme permitido. Algunos de ellos ni siquiera sabía para qué servían.

Siempre me había gustado maquillarme, pero había dejado de hacerlo cuando mamá murió. Porque ahí mi vida dejó de ser la de una adolescente cuya mayor preocupación era terminar los deberes de la escuela, y me hice adulta demasiado temprano.

—*Cerbiatta* —dijo Cosimo cuando me vio. Sus ojos recorrieron con lentitud mi cuerpo—, estás preciosa.

Pude ver que no me mentía. Nadie me había mirado así antes; ni siquiera mi exnovio. Esa forma en la que sus ojos se clavaban en mí, con esa intensidad, ese deseo. Como si, en ese instante, yo fuera lo único que importaba. La única mujer en la habitación, la única a la que quería.

—Tú también estás muy guapo —respondí con una sonrisa.

Que Cosimo fuera impresionante no era ninguna novedad, pero aquella noche estaba especialmente atractivo.

Llevaba el cabello castaño peinado hacia atrás en mechones definidos, ordenados sin parecer rígidos. El traje —oscuro, hecho a medida— se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, marcando la amplitud de sus hombros y la línea recta de su espalda. Al moverse, la chaqueta se abría lo justo para dejar entrever los tirantes negros sobre la camisa blanca.

Esos tirantes que siempre solía llevar. En cualquier otro hombre me habrían parecido anticuados, incluso ridículos, pero a él le quedaban bien.

O es que tal vez estaba empezando a gustarme todo de ese hombre.

—¿No me vas a decir adónde vamos? —le pregunté cuando entrelazó sus dedos con los míos y me guio hacia la puerta giratoria.

Cosimo me guiñó un ojo.

—No seas impaciente.

Tuve que morderme la lengua para no seguir preguntando, aunque Cosimo debió de ver mi mueca de decepción, porque soltó una pequeña carcajada ligera.

A la salida nos esperaba un vehículo negro de cristales tintados, imponente y muy similar al que nos había traído del aeropuerto. Nos acomodamos en el asiento trasero y, en cuanto nos abrochamos los cinturones, el coche comenzó a avanzar con suavidad.

—No tengo ni idea de adónde vamos —admití, mirándolo de reojo—. Y te agradezco mucho todo esto, de verdad, pero no hacía falta llegar a tanto.

Cosimo hizo un gesto con la mano.

—No es tanto.

—Has venido por negocios y, de paso, me has traído. Que no estoy haciéndolo de menos —me corregí con rapidez—. Lo que quiero decir es que podía haberme quedado en la mansión y…

—¿Crees que te he traído por pena? —preguntó, ladeando la cabeza para mirarme.

—No, bueno, yo…

La verdad es que no sabía muy bien qué creer.

—Yo no hago nada que no quiera hacer, *cerbiatta*. Y confía en mí: la pena no es algo que me mueva lo más mínimo. Te he traído porque Nueva York es el mejor lugar para pasar la Nochevieja. He aprovechado que estaba aquí para cerrar unos negocios, pero esta noche seré todo tuyo.

Todo mío. Eso sonaba demasiado bien.

—No quería reclamarte nada. Lo siento si lo ha parecido.

Él acercó su cabeza a mi oreja.

—¿Te has puesto la ropa interior que te he regalado?

—Cosimo —dije, señalando al conductor, que, aunque estaba atento a la carretera, podía oírnos perfectamente.

—Eso no responde a mi pregunta, *cerbiatta*.

Su lengua rozó el lóbulo de mi oreja, consiguiendo que me olvidara por completo de todo lo que me rodeaba. Del conductor, de que podía escucharnos, e incluso de que estábamos en Nueva York.

—Sí —reconocí, tragando saliva.

—Entonces, estás perdonada.

Cosimo atrapó el lóbulo de mi oreja entre los dientes y tiró de él antes de soltarlo, para luego volver a enderezarse en su asiento con suficiencia.

Menos de quince minutos después, nos detuvimos frente a otro edificio imponente; un rascacielos que parecía interminable, como todos los de esa ciudad.

Subimos en ascensor hasta el último piso.

Un portero nos abrió la puerta y, nada más entrar, comprendí por qué Cosimo me había traído allí. El lugar estaba en lo alto del edificio, con ventanales enormes que envolvían toda la sala. La iluminación era cálida, tenue, elegante. Mesas perfectamente vestidas con manteles blancos, copas de cristal fino y velas encendidas que titilaban suavemente. Y más allá del cristal… Times Square.

El corazón de la ciudad se extendía ante nosotros. Pantallas gigantes encendidas, colores en constante movimiento, miles de personas comenzando a reunirse abajo, formando una marea humana que crecía a medida que avanzaba la noche, esperando a que fueran las doce.

Un camarero nos guio hasta una mesa apartada, situada junto al ventanal, ligeramente separada del resto. Retiró la silla para que me sentara y, cuando lo hice, no pude evitar volver la vista hacia el exterior.

—Es impresionante.

—Sabía que te gustaría —respondió Cosimo, guiñándome un ojo mientras se sentaba frente a mí.

El camarero regresó con una bandeja amplia y la colocó sobre la mesa. Otro empleado apareció casi al mismo tiempo, sirviendo las copas con un vino blanco frío que desprendía un aroma suave y afrutado.

—Nuestro menú de Nochevieja comenzará con una selección de entrantes —explicó el camarero con la mirada fija en sus manos. Por alguna razón, no era capaz de alzar la vista.

Colocó frente a nosotros cuatro pequeños platos perfectamente presentados que tenían una pinta impresionante, pero no tenía ni idea de qué era ninguno de ellos.

Cuando los camareros se alejaron, estiré la mano y me decanté por una cucharilla de porcelana. No tenía ni idea de lo que era. Algo suave, fresco, con un sabor que no supe describir, pero que encajaba perfectamente con todo lo demás. Era ligero, pero intenso al mismo tiempo, y se deshizo en mi lengua con facilidad.

Estaba buenísimo. Podría pasarme todo el día comiendo cientos de esas porciones y no cansarme.

—Es un menú cerrado —me explicó Cosimo, dándole un sorbo a su copa de vino—. Pero si quieres algo especial, puedo pedírselo al chef.

—Cosimo, ni aunque quisiera, sabría qué pedir. —Me reí, porque aquello era absurdo—. No necesito nada más. Gracias.

—Vamos, prueba la vieira —me animó—. Es uno de mis entrantes favoritos.

Cogí el tenedor y partí un trozo pequeño para llevármelo a la boca. La textura era distinta a todo lo que había probado antes, pero definitivamente Cosimo tenía buen gusto, porque estaba espectacular.

—¿Sueles venir a menudo?

—¿En Nochevieja? Es mi primer año.

—¿Y a Nueva York?

—He venido bastantes veces por negocios, pero no es mi ciudad favorita. Demasiado ruidosa y caótica.

—Eso suena como algo que te encantaría.

Cosimo dejó el tenedor sobre su plato y me miró con una sonrisa.

—Me gusta el caos, pero cuando lo creo yo.

—¿A qué te dedicas? —pregunté repentinamente, dándome cuenta de que no sabía a qué se dedicaba. En realidad, apenas sabía nada de Cosimo.

Él no me respondió al momento, sino que me observó durante unos instantes, como si buscara algo en mi rostro. Después partió una porción de vieira y se la llevó a la boca.

—Digamos que llevo el legado familiar.

Estreché los ojos.

—¿Y eso es...?

—Empresas familiares.

—Así que eres empresario —dije, aunque era algo que ya sabía, pero él no me estaba dando más detalles de sus empresas y, en realidad, a mí no me importaba; solo quería conocerlo mejor.

—Entre otras cosas. —Cosimo me dio una sonrisa—. Aunque no me gusta catalogarme en una sola profesión, ¿sabes? Me considero un hombre polifacético. —Me guiñó un ojo, como si fuese una broma privada que no entendí—. ¿Y tú, Quinn? Ahora estás trabajando para mí, pero imagino que no es el trabajo de tu vida.

Suspiré, hundiendo los hombros e hice una pequeña pausa cuando el camarero se llevó nuestros platos vacíos.

—No, no lo es —reconocí—. Pero, si te soy sincera, no tengo muy claro qué hacer. Siempre quise ir a la universidad. Pero las cosas se torcieron un poco en casa y tuve que empezar a trabajar.

Desgraciadamente, los sueños estaban hechos para gente como Cosimo. A veces, la gente como yo tenía que conformarse con lo que la vida le daba.

—En Chicago hay buenas universidades. ¿Por qué no les echas un vistazo?

Le sonreí, porque su intención era buena, pero negué con la cabeza.

—No creo que eso sea posible.

¿Para qué iba a ir? ¿Para ilusionarme con una vida que nunca iba a tener? Además, tarde o temprano me iría de la casa de Cosimo, huiría de Chicago y comenzaría de cero en otro lado. Era algo temporal.

No sabía si algún día podría asentarme en un lugar. Si algún día podría dejar de huir.

Cosimo me observó en silencio. Pude ver que no estaba de acuerdo con mis palabras, y también vi determinación en su mirada,

pero no insistió más.

Descubrí que Cosimo era de los que ganaban en las distancias cortas. No hablábamos de nada importante, nada personal. Ni pasado, ni familia, ni preguntas incómodas. Solo comentarios absurdos sobre la comida, observaciones al azar sobre la gente que se veía desde el ventanal. Cosas… normales.

Y quizá por eso me sentía tan cómoda.

Por primera vez en mucho tiempo no estaba midiendo cada palabra, ni esperando que algo saliera mal, ni recordando de dónde venía o por qué estaba allí. Cosimo había conseguido transportarme a una especie de burbuja en la que nada más que él y yo existíamos. Estaba desconectada.

No me di cuenta de que se acercaba la medianoche hasta que las luces de Times Square comenzaron a intensificarse. Las pantallas gigantes cambiaron de imagen, mostrando la cuenta atrás. La multitud que se agolpaba abajo era ya un mar compacto de gente mirando hacia lo alto.

El camarero apareció con dos copas de champán y las dejó frente a nosotros para retirarse un segundo después.

Miré hacia el ventanal.

10…

9…

La ciudad entera parecía contener la respiración.

8…

7…

Cosimo alzó su copa.

6…

5…

El reflejo de las luces danzaba en el cristal, mezclándose con el dorado del champán.

4…

3…

Sentí algo extraño en el pecho. Más bien la sensación de estar en el lugar correcto, en el momento menos esperado.

2…

1…

Un estallido de gritos, confeti y luz inundó Times Square.

Feliz Año Nuevo.

Las pantallas brillaron, la gente saltaba abajo y los primeros fuegos artificiales comenzaron a reflejarse entre los edificios.

Choqué mi copa con la de Cosimo.

—Feliz Año —murmuré.

Cosimo se levantó, agarrando mi mano y levantándome también. Me rodeó la cintura con su brazo y su boca se unió a la mía.

El beso fue muy diferente a otros que nos habíamos dado. No había urgencia ni era la antesala de nada más; era, simplemente, un beso. Uno de esos que se dan dos personas que se quieren. Pero nosotros no nos queríamos. Ni siquiera éramos pareja. En realidad, ni siquiera sabía qué éramos.

Me quedé suspendida en ese instante, con el sabor del champán aún en los labios y el estruendo de Nueva York de fondo, preguntándome en qué momento las líneas entre nosotros se habían vuelto tan borrosas. Y si realmente era cierto que yo no lo quería. Porque lo cierto era que nunca había sentido nada como lo que él me hacía sentir.

—Feliz Año Nuevo, *cerbiatta* —me dijo cuando el beso se rompió.

A nuestro alrededor, Times Square estallaba en luces, gritos y confeti. La ciudad entera celebraba el comienzo de algo nuevo.

Sentí que, tal vez, yo también podía empezar de cero; que quizá no necesitaba escapar y que mi futuro podía estar allí, con él. O tal vez no, pero iba a vivir el presente. Y mi presente era ese hombre que me miraba fijamente, el hombre que había hecho que esta Nochevieja fuera especial para mí.

Y yo iba a mejorarla aún más.

—Regresemos al hotel —le pedí.

—Podemos ir a tomar algo primero, si quieres.

Me acerqué a su oído, acortando cualquier distancia.

—Lo que quiero es mostrarte lo bien que queda la ropa interior que me has regalado esparcida por el suelo de la habitación.

Los ojos de Cosimo se oscurecieron.

—Al final, las fiestas navideñas van a ser mi época favorita del año —dijo, a la vez que pasaba una mano por mi cintura y me guiaba fuera del restaurante.

CAPÍTULO 18

Cosimo

—¿Has reservado otra suite también para ti? —le pregunté cuando entramos en su habitación.

Era idéntica a la mía. De hecho, estaban pared con pared.

—He reservado las dos para nosotros.

—Eso no tiene sentido.

—Claro que lo tiene.

Entorné los ojos.

—Los ricos y vuestras excentricidades.

—No es una excentricidad, *cerbiatta*. Son dos habitaciones diferentes en las que poder follar.

Solté una carcajada. Aunque pensaba que estaba bromeando, no había ni rastro de humor en su rostro; solo puro deseo.

Así era Cosimo: no tenía filtro. Y estaba empezando a acostumbrarme a esa intensidad cruda.

—¿Así que una habitación de hotel en Nochevieja sí te parece el lugar adecuado para tener sexo?

—Para follar —me corrigió con una sonrisa traviesa—. Cualquier lugar me parece adecuado para follarte, pero hasta hoy no estabas preparada, aunque dijeras lo contrario.

—¿Y qué hay en mi cara que te hace pensar eso?

—Nada en tu cara, *cerbiatta*. Es tu coño el que habla por ti.

Enarqué una ceja, desafiante.

—No sabes cómo...

Antes de que pudiera terminar la frase, me levantó en vilo y me sentó sobre el escritorio de caoba. Sus manos no perdieron el tiempo: subió mi vestido de un tirón y empezó a jugar con el dobladillo de mis bragas hasta que deslizó un dedo en mi interior.

Lo sacó con lentitud y me lo enseñó, humedecido y brillante bajo las luces de la suite.

—Mojada y preparada para mí —sentenció.

Se metió el dedo en la boca, succionándolo sin apartar la vista de la mía. Aquel gesto cargado de posesión solo provocó una punzada de deseo tan fuerte que me hizo temblar.

No me dio tiempo a recuperarme. Deslizó mis bragas por mis muslos hasta tirarlas al suelo y luego me ayudó a ponerme en pie. Aunque mis rodillas flaqueaban, me mantuve firme frente a él. Me desabrochó el vestido con un cuidado casi irritante, dejando que la tela resbalara por mi cuerpo hasta quedar en el suelo. El sujetador no tardó en seguir el mismo camino.

Me quedé desnuda mientras Cosimo seguía completamente vestido, observándome con una voracidad que me quemaba la piel. Pero no me sentía vulnerable. Al contrario, me sentía poderosa al ver el efecto que mi cuerpo provocaba en él. Era algo que no solo se reflejaba en la tensión de su mandíbula o en su mirada oscura, sino en su propia anatomía; su longitud luchaba por liberarse contra la tela de sus pantalones, marcándose con una evidencia que me hizo sonreír internamente.

—¿Te gusta lo que ves? —lo desafié, disfrutando de su falta de aire.

—No tienes ni puta idea de cuánto.

—Yo también quiero verte desnudo.

—Ya me has visto desnudo.

—Me refiero a que quiero verte ahora —insistí, dando un paso hacia él y colocando mis manos sobre su corbata—. Sin prisas, sin que seas tú el que marque el ritmo. Quiero ver cómo pierdes el control por mí.

Cosimo soltó un gruñido bajo que vibró en su garganta. No me dejó terminar; me rodeó la cintura y me levantó con facilidad, haciendo que, por puro reflejo, mis piernas se enredaran alrededor de su cadera.

—Ten cuidado con lo que pides, *cerbiatta* —me advirtió con sus labios sobre mi cuello mientras me llevaba hacia la cama—, porque no pienso contenerme.

—Y yo no quiero que te contengas. No soy una virgen ingenua. He tenido sexo antes y…

—No se te ocurra contarme lo que has hecho con otros tíos —me cortó él, y por un segundo, su voz fue tan fría que me heló la sangre.

—No iba a hacerlo, no es el momento adecuado.

—No lo es nunca. Si quieres que sigan vivos, claro.

Puse los ojos en blanco, soltando una risita nerviosa.

—Mira que eres exagerado, Cosimo. Menudo drama.

Él me miró fijamente, con una intensidad oscura que no supe descifrar. Por un instante pareció que iba a decir algo más, algo serio, pero acabó por esbozar una sonrisa ladeada.

Me soltó sobre las sábanas y, antes de que pudiera recuperar el aliento, se deshizo de toda su ropa con tanta rapidez que, por un segundo, me pregunté si era uno de esos superhéroes de las películas. Pero Cosimo no era un héroe, ni pretendía serlo.

Se cernió sobre mí, cubriendo mi cuerpo con el suyo. El contraste de su piel cálida contra la mía me hizo soltar un gemido que él ahogó de inmediato con un beso profundo, posesivo. Sus manos, firmes y expertas, no perdieron el tiempo: descendieron por mis costados hasta mis muslos, atrayéndome más hacia él, eliminando cualquier espacio que pudiera quedar entre nosotros.

Sentí su peso, su fuerza y ese aroma suyo que me nublaba el juicio. Me arqueé instintivamente cuando su boca descendió a mi cuello, dejando un rastro de besos ardientes que me hicieron perder el control de mis propios sentidos.

—Joder, *cerbiatta*. Me vuelves jodidamente loco.

—Tú también a mí.

Él esbozó una sonrisa y, para mi sorpresa, se levantó de la cama.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—A coger un preservativo —respondió—. ¿O es que te apetece que tengamos hijos? —preguntó con una sonrisa ligera.

Dios, ni lo había pensado. No tomaba ningún anticonceptivo, por lo que era un riesgo real. Era demasiado joven para eso, y más en la situación en la que me encontraba. Y entonces sentí un nudo en la garganta. Siempre había ansiado tener una familia. Marido e hijos. ¿Pero sería posible ahora para mí? Lo dudaba mucho.

Había perdido la oportunidad de establecerme, de construir algo que durara. Ahora mi vida consistía en seguir adelante sin echar raíces, en aprender a marcharme antes de que las cosas dolieran demasiado.

La tristeza se instaló en mi pecho al recordar que lo mío con Cosimo también tenía fecha de caducidad. Era algo inevitable, algo pasajero. Tarde o temprano tendría que irme, desaparecer otra vez y empezar desde cero en algún lugar nuevo. Siempre lo había sabido. Y, aun así, cada vez me costaba más aceptarlo. Cada día que pasaba a su lado hacía más difícil imaginar el momento en que tendría que dejarlo atrás.

—¿Qué pasa, *cerbiatta*? ¿Es demasiado para ti? —preguntó Cosimo. Se había vuelto a colocar sobre mí, sujetando su peso con los brazos—. No tenemos por qué hacerlo si no estás segura.

Negué con la cabeza.

Porque lo último que quería en ese momento era parar. Puede que ellos me hubieran arrebatado muchas cosas —la sensación de estabilidad, la posibilidad de construir algo que durara—, pero no iba a permitir que también me quitaran el poder formar recuerdos que pudieran permanecer en mi cabeza. Si el tiempo que tenía era limitado, al menos quería llenarlo de algo que valiera la pena recordar.

Bajé la mirada y vi que ya se había puesto el preservativo.

—¿No te importaría parar? —Me mordí el labio inferior, divertida —. Pareces muy preparado.

—Claro que me importaría —admitió—. No soy la clase de hombre que va a mentirte diciendo que le parece bien quedarme a medias. Pero no he mentido al decirte que solo quiero hacerlo si lo deseas tanto como yo. Lo superaré, no te preocupes por mí.

Le rodeé los hombros con los brazos, atrayéndolo de nuevo hacia mi pecho.

—Por suerte no tienes que superar nada, porque lo deseo ahora. Mucho.

No necesitó que se lo dijera dos veces. Cosimo entró en mi interior en un empuje lento y firme que me arrancó un gemido agudo, obligándome a clavar las uñas en su espalda. Cerré los ojos,

concentrada en la sensación de plenitud y en el calor que irradiaba su cuerpo contra el mío.

Había pasado mucho tiempo desde que había tenido relaciones sexuales, pero aun así supe desde el principio que esa sería diferente, que borraría todas las anteriores. Y que estropearía cualquier relación sexual futura, porque ninguna sería tan buena como esa.

Él empezó a moverse con un ritmo pausado, pero implacable, marcando cada embestida con una exhalación ronca contra mi oído. Mis jadeos se mezclaron con el sonido de nuestras pieles chocando y el eco de su respiración agitada.

—Mírame —me pidió con voz quebrada por el esfuerzo.

Abrí los ojos y lo encontré observándome con una intensidad que me hizo temblar. Ver su rostro perdiendo el control, sus facciones tensas por el placer, me empujó al límite.

El ritmo se volvió más rápido, más urgente. El roce de nuestras pieles sudorosas generaba un calor que parecía competir con la calefacción de la suite. Sus manos descendieron desde mis hombros hasta mis caderas, hundiéndose en mi piel para anclarme a él, para asegurarse de que no me escapara de la tormenta que estaba desatando. Cada una de sus embestidas era más profunda, más exigente, y yo respondía arqueándome contra él, buscando fundirme en su pecho.

El mundo se redujo a ese vaivén frenético de sensaciones. Mis oídos solo registraban el eco de su respiración entrecortada y mis propios gemidos, que se volvían más agudos con cada roce. Sentía la fricción, el pulso latiendo en los lugares donde nuestros cuerpos se unían y ese vértigo que te avisa que el final está cerca, pero que quieres retener un segundo más. Cosimo hundió su rostro en el hueco de mi cuello, su aliento quemándome la piel mientras soltaba palabras roncas que no lograba descifrar, pero que hacían que mis músculos se tensaran aún más.

De repente, la tensión estalló. Una marea de placer me recorrió de pies a cabeza, haciéndome perder el sentido de dónde terminaba yo y dónde empezaba él. Clavé los dedos en sus antebrazos, buscando algo a lo que aferrarme mientras el universo se contraía.

Cosimo soltó un gruñido profundo, gutural, y se tensó sobre mí con una última sacudida que nos dejó a ambos vacíos, suspendidos en un silencio absoluto que solo rompía el latido desbocado de nuestros corazones.

Cuando recuperó el aliento, Cosimo se separó de mí y se tumbó a mi lado.

—Madre mía —susurré, ladeando la cabeza para mirarle—. Ha sido…

—Algo que vamos a repetir en cuanto te recuperes —respondió él, con la voz todavía ronca.

—¿En cuanto me recupere yo? —pregunté con una sonrisa incrédula—. ¿No será al revés?

—No, *cerbiatta* —dijo, poniéndose de lado para quedar frente a mí y dándome un beso juguetón en la punta de la nariz—. Mi polla está lista para un nuevo asalto ahora mismo.

—Acabas de correrte. Eso es… —dije, pero al bajar la cabeza y mirar su longitud me interrumpí, porque tenía razón—. ¿Por Dios, tomas viagra o algo así?

Él soltó una pequeña carcajada y me rodeó la cintura con su brazo, acercándome a su pecho. Coloqué la cabeza en él.

—Eres tú, *cerbiatta*. Eres mi viagra, mi droga.

Sonreí.

—Yo voy a necesitar unos minutos —reconocí. Jugueteé con uno de los mechones de mi pelo—. Gracias por esta noche, ha sido fantástica, pero ha tenido que ser carísimo.

—Es solo dinero.

—Pero podías haberlo usado en algo mejor, en ayudar a la gente que lo necesite.

—¿Y había alguien más necesitado que yo?

Levanté la mirada para mirarlo a los ojos.

—¿Necesitado?

—Sí, necesitado de ti. —Me reí y le di un golpecito en el hombro —. Verte disfrutar con la ciudad y la cena merece cualquier gasto de dinero.

Me sonrojé y me moví para ponerme encima de él.

—Gracias, Cosimo. Ha sido una noche maravillosa.

Le di un beso en los labios.

—Aunque es cierto que la recompensa de poder follarte también la he disfrutado.

Le di un golpe en el hombro.

—Tenías que fastidiarlo, eh.

—Ese es mi signo.

—Yo también he disfrutado de todo lo de esta noche. Aunque sigo pensando que el dinero sirve también para ayudar a…

Él me dio un cachete en el culo para acallarme.

—Si quieres que done parte de mi dinero a alguna ONG, podemos hablarlo en el avión de regreso, pero ahora tengo algo mucho más interesante en mente —dijo mientras me giraba para colocarse de nuevo sobre mí.

Su boca bajó directamente hacia mi cuello, dejando un rastro de besos ardientes que me hicieron arquear la espalda. Sus manos no se quedaron quietas; subieron con una lentitud tortuosa hasta mis pechos, rodeándolos con una firmeza que me hizo soltar un gemido ahogado. Me encantaba la forma en que sus pulgares rozaban la punta de mis senos, despertando una corriente eléctrica que bajaba directa hacia mi vientre.

Bajó un poco más, marcando cada centímetro de mi piel con su lengua, desde el esternón hasta el ombligo, mientras sus dedos seguían jugando conmigo, alternando caricias suaves con apretones que me dejaban sin aliento. Cuando sus labios llegaron finalmente a mi sexo, cualquier pensamiento sobre la caridad o el dinero se evaporó de mi mente. Solo existía la presión de su boca, el calor de sus manos sujetando mis muslos y esa urgencia que amenazaba con hacerme estallar de nuevo.

Sí, definitivamente podíamos hablar de caridad en el avión.

Aunque lo cierto es que no hablamos de ello en el viaje de vuelta a Chicago al día siguiente. En realidad, no hablamos de nada; simplemente le dimos un excelente uso a la habitación del *jet* privado durante todo el trayecto.

CAPÍTULO 19

Quinn

Las últimas tres semanas pasaron como en una nube.

Desde que llegamos de Nueva York, mi vida se había convertido en una rutina agradable. A pesar de que no me alegraba de que Alessandra se hubiera quedado sin trabajo, el ambiente sin ella era más tranquilo. No tenía que soportar sus miradas de superioridad ni tener que hacer su parte porque siempre se escaqueaba de todo lo que podía.

Y además, como Bruna aún no había encontrado a una sustituta para Alessandra, Georgina la estaba sustituyendo temporalmente, y me gustaba tenerla allí.

Y mi tiempo libre... Bueno, se reducía a Cosimo. Dormíamos juntos casi todas las noches; también hacíamos planes como ver películas y documentales de *true crime* —a los que era tan aficionado como yo—. Me gustaba pasar tiempo con él. Podíamos hablar de cualquier tema sin esfuerzo; a veces era él quien hablaba, contándome historias de los lugares a los que había viajado. Cosimo había conocido medio mundo.

Empecé a acostumbrarme a él, a su particular sentido del humor y a la forma en la que invadía mi espacio sin pedir permiso. Cada día que pasaba, me sentía más cómoda a su lado, y aunque sabía que en algún momento tendría que irme, era algo en lo que no quería pensar.

Porque me gustaba Cosimo. Me gustaba mucho.

Y estaba tan distraída pensando en él que casi choqué con alguien en mitad del pasillo.

—Perdón.

El hombre hizo un leve gesto con la barbilla a modo de respuesta. Lo reconocí al instante: era uno de los hombres de seguridad de Cosimo, el de la ceja partida por una cicatriz. Se

dispuso a seguir caminando, pero algo me hizo hablar antes de pensarlo demasiado.

—Espera —dije, deteniéndolo—. ¿Cómo te llamas?

El chico me miró como si no entendiera aquella pregunta, pero me respondió.

—Romeo.

—Yo soy Quinn.

—Lo sé.

—No nos habíamos presentado personalmente. Ambos trabajamos para Cosimo —incluso había venido al viaje a Nueva York aunque no habíamos cruzado ni una palabra—, y no sabía tu nombre.

—Yo no trabajo para Cosimo —me corrigió como si acabara de cometer un pecado—. Yo soy parte de su familia.

—¿También eres primo suyo o algo así?

Romeo arrugó el ceño, y por primera vez, vi una emoción en su rostro: confusión. Pero no dijo nada más, se dio la vuelta y se alejó sin despedirse, dejándome plantada en medio del pasillo.

—¡Tía! —Georgina se acercó a mí con una sonrisa—. ¿Qué tal?

Miré el pasillo por el que se había marchado Romeo.

—Bien, supongo.

—¿Hoy a la noche te apetece hacer algo?

—¿Algo?

—Algo como salir. —Georgina hizo un movimiento con sus manos—. Ya sabes, tomar algo y bailar un poco.

—No, gracias.

—Vamos, Quinn. —Georgina dio un paso hacia mí y agarró mis manos—. Hoy es viernes.

—Te lo agradezco, Georgina. Pero no me va mucho la fiesta.

En un pasado sí me había gustado. No tanto salir de fiesta, pero sí reunirme con mis amigos en algún sótano o algún parque y tomar cervezas a escondidas de nuestros padres. Aunque la verdad es que tampoco había tenido tiempo para eso.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Quedarte en casa leyendo un libro?

—En realidad, eso suena como un buen plan.

No le había contado mi relación con Cosimo; en realidad, no se la había contado a nadie. No porque fuese algo prohibido, o tal vez sí lo era, la realidad es que ni siquiera había pensado en qué éramos. Y tampoco me importaba, estaba dejándome llevar, algo que no había hecho nunca. Era nuevo para mí, pero también gratificante.

Cosimo me había dicho que esa noche no estaba seguro de si vendría a casa. Algunas noches eran así: sus negocios lo retenían en la oficina. Él no hablaba mucho del trabajo, y yo no le había preguntado. Así que, en realidad, leer un libro era mi único plan. Un plan que siempre era bueno.

Georgina soltó mis manos e hizo un mohín.

—Venga, no seas sosa. Que nunca hemos hecho nada juntas.

Mordí mi labio inferior, pensativa. Georgina me caía muy bien; en las últimas tres semanas habíamos pasado mucho tiempo juntas y le había cogido mucho cariño. Era una buena chica, que me había recibido con los brazos abiertos y siempre estaba dispuesta a ayudarme cuando lo necesitaba.

La realidad era que desde que llegué a Chicago apenas había salido de la mansión. Y en esas últimas tres semanas, menos aún. Todos los planes que había hecho con Cosimo se reducían a esas cuatro paredes, y pese a que estaba encantada, me vendría bien despejarme un poco.

—Bueno, vale.

Georgina pegó saltitos.

—¡Nos lo vamos a pasar tan bien, Quinn!

—Pero no tengo nada que ponerme.

—No te preocupes, yo te puedo dejar algo. —Me guiñó un ojo.

—Nada demasiado atrevido —le dije, ya que no quería llamar demasiado la atención.

—Eres preciosa, no necesitas llamar la atención. Después del trabajo paso por casa, pillo la ropa y nos cambiamos aquí. Tengo intención de beber, así que podemos coger un taxi.

—Vale —respondí, y Georgina me dio un abrazo rápido—. Nos lo vamos a pasar genial —me aseguró con una sonrisa—. Con suerte

conoceremos dos chicos guapos que nos hagan la noche aún más llevadera.

Hice un gesto con la mano.

—Nada de chicos para mí.

—¿Chicas entonces?

—Nada de nada.

Ella me miró unos instantes, abrió la boca para decir algo, pero en el último momento decidió no hacerlo.

—Ya cambiarás de idea —me prometió, guiñándome un ojo antes de darse la vuelta y desaparecer por el pasillo.

No, no iba a cambiar de idea. Porque el único hombre en el que podía pensar, en el que quería pensar, era Cosimo Romano.

Me planteé usar el móvil que Cosimo me había regalado en cuanto regresamos de Nueva York para avisarle, pero lo descarté. Por alguna razón que no llegaba a comprender del todo, tenía el amargo presentimiento de que no le gustaría. Cosimo era un verdadero encanto conmigo; me trataba como una princesa, se preocupaba por mí mucho más de lo que debería, y hasta tenía la sensación de que quemaría el mundo entero por mí si así se lo pidiera.

Y esa sensación era la que me detenía a abrir la conversación que tenía con él y avisarle de mis planes de aquella noche. Porque, aunque me hacía sentirme especial, y aunque me encantaba su intensidad, había algo oscuro en ella.

—¿Vas a quedarte todo el rato ahí sin moverte? —La voz aguda de Bruna me devolvió a la realidad.

Me di la vuelta para mirarla. Estaba en medio del pasillo, con los brazos en jarras, pero a pesar de su fingido ceño fruncido, podía ver el atisbo de sonrisa en sus labios.

—Esta noche voy a salir con Georgina de fiesta —le solté repentinamente—. ¿Crees que hago bien?

Si a Bruna le sorprendió mi pregunta, no lo expresó. Dejó caer sus brazos a cada lado de sus caderas y la sonrisa en su rostro fue sustituida por una mueca seria. No me respondió de inmediato, sino que se tomó unos minutos.

—Creo que es bueno que te diviertas como las chicas de tu edad. —Sus palabras sonaron cautelosas.

Asentí.

—Lo cierto es que yo tengo una vida diferente a las chicas de mi edad.

—Y esa es la razón por la que deberías salir. Necesitas salir de estas paredes, juntarte con chicas como Georgina, que están fuera de... —Bruna se detuvo de repente—. Georgina es una buena chica. Me alegro de que os hayáis hecho amigas. Ella va a ser muy buena para ti.

—Yo también —respondí, y sentí que el teléfono móvil que llevaba en el bolsillo del pantalón pesaba más de lo normal. Quería llamar a Amy, a mi mejor amiga, pero no podía hacerlo. No era seguro para ella.

—Entonces ya está decidido. —Bruna esbozó una sonrisa que, por alguna razón, no acabó de llegar del todo a sus ojos. Bruna no era una mujer que sonriese a menudo, pero cada vez que lo hacía eran sonrisas reales. Por alguna razón, no lo acabé de sentir del todo así con aquella—. Sal y diviértete, pero esta noche. Ahora ve a limpiar la biblioteca.

—Sí, general. —Hice un gesto con mi mano.

Bruna negó con la cabeza con un falso bufido de enfado y yo me reí mientras iba hacia la biblioteca.

Me vendría muy bien salir y despejarme. Iba a ser una noche especial.

No tenía la menor idea de cuánto, y no para bien.

CAPÍTULO 20

Cosimo

—En Italia las reuniones de la comisión se hacen en un almacén del puerto o en una nave abandonada —musitó Gian, sin apartar la vista del parabrisas, observando la finca inmensa que se encontraba ante nosotros.

—En Chicago no somos tan cutres —respondí con una media sonrisa mientras me desabrochaba el cinturón—. Constantino Lucchese lleva años ofreciendo su casa en Geneva. Bueno, lo cierto es que el interior de la casa está vetado; lo que ofrece es la bodega.

Gian puso los ojos en blanco.

—Vamos, que nos hace conducir más de una hora para fardar de casa. Porque una bodega no puede ser muy diferente a un almacén.

Solté una carcajada.

—Eso es porque no has visto las suyas. Además, estamos a las afueras; no hay nada en kilómetros. Es más fácil de vigilar, algo que deberías agradecer.

Gian no contestó. Él mismo se había encargado de organizar nuestra seguridad.

—Debería entrar contigo —insistió—. Los Mancini no se lo van a tomar bien.

—Seguro que no —dije mientras recogía la carpeta del suelo del coche—. Pero solo permiten dos personas por familia. Si no traía a mi tío, tendría que explicárselo todo después, y prefiero verlo lo menos posible.

Gian entrecerró los ojos.

—Lo que quieres es verle la cara para saber si tuvo algo que ver.

Negué con la cabeza.

—Es un imbécil, pero no es como mi padre. Él quería a mi hermana; jamás habría permitido que mi padre hiciera lo que hizo. Y cuidaría de Siena... si supiera que existe.

—Aun así...

—Tienes razón en algo: quiero ver su cara —lo interrumpí—. Pero no para pillarle, sino para disfrutar de su expresión de idiota cuando se dé cuenta de que, siendo el hermano de mi padre y su segundo, no se enteraba de nada.

Gian sofocó un suspiro mientras se frotaba la cara con las manos.

—Sal vivo —dijo cuando abrí la puerta del coche.

—No permiten meter armas. Y soy bueno peleando.

—Cosimo —advirtió.

—Deja de preocuparte, no tengo intención de morir. ¿Qué sentido tendría reclamar la custodia de mi hermana si voy a estar muerto?

A pesar de que me había girado para bajar del coche y no podía ver su cara, estaba convencido de que Gian estaba poniendo los ojos en blanco.

No. No iba a morir ese día ni ninguno cercano. A pesar de que, a una edad demasiado temprana, había aprendido a convivir con la muerte; cuando te criabas en la mafia, morir joven era una posibilidad probable, y más para hombres tan temerarios como yo. Era un riesgo que había asumido, pero ahora tenía dos buenas razones para tener cuidado: mi sobrina Siena y Quinn.

Caminé hacia la entrada de la bodega, que era una estructura de piedra. Dos hombres, con el rostro inexpresivo y los hombros anchos, me cortaron el paso. No dijeron nada; simplemente señalaron una bandeja de terciopelo.

Saqué el móvil y la Beretta, dejando que el metal golpeara la bandeja con un sonido seco. Me cachearon con rapidez, algo bastante molesto, pero era parte del protocolo. Bajé las escaleras y, frente a una puerta de metal, había otros cinco hombres. Cada uno de ellos pertenecía a una de las familias que nos reuníamos allí. Miré a mi hombre y este me respondió con un asentimiento de cabeza.

Ya estaban todos allí. Había llegado el último completamente adrede.

De toda la vida, las superestrellas llegaban tarde.

Uno de los hombres desbloqueó la pesada puerta de acero. No volvería a abrirse hasta que uno de nosotros diera la señal desde dentro. Eran normas antiguas, heredadas de nuestros ascendientes italianos, aunque, como bien había dicho Gian, en Chicago las habíamos moldeado a nuestro antojo.

Al cruzar el umbral, el silencio de la bodega me golpeó con más fuerza que el frío del sótano. La estancia era amplia, iluminada por luces cálidas ocultas entre las vigas de madera noble. Lucchese no había escatimado en gastos: sofás de cuero oscuro, una alfombra que amortiguaba mis pasos y botellas de vino que costaban dinerales.

—¿Os estabais aburriendo? —pregunté, rompiendo el silencio.

—Nos hemos callado al escuchar la puerta —respondió Constantino Lucchese. Estaba sentado en uno de los sofás junto a su hijo mayor, Marcello—. Queríamos darte la bienvenida de un rey, que es lo que pareces buscar llegando tan tarde.

Sentí las miradas de los otros don clavadas en mí.

—Tendrá sus razones para llegar tarde —intervino mi tío, que se encontraba sentado en uno de los sofás.

Mi tío no soportaba la impuntualidad. Durante mis veinticuatro años de vida no recordaba ni una sola vez que hubiera llegado tarde ni un solo minuto. Y menos en una reunión tan importante como aquella. Encima, estaba cabreado conmigo porque me había negado a ir hasta allí en el mismo coche que él. Pero era su don, y defenderme delante de las demás familias era su papel. Así era mi tío, un cansino complicado de soportar, pero era leal a su familia. Aunque le costara la muerte.

—La verdad es que no las tengo, tío —reconocí, no sintiendo ni una punzada de culpabilidad por ponérselo tan difícil—. He llegado tarde adrede.

Mi tío entrecerró ligeramente los ojos y pude ver cómo su rostro comenzaba a enrojecerse de la rabia, pero mantuvo la compostura demasiado bien. Aunque no pude observarlo demasiado, ya que una

carcajada seca hizo que girase la cabeza hacia Valerio Vespucci. Su primo Fausto se encontraba de pie, a su lado.

—Entiendo que tu hermano no ha podido venir, ¿pero tu padre?

Valerio era el hijo pequeño de los Vespucci, una familia de la mafia italiana de Chicago. No tan poderosa como la mía, pero tenían el suficiente poder como para tener el privilegio de estar en aquella reunión. Su hermano mayor, Alessandro, murió hacía unos pocos meses. Los rumores decían que había sido el mismo Valerio quien terminó con su vida cuando Alessandro intentó matar a Glenda, mi exprometida. Al parecer, Valerio decidió aprovechar aquella oportunidad para quitarse al inútil de su hermano de en medio y, en un futuro, poder ser él quien gobernara.

No necesité mirarlo dos veces para saber que esos rumores eran ciertos.

—Mi padre está enfermo y me ha enviado a mí —me respondió Valerio.

Como también supe con total certeza que, dentro de poco, habría un don aún más joven que yo liderando una familia de la mafia.

—Riccardo me llamó hace dos días para avisarme de que no podría venir y que, en su lugar, acudiría su hijo —aclaró Constantino —. No creí necesario decirte nada.

Por supuesto que no lo creyó. Aunque había sido yo quien convocó aquella reunión, apenas era un don joven que no llevaba ni tres meses al frente de mi familia. Para un don respetado como Constantino Lucchese, que llevaba más de cuarenta años ejerciendo el poder, avisarme de los cambios era un privilegio que debía ganarme. Y lo haría. Que no le quedara la menor duda.

—¿Vamos a empezar o no? —resopló Genaro Barone, que ocupaba otro de los sofás junto a su hijo Ottavio.

Era un crío; no estaba seguro de si tenía ya dieciocho años. Seguramente, no. Pero ya era un hombre de honor y era el único requisito para poder asistir.

El joven miraba a todos serio. Y, aunque por su edad podía parecer algo inofensivo, podía ver en su mirada que había que tener cuidado con él.

—Lo que yo me pregunto es —dijo una voz que provocó que girase la cabeza hacia la zona de los barriles, donde un hombre se encontraba con la espalda apoyada en ellos—, ¿qué cojones pinto yo aquí?

Damiano Mancini, era uno de los protagonistas de la reunión. Él no lo sabía aún, pero se enteraría dentro de poco.

—Me caes mejor que Gastone —respondí, haciendo mención al hermano pequeño de Mauro, quien no tardaría en convertirse en su segundo.

Mauro, que estaba cerca de Damiano, me miró con su característica indiferencia. Parecía un hombre de hielo; nada le perturbaba. Íbamos a ver si yo era capaz de cambiar eso.

—No sé el resto, pero yo tengo negocios que atender —dijo Mauro, imperturbable.

Sin decir nada más, me acerqué a la mesa que se encontraba en el centro de la estancia y dejé la carpeta encima. Saqué cinco dosieres y los repartí sobre la madera de roble. Nadie hizo el amago de tocarlos.

—Os prometo que no llevan ántrax —dije con una sonrisa ladeada.

Mi tío fue el primero en levantarse para coger uno. Genaro Barone estiró la mano y tomó el segundo. Marcello le llevó uno a su padre y se sentó junto a él para leerlo. Mauro cogió otro y se acercó a Damiano.

—¿No coges el tuyo? —le pregunté a Valerio.

Ni él ni su primo se habían movido de su sitio.

—Prefiero que me lo cuenten. Soy de los que, en lugar de leer el libro, espera a la película —respondió con descaro.

Solté una carcajada. Era un gilipollas, pero me caía mucho mejor que lo había hecho su hermano.

—¿Qué mierda es esta? —dijo Genaro.

—Hay que joderse —secundó Marcello.

Pero yo no los estaba escuchando, porque mi mirada estaba fija en los Mancini. Mauro tragaba saliva mientras leía el dosier; esa era la única emoción que mostraba, pero Damiano ardía de ira.

—Esto es una jodida basura —gruñó, quitándole de la mano el dosier a su hermano y haciéndolo trizas.

Mauro le colocó una mano en el hombro.

—Cálmate.

—¡¿Que me calme?! —gritó Damiano—. ¡Siena no es tu hija, es absurdo!

—Lo es, y tenéis las pruebas en el dosier que acabas de romper —dije con calma—. Siena era la hija de mi hermana. ¿Sabes que, cuando éramos pequeños, Catalina siempre decía que su hija se llamaría Siena?

—¡Te lo estás inventando todo! —espetó Damiano, que estaba a punto de lanzarse sobre mí.

—La mujer que te entregó a Siena fue la niñera de mi madre. Aunque no nos cuidó a nosotros, mi madre la apreciaba y nosotros también. Mi hermana fue en su búsqueda cuando se quedó embarazada y tuvo que huir.

—¡Mientes! —gritó Damiano.

Me encogí de hombros.

—Te mintió para proteger a mi sobrina de mi padre. Pero ahora mi padre está muerto.

—¡Vete a la mierda! —gruñó Damiano y vino hacia mí con el puño levantado, pero Marcello, que se había levantado del sofá, lo interceptó sujetándolo. Ottavio se levantó también para ayudarle, ya que Damiano estaba decidido a golpearme, y aún no sabía lo peor.

Miré a Mauro. Él estaba quieto, pero esta vez no era fachada: pude ver un leve temblor en sus dedos. Como ya sospechaba, él no tenía la menor idea de que Siena era su hija.

—Voy a ser claro. Os he reunido aquí para deciros que quiero que Siena se venga a vivir conmigo. Ella es una Romano, debe estar junto a su familia.

—¡Bajo mi cadáver! —gritó Damiano fuera de sí.

Constantino Lucchese golpeó la puerta y los cinco hombres que estaban fuera entraron y se llevaron a Damiano. Yo no estaba muy atento a eso, ya que mi mirada estaba fija en Mauro.

La estancia se quedó en silencio unos segundos cuando los gritos de Damiano desaparecieron.

—Si es mi hija, es mi responsabilidad —dijo Mauro al fin.

—No, no es tu responsabilidad —repliqué yo, tratando de mantenerme en calma—. No te preocupaste de mi hermana; ni siquiera cuando has pensado que era tu sobrina le has prestado atención. Nuestras leyes dicen que, en un caso como este, si la comisión lo acepta, Siena será una Romano y es mi responsabilidad.

Mauro me miró fijamente.

—Si estas pruebas son mentira, morirás.

—¿Y si son verdad?

Mauro, en vez de responderme, se marchó.

—Esto es muy fuerte —dijo Genaro, rompiendo el silencio—. No podemos resolverlo en esta reunión, a no ser que Siena esté sufriendo algún…

—Ella está bien —lo interrumpí, porque no iba a mentir. Mi sobrina era feliz con Damiano, pero no era su hogar—. Si no estuviese bien, ya me la habría llevado.

—No puedes hacer eso.

—Ella es una Romano. Su lugar está en mi casa.

Genaro se quedó en silencio, porque sabía que tenía razón. Era mi derecho. Siena era lo único que me quedaba de Catalina. Ella era una Romano, no una Mancini.

—Comprobaremos las pruebas y nos volveremos a reunir —decidió Constantino.

—Decididlo pronto —les advertí—. No soy un hombre paciente.

Y, sin darles tiempo a réplica, me giré y salí de la bodega, para después recuperar mis pertenencias. Estaba subiendo las escaleras cuando una mano me sujetó el hombro. Giré la cabeza para ver a mi tío.

Sí que era rápido cuando quería.

—No sabía nada de eso —me dijo.

—Lo sé —respondí.

—Pero si es hija de Mauro… Él…

—No —lo interrumpí, soltándome de su agarre con un tirón seco—. Mauro perdió cualquier oportunidad de ser su padre cuando permitió que su progenitor le obligase a no casarse con mi hermana,

cuando supo que se había ido y no fue tras ella. Me importa una jodida mierda que no supiese que Catalina estaba embarazada.

Pude escuchar cómo mi tío abría la boca para contestarme, pero me di la vuelta y me marché, alejándome de él. Y este fue lo suficientemente inteligente como para no seguirme. No estaba de humor para discusiones; lo único que quería era llegar a casa y ver a mi *cerbiatta*, pero aún me quedaban un par de negocios que atender.

Afortunadamente, la reunión con uno de nuestros distribuidores fue más rápida de lo que creía. En menos de una hora ya estaba libre para poder regresar a casa. Pero cuando me monté en mi coche, antes de arrancar el motor, saqué mi móvil y una notificación llamó mi atención. Era la aplicación de seguimiento que había instalado en el teléfono que le regalé a Quinn. Al parecer, mi *cerbiatta* había decidido salir de fiesta.

Si Quinn quería divertirse, nos divertiríamos juntos.

CAPÍTULO 21

Quinn

Georgina me había dicho el nombre de la discoteca a la que me llevó, pero se me olvidó en el mismo momento en que cruzamos la entrada.

En comparación con el único bar del pueblo en el que había vivido, aquello era enorme. Luces moviéndose por todas partes, música retumbando y gente ocupando cada rincón posible. Aun así, Georgina me había asegurado que era de las más pequeñas de la zona. Según ella, dos plantas era poco.

Aunque al principio me había sentido un poco incómoda, después de pedirnos un par de cervezas y, milagrosamente, conseguir sitio en una de las mesas que se encontraba en una esquina de la pista, me había empezado a relajar. Georgina y Bruna tenían razón, esa salida me estaba viniendo bien.

Aquello era algo que una joven de mi edad haría, una de las muchas cosas que había perdido hacer cuando mi madre murió y que me merecía volver a recuperar.

—Sé que te lo he dicho mil veces —me dijo Georgina, alzando la voz para que pudiese escucharla por encima de la música—, pero el vestido te queda increíble. Mucho mejor que a mí.

El vestido negro que Georgina me había prestado era sencillo, pero favorecedor. Ajustado lo justo a la cintura y con la falda cayendo suave hasta medio muslo. Las mangas largas equilibraban el escote discreto. La verdad era que me sentía muy cómoda con él.

—Mejor que tú seguro que no. —Negué con la cabeza—. Y tú también estás guapísima, que lo sepas.

Georgina se había recogido el cabello rubio en una coleta alta que le dejaba el rostro completamente despejado. Llevaba un top plateado brillante que se ataba al cuello y mostraba los hombros al

descubierto. Lo combinaba con una minifalda granate ajustada y unas botas negras altas.

—Una sabe sacarse partido. —Georgina soltó una risa ligera y después señaló su botellín vacío—. Voy a ir por otra ronda. ¿Quieres lo mismo?

Georgina fue a levantarse, pero yo la detuve.

—Espera. Ya voy yo. Tú ya has pagado las entradas y la ronda anterior, ahora me toca a mí.

Georgina fue a negarse, pero cogí mi bolso y me levanté antes de que pudiera hacerlo. Sabía que se había dado cuenta de que mi situación económica no era la mejor. Necesitaba ahorrar todo el dinero posible que ganara en casa de los Romano, donde pagaban muy bien. Pero no pensaba permitir que Georgina pagase por todo.

Me hice un hueco entre la gente, avanzando poco a poco hacia la barra. Finalmente, tras resistir a varios empujones, pude llegar. Los dos camareros parecían no dar abasto. La gente gritaba y chasqueaba los dedos de manera ruda para que los atendieran antes, colándose entre ellos.

Eso era algo que en mi pueblo no pasaba. La vida era mucho más tranquila, y las personas mucho más agradables.

Apoyé las manos sobre la barra, esperando pacientemente mi turno. Mis dedos tamborilearon sobre la barra al ritmo de la melodía que sonaba, a pesar de que no conocía la canción. Y sonreí como una boba al darme cuenta de que esa era una costumbre de Cosimo que, al parecer, se me había pegado.

Tratando de distraer mis pensamientos, miré a mi alrededor.

Y entonces, lo vi.

A varios metros, entre la multitud, una gorra roja. Gastada, y sin ningún tipo de dibujo. Una gorra que para cualquier persona no tendría nada de especial, pero que hizo que mi estómago se encogiera al instante.

«No podrás escapar, zorra. Te encontraremos».

Aquellas palabras, que nunca habían abandonado mi cabeza, volvieron a torturarme.

¿Me habían encontrado?

—¡Quinn! —Una voz femenina seguida de un fuerte apretón en el hombro derecho hizo que ladeara la cabeza para mirar a Georgina, que estaba a mi lado—. El camarero te está preguntando qué quieres —me dijo, pero respondió antes de que yo pudiera hacerlo—. Dos cervezas.

No le contesté, lo único que pude hacer fue volver a girar la cabeza hacia el mismo sitio. Pero ahora no había nadie.

¿Lo habría imaginado?

Seguro que sí. Además, mucha gente tenía gorras rojas.

—¿Estás bien? —me preguntó Georgina, volviendo a apretar mi hombro para llamar mi atención.

Esbocé una sonrisa que no llegó a mis ojos.

—Sí, claro —mentí, porque esa era la única opción que tenía. No podía contarle a Georgina lo que me pasaba. No podía contárselo a nadie.

—Te habías quedado como en Babia.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, desviando el tema—. Pensé que esperarías en la mesa. —Miré hacia la mesa que antes habíamos ocupado, en la que ahora estaba un grupo de chicos.

—Digamos que he encontrado algo más interesante por aquí. —Georgina señaló con la barbilla hacia la pista. Un chico rubio, de una edad parecida a la nuestra, bailaba junto a un amigo.

Me reí.

—Ya lo veo.

—Venga, vamos a bailar —decidió Georgina, cogiendo los dos botellines de cerveza que el camarero dejó sobre la barra. Apenas tuve tiempo de dejar un billete sobre la barra antes de que me arrastrara en dirección a la pista.

Y aunque bailar no era lo mío, ahora más que nunca necesitaba distraerme.

Sin embargo, no pude evitar mirar hacia la misma dirección que antes. En la que no había ninguna gorra roja.

Me dejé llevar por la música, más por inercia que por verdadero entusiasmo. Bailar nunca había sido lo mío y lo cierto era que no

conocía ninguna de las canciones que estaban poniendo.

Georgina ya no estaba a mi lado. Había desaparecido hacía unos minutos, y ahora se encontraba junto a su objetivo, el chico rubio que la estaba agarrando de la muñeca y la hacía girar sobre sí misma. Ella se reía.

Parecía que estaba pasando un buen rato. Por lo que me había contado estas últimas semanas, su exnovio le había dejado por otra. Se merecía volver a ilusionarse, o, aunque sea, pasárselo bien.

Yo, en cambio, empecé a sentirme un poco perdida entre tanta gente. El aire parecía más denso, la música más fuerte. Bajé el ritmo de mis movimientos y acabé apartándome ligeramente del centro de la pista. Sin saber muy bien qué hacer, saqué el móvil del bolso.

La pantalla iluminó mis dedos mientras buscaba si Cosimo me había escrito algo. Era la una de la madrugada, ¿ya habría vuelto a casa?

Pero antes de que pudiera abrir su conversación, unas manos se posaron en mi cintura y comenzaron a moverse conmigo al ritmo de la música. Me tensé al instante. Fui a apartar de un manotazo a quien se hubiera tomado esas confianzas. Ya estaba tomando aire para hacerlo cuando algo me frenó.

El contacto. La forma en que sus manos se ajustaban justo donde debían, seguras, familiares. El calor que reconocí antes incluso de verlo. Mi cuerpo se relajó antes de que mi mente pudiera procesar quién era.

—Te ves aburrida, *cerbiatta* —susurró una voz aterciopelada y ronca en mi oído—. Eso es porque no me tenías contigo.

Me giré lentamente, pero sin separarme de él.

—Cosimo —dije, sorprendida—, ¿qué haces aquí? ¿Has salido de fiesta después del trabajo? —pregunté.

No pude evitar una punzada de enfado. Me había dicho que iba a estar ocupado trabajando, pero se había ido a una discoteca, casualmente a la misma en la que estaba yo cuando Chicago tenía cientos de discotecas.

Cosimo no respondió.

En lugar de eso, sus ojos bajaron hacia el móvil que aún sostenía entre los dedos. Antes de que pudiera reaccionar, lo tomó

con naturalidad, lo deslizó fuera de mi mano y lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta de traje.

—Hey… —protesté, pero la queja murió a medias, porque ya me estaba guiando de nuevo al ritmo de la música.

—Vamos a bailar.

Sus manos regresaron a mi cintura y empezamos a movernos entre la multitud. A Cosimo no se le daba mal bailar; tal y como comprobé aquella noche en la biblioteca de su casa, tenía buen ritmo. Y, para mi sorpresa, me sentí cómoda. Aunque no sabía por qué me sorprendía, ya que él tenía ese poder en mí.

La tensión que había sentido antes, desapareció poco a poco. Ya no me importaba la gente chocando a nuestro alrededor ni las luces cambiantes ni la música demasiado alta. Porque cuando estaba con él, me olvidaba de todo. Incluso de lo extraño que era que hubiésemos coincidido de casualidad en la misma discoteca.

Seguimos moviéndonos, lentos, el tiempo volviéndose difuso entre canciones que apenas registraba. Cosimo se inclinó un poco, acercándose a mi oído de nuevo.

—Mejor nos vamos a casa.

—Georgina —comencé, buscándola entre la pista, pero ella había desaparecido. Seguramente, se habría ido con ese chico—. ¿Y tus amigos?

Cosimo frunció el ceño.

—¿Qué amigos?

—Con los que has venido.

—He venido solo, *cerbiatta*. —Y como si por primera vez se diera cuenta de por dónde iban mis pensamientos, aclaró—: He venido a buscarte.

—¿A buscarme? —pregunté, pero a una parte de mí ni siquiera le sorprendió demasiado—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

Cosimo sonrió.

—Yo lo sé todo.

Puse los ojos en blanco, porque no había respondido a mi pregunta.

Aunque no le había dicho a nadie el nombre de la discoteca en la que estaba, entre otras cosas porque no lo había sabido, Georgina

era vecina de Bruna; no era difícil suponer cómo lo había averiguado él.

—En vez de molestar a Bruna, podrías haberme llamado al móvil.

Cosimo me observó durante unos instantes, como si no comprendiera del todo mis palabras. Después, inclinó ligeramente la cabeza y su sonrisa se amplió un poco más.

—Eso hubiese estropeado la sorpresa.

Crucé los brazos.

—Es una noche de chicas entre Georgina y yo.

—Creo que ella ha decidido meter a los hombres en esto —replicó Cosimo, ligeramente divertido ante mi enfado—. La he visto irse con un chico hacia la salida del callejón. —Busqué a Georgina por la pista, y tal y como me acababa de decir Cosimo, no estaba por ninguna parte—. Envíale un mensaje y dile que te vas a casa.

Mordí mi labio inferior mientras Cosimo sacaba mi móvil del bolsillo de su chaqueta para tendérmelo.

Debería enfadarme por la manera en la que había aparecido en la discoteca. No había respetado mi espacio, y ni siquiera me había llamado para preguntarme si me parecía bien que viniese, sino que había interrumpido sin más. Sin embargo, había una parte oscura y evidentemente enferma de mí a la que le gustaba la manera en la que se preocupaba por mí. Porque debería gustarle de verdad para tomarse la molestia de venir a buscarme después de un largo día de trabajo.

—Pero que sepas que lo hago porque yo quiero, no porque tú me lo pidas —dije con un suspiro de resignación, cogiendo mi teléfono.

Porque lo cierto era que estaba deseando irme a casa con él. Y además, Georgina tenía planes mejores para terminar la noche.

Le envié un mensaje y después me guardé el móvil en el bolso. Cosimo agarró mi muñeca y me guio hacia la salida, pero me detuve a mitad del camino.

—Necesito ir al baño —le dije, ya que no iba a poder aguantar hasta casa—. ¿Te importa coger mi abrigo del guardarropa? —le

pregunté a la vez que le daba el *ticket* que me habían entregado al dejarlo.

Cosimo sonrió.

—En absoluto, *cerbiatta*. Aunque no lo necesitas, no voy a dejar que pases frío.

Negué con la cabeza.

—Eres imposible.

Él se rio.

—Voy fuera. Tengo que llamar a mi chófer para que se acerque con el coche. Esta discoteca no tiene parking. Ha tenido que aparcar lejos. —Chasqueó la lengua—. Habéis elegido la discoteca más cutre de todo Chicago.

—Clasista —espeté, entornando los ojos, y Cosimo me miró como si no entendiera qué de malo tenía mi acusación. Suspiré, porque era imposible—. Te veo fuera.

Antes de que pudiese moverme, me agarró del brazo y tiró de mí para darme un beso que era el preludio de una noche intensa.

—No tardes, *cerbiatta*. No puedo esperar.

Despidiéndome de él con una sonrisa rápida, me dirigí hacia los baños que estaban junto a la salida. Había otros al fondo de la discoteca, pero aquellos parecían más tranquilos y, sobre todo, evitaban la interminable cola que siempre se formaba.

El pasillo era estrecho y algo más oscuro que el resto del local. La música llegaba amortiguada, transformada en un pulso grave que vibraba bajo mis pies. Las luces de neón parpadeaban sobre las paredes, proyectando sombras intermitentes.

Empujé la puerta del baño. Tal como había imaginado, estaba vacío.

El silencio repentino me resultó extraño después del ruido constante de la pista. Entré en uno de los compartimentos y cerré la puerta tras de mí. Por un momento, todo fue calma. Respiré hondo. Entonces escuché la puerta abrirse.

Pasos y el sonido de otra puerta cerrándose en un compartimento cercano. Al parecer, no era la única que había tenido esa idea.

Tiré de la cadena y salí. El espejo enorme reflejaba la luz blanca y fría del baño. Me acerqué al lavamanos, abrí el grifo y dejé que el agua corriera sobre mis manos.

Fue entonces cuando lo sentí. Un aliento caliente y desagradable demasiado cerca de mi nuca.

—Perdona… —empecé a decir, pensando que alguien quería pasar.

Pero al alzar la mirada hacia el espejo, el mundo se detuvo.

La gorra roja. El reflejo de un rostro que reconocí al instante y que hizo que un torrente de hielo recorriera mis venas.

—Te hemos encontrado, zorra escurridiza —espetó con una sonrisa torcida.

El acento mexicano golpeó mis recuerdos. No sabía su nombre, ni tampoco quería saberlo. Pero sabía perfectamente quién era.

Y no estaba solo. Otro hombre apareció detrás de él, cerrando el paso hacia la puerta. Otro hombre que también reconocí al instante.

—¿Qué hacéis aquí? —Ni siquiera supe cómo pude conseguir pronunciar aquellas palabras sin que mi voz se quebrara—. Dejadme… dejadme ir. No voy a decir nada. Lo prometo. —Odiaba suplicar, y menos a ellos, pero era la única opción que tenía.

El mexicano negó lentamente con la cabeza, como si estuviera cansado de escuchar esa frase.

—Sabes que eso no es posible.

Antes de que pudiera volver a intentarlo, el otro hombre decidió actuar y se abalanzó sobre mí. Su mano se cerró alrededor de mi brazo con fuerza. El pánico explotó dentro de mí, sabiendo hacia dónde iba todo eso. No pensé, solo reaccioné. Levanté la rodilla con toda la fuerza que pude y le di una patada directa entre las piernas.

El hombre soltó un grito ahogado y se dobló sobre sí mismo, llevándose las manos a esa parte de su cuerpo. Aproveché ese segundo de ventaja para zafarme y echar a correr, saliendo del baño casi tropezando.

Los pasos detrás de mí resonaban en el pasillo, pero yo corrí todo lo rápido que pude. El corazón me martilleaba el pecho, la

música volvió a golpearme cuando crucé la zona de la discoteca. Alguien me agarró del brazo, consiguiendo que me cayera al suelo.

El impacto me arrancó el aire, pero reaccioné por instinto. Pateé con fuerza, sintiendo cómo conectaba con algo sólido. Escuché un insulto y me liberé lo suficiente para volver a ponerme en pie.

Corrí de nuevo, viendo las luces que indicaban la salida. El aire frío de la noche me golpeó cuando crucé las puertas y entonces choqué contra un cuerpo cálido. Prácticamente caí en los brazos de Cosimo.

—Quinn... —Al principio su expresión se torció en una sonrisa sorprendida, que se esfumó cuando me miró—. ¿Qué te pasa?

—Vámonos —le dije, mirando la entrada de la discoteca.

—Pero...

—Por favor, Cosimo —le supliqué con desesperación, porque lo único en lo que podía pensar era en salir de allí—. Vámonos a casa.

Cosimo miró la entrada de la discoteca y después su mirada descendió hasta mis medias rotas y llenas de sangre en unos instantes que para mí fueron eternos. Pero después dijo:

—Vale.

Y me sostuvo para llevarme a un coche negro que estaba aparcado frente a nosotros.

CAPÍTULO 22

Quinn

Apenas recordaba el trayecto en coche hasta la mansión. Tampoco estaba muy segura de cómo había descendido del vehículo y entrado en la casa.

Mi mente estaba en *shock*. Me habían encontrado. ¿Cómo lo habían hecho, cómo habían dado conmigo?

Aunque, ¿qué más daba? Eso ya ni siquiera importaba. Porque había sido una tonta pensando que podría escapar de ellos.

Cosimo tiró de mí con suavidad para llevarme hacia la sala, pero negué con la cabeza y le señalé las escaleras con la barbilla. Él comprendió que quería ir a su habitación. Subimos las escaleras en silencio hasta llegar a su dormitorio. Avancé casi por instinto, dejándome caer en el borde de su colchón. Cosimo cerró la puerta y ocupó un lugar a mi lado.

Su habitación era el único lugar en el que me podía sentir segura. O todo lo segura que podía estar, porque ya no estaba nada segura.

Me habían encontrado. Ellos sabían dónde estaba y era cuestión de tiempo que me atraparan.

—¿Quieres algo? —preguntó Cosimo. Era la primera vez desde la salida de la discoteca que me hablaba. Me había dejado mi espacio, algo que le agradecía profundamente—. Puedo prepararte una infusión...

Negué con la cabeza.

En realidad, quería muchas cosas. Tener una vida libre, que dejasen de acosarme, dejar de huir... Pero eso era algo que ni él ni nadie me podría ofrecer.

—No. —Mis ojos se llenaron de lágrimas y no fui consciente de que estaba llorando hasta que Cosimo apartó una de ellas con la yema de su dedo.

—Quinn. ¿Qué te pasa?

—No es...

—No me digas que nada —me interrumpió Cosimo—. Te he dado tu espacio, pero es evidente que te pasa algo. Estás llorando y temblando. Y tu rodilla está sangrando.

—Me he metido en un problema, Cosimo. No soy de Sugar Grove, te engañé.

Sin poder aguantar más, dejé que las lágrimas cayeran como una cascada por mi rostro. Por primera vez en mucho tiempo, permití que toda la angustia que había estado enterrada dentro de mí durante esos dos meses saliera a la superficie.

Cosimo me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia él. Sin poder ni querer resistirme, enterré mi cabeza en su pecho, sintiendo su consuelo, necesitándolo.

—Ey, tranquila. —Sus palabras suaves fueron acompañadas de sus dedos acariciando mi cabello—. ¿Por qué no me cuentas qué problema es? Así podré ayudarte.

Con lentitud me aparté de él, incorporándome.

—No puedes ayudarme. Nadie puede.

Cosimo me esbozó una sonrisa dulce y agarró mis manos.

—Inténtalo.

—Nací y me crié en Oak Haven. Es un pueblo pequeño, pero es muy bonito. —Las palabras salieron con facilidad de mis labios—. Tenía una buena vida, sin lujos, con escaseces en algunas ocasiones, pero era feliz. Pero cuando mi madre falleció, todo cambió. Mi padre... Él... —Hice una pausa y respiré hondo—. Él me amaba con todo su corazón —dije, porque necesitaba que eso quedase claro—. Pero la muerte de mi madre lo destrozó. Empezó a beber y perdió su empleo. Creyó que apostando podría conseguir dinero, pero evidentemente consiguió lo contrario; las deudas nos ahogaban, estábamos a punto de perder la casa, de perder lo poco que teníamos.

No pude seguir. Me tomé unos segundos, intentando recuperar mi voz, mientras sentía los dedos de Cosimo acariciando mis manos.

—Respira hondo, *cerbiatta*. Estás a salvo, estoy aquí contigo.

No. No estaba a salvo. Cosimo no podía salvarme, pero quería seguir contándole la historia. En esos momentos me di cuenta de lo mucho que había deseado compartir aquello con alguien en quien confiara lo suficiente. Sabía que era injusto para Cosimo, que podía ponerle en peligro, pero me estaba matando por dentro guardarme aquello para mí sola.

—Me enfrenté a mi padre, le dije que si no dejaba la bebida y el juego me perdería también a mí, que me marcharía para siempre —continué—. Funcionó. Buscó ayuda y se mantuvo sobrio y lejos del juego, pero las deudas seguían ahí. A mí no me importaba perderlo todo, estaba contenta con que había recuperado a mi padre. Empezaríamos de cero, pero él se sentía culpable y…

—¿Qué pasó? —me animó Cosimo cuando vio que yo me quedé en silencio.

—Mi padre trabajaba en el supermercado del pueblo antes de que lo echasen. Yo pensé que intentaría recuperar su trabajo, pero empezó a trabajar como chófer del alcalde. Y no solo eso, sino que en menos de un mes pagó las deudas para que no nos quitasen la casa. Como era una tonta, creí que el alcalde se había apiadado de la necesidad de mi padre. Dios, era una imbécil.

—No eres ninguna imbécil, Quinn. ¿Me oyes? No te digas eso a ti misma.

—Sabía que algo no iba bien, cuando había noches que no venía a casa a dormir. O cuando me regaló un portátil que costaba dos meses de su sueldo. También podía ver cómo se estaba consumiendo de nuevo. No era feliz. Una noche llegó a casa borracho... —Hice otra pausa—. Así que volví a enfrentarme a él. Le dije que no podía más, que iba a marcharme, que mi madre estaría avergonzada de él. Fui muy dura con él, pero estaba desesperada.

—Hiciste lo que tenías que hacer —dijo Cosimo.

—No, no lo hice. Yo no sabía… —me interrumpí a mí misma—. A la mañana siguiente me despertó y me dijo que iba a hacer lo correcto y que iba a estar orgullosa de él. Pensé que volvería a las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Durante unos días él parecía estar más feliz, más aliviado, y yo iba a pasar el fin de semana en casa de mi mejor amiga, Amy. —Hice otra pequeña pausa para

coger aire—. Se suponía que no regresaría hasta el domingo, pero cuando terminé mi turno en la cafetería en la que trabajaba el viernes sentí que tenía que regresar a casa, que algo iba mal. Así que le pedí a un compañero de trabajo que me llevase a casa. Nuestra casa estaba a las afueras del pueblo, cerca de un pequeño bosque. No teníamos vecinos cerca y la casa era de una planta con dos habitaciones, pero era perfecta para mí. —Sentí cómo una lágrima se me caía por la mejilla.

Cosimo la limpió con la yema de su dedo.

—No llores, Quinn. Todo se va a solucionar.

No, no lo haría, pero aun así continué.

—No quería que mi compañero tuviese que dar toda la vuelta por mi culpa. Me sentía mal haciéndole perder el tiempo, así que le pedí que me dejase en el cruce, justo donde él tenía que girar para ir a su casa.

—Siempre pensando en los demás —susurró Cosimo para sí mismo, pero yo lo escuché.

—Y menos mal que lo hice. —No quería pensar qué hubiese pasado si James hubiese decidido llevarme hasta mi casa. Seguramente lo habrían matado solo por si había visto algo. Sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo. Cosimo me rodeó la cintura con su brazo, acercándome a él, y me dio un beso en el pelo para darme ánimos—. Cuando llegué a casa diez minutos después, vi un coche aparcado en la puerta. No era nuestro viejo coche, y desde que mi madre falleció, mi padre no recibía visitas. Por eso, en vez de entrar por la puerta principal, salté la valla del patio que daba a la puerta de la cocina. La puerta estaba abierta como siempre, oí gritos y… —hice otra pausa y me separé del agarre de Cosimo; necesitaba esa distancia para poder poner mis pensamientos en orden. Él lo permitió—. Entré despacio evitando hacer ruido con la mochila que había llevado para pasar el fin de semana con mi amiga en el hombro. Y entonces, lo vi. Mi padre estaba atado a una silla en el salón. Dos hombres mexicanos le daban golpes. Los mismos hombres que me han encontrado hoy.

—¿Tu padre les debía dinero? —preguntó Cosimo cuando guardé silencio.

—No, mi padre iba a delatarles —respondí. Noté cómo su mandíbula se tensaba bajo mi mano—. Pero no estaban solos. El alcalde y el sheriff del pueblo estaban allí, mirando y animándolos. Lo llamaban traidor.

Me separé un poco de Cosimo. Hablar de esto me quemaba por dentro.

—No recuerdo bien todo lo que escuché, pero sí me quedó claro que el alcalde llevaba años garantizándoles una ruta limpia para la droga a los traficantes mexicanos. El sheriff quitaba las patrullas de los cruces cuando pasaban los camiones. Y mi padre había estado trabajando para ellos, no sé exactamente lo que hacía, pero no era chófer del alcalde. —Tragué saliva—. Escuché a mi padre diciéndoles que tenía que hacerlo, que tenía que entregarse por mí, que yo no merecía lo que él estaba haciendo. Hablaron más; yo estaba paralizada, no era capaz de moverme, no fui capaz de ayudar a mi padre, y entonces el alcalde le pegó un tiro, matándolo a sangre fría. —Las lágrimas ya salían a borbotones de mis ojos—. Grité y me vieron. Pero antes de que vinieran hacia mí corrí, me escapé por el bosque, que conocía como la palma de mi mano. Cuando salí a la carretera hice autoestop y un hombre que no era del pueblo, que pasaba por allí, me llevó hasta la estación de autobuses del pueblo cercano. Antes de deshacerme del móvil, me escribieron amigas y conocidos para decirme que me estaban buscando por el asesinato de mi padre. Ellos me culparon a mí. La policía me está buscando, Cosimo. Pero no es la policía quien me da miedo. Son los mexicanos. Ellos van a matarme, como mataron a mi padre... —Mi voz se quebró, pero me obligué a mí misma a continuar—. Lo mejor es que deje de huir y que me entregue a la policía.

—Si te entregas a la policía, los que te buscan te matarán antes de que puedas hablar. No permitirán que les delates.

—Es la vida real, Cosimo. Si voy a la policía de Chicago y cuento todo lo que sé, me protegerán. —Era mi última baza. No podía seguir huyendo y metiendo a otros en mis problemas.

Cosimo negó con la cabeza.

—Yo me encargaré de todo.

—Te lo agradezco con todo mi corazón, Cosimo, pero ni siquiera un hombre rico como tú puede ayudarme. Son gente peligrosa. Te matarán.

Él soltó un sonido ronco, casi una risa. Sabía que era rico y poderoso, pero esto era otro nivel.

—No te preocupes por mí, Quinn. No volverán a molestarte. Jamás.

Su seguridad casi me convenció. Casi.

—Pero...

—¿Por qué no te das una ducha y descansas? —sugirió, volviendo a recuperar ese tono dulce—. Ha sido una noche dura.

—No voy a poder dormir. No puedo dejar que te metas en esto, no es tu problema.

Cosimo me sostuvo la mirada, obligándome a ver la fiera que escondía tras la elegancia.

—Todos tus problemas son ahora los míos. ¿Confías en mí, *cerbiatta*?

La palabra se deslizó de mis labios antes de que pudiera pensarla.

—Sí.

—Pues entonces, vamos a la ducha.

Me alzó sin esfuerzo y me llevó al baño. Me desnudó con una delicadeza que me hacía sentir pequeña, casi frágil, y luego se desnudó él. Comprobó la temperatura del agua y nos metió a los dos bajo el chorro. Me lavó el cuerpo y el pelo en silencio.

Al terminar, me envolvió en una toalla suave y me llevó en brazos hasta la cama. Me depositó entre las sábanas con el mismo cuidado con el que se trata algo valioso que está a punto de romperse. Se deslizó a mi lado y, de forma natural, busqué el calor de su cuerpo hasta quedar apoyada en su pecho. El sonido rítmico de su corazón era lo único que hacía que no perdiera el control.

—No has dudado de que te he dicho la verdad y no soy una asesina que ha matado a su padre —susurré, rompiendo el silencio.

Cosimo, conociéndome desde hacía menos de un mes, me había creído ciegamente. Y eso era algo que no olvidaría jamás.

Mierda, no me merecía a ese hombre.

—Cualquiera que pase contigo un minuto sabe que no eres una asesina, Quinn.

—¿Y no estás enfadado porque te ocultase algo tan grave?

Cosimo no respondió de inmediato. Sentí sus dedos juguetear con un mechón de mi pelo húmedo, enrollándolo entre su dedo antes de soltarlo.

—Sabía que te escondías de algo —reconoció—. Lo supe desde el primer momento en que te vi. Pero no puedo juzgarte por eso; todos guardamos secretos.

—¿No lamentas que haya venido a trabajar a tu casa? —insistí, levantando un poco la vista—. Si Bruna no me hubiese contratado, no estarías en peligro. Nada de esto sería tu problema.

Cosimo dejó de jugar con mi pelo y me obligó a mirarlo, sujetando mi rostro con suavidad.

—Lo único que lamento es no haber insistido para que me contaras la verdad antes. Lo único de lo que me arrepiento es de haber dejado que cargaras con esto tú sola. —Fui a responder, pero Cosimo habló antes de que pudiese pronunciar una sola palabra—. ¿Por qué no descansas un poco? Tienes que estar agotada.

Y como si Cosimo hubiera pronunciado las palabras mágicas, mis ojos se cerraron y me rendí al sueño. Dormí de forma profunda, sin pesadillas, arrullada por su respiración.

Cuando desperté, la luz de la mañana se filtraba por las cortinas, pero el lado de la cama de Cosimo estaba frío. Me incorporé de golpe, con el corazón acelerado, hasta que vi una nota sobre la mesilla.

«Tómate el día libre y descansa. No salgas de la casa, aquí estás segura. Me encargaré de que nadie vuelva a tocarte. Cosimo».

Apreté el papel contra mi pecho, pero en lugar de alivio, sentí una punzada de culpa. Cosimo era demasiado bueno conmigo, demasiado noble para el mundo de violencia del que yo venía. No podía permitir que lo mataran por mi culpa. No podía seguir poniéndole en peligro.

Porque amaba a Cosimo Romano con todo mi ser, porque ya no podía seguir negándome a mí misma que me había enamorado profundamente de él. Eso era lo que había provocado que me

volviese descuidada. Ya que, a pesar de que había intentado repetirme a mí misma que en algún momento lo nuestro se terminaría y tendría que empezar de cero, una parte de mí había empezado a fantasear con la idea de que podría volver a ser feliz y tener una vida normal.

No tenía que haber ido a esa discoteca. No tendría que haberme arriesgado tanto.

Y ahora, Cosimo iba a ponerse en peligro por mí. Puede que nunca pronunciara las palabras, pero en ese momento supe —lo sentí con una certeza dolorosa— que ese hombre me quería tanto como yo a él.

Porque por amor él estaba dispuesto a arriesgarlo todo. Y por amor, yo dejaría de huir. Era el momento de entregarme.

CAPÍTULO 23

Cosimo

—Han sufrido poco —dijo Gian, mirando los dos cadáveres que yacían en el suelo de nuestro almacén.

—Y yo que pensaba que me recriminarías haberlos matado —respondí mientras limpiaba mi cuchillo con un trapo.

Tiré el trapo ensangrentado al suelo.

—Quinn me cae bien —se limitó a decir él.

—¿Has llamado a los limpiadores? —le pregunté, dejando el cuchillo sobre la mesa de acero galvanizado.

—Sí. No tardarán en venir.

Mi teléfono móvil vibró en mi pantalón antes de que pudiese responderle. Lo cogí.

—¡¿Qué cojones significa esto, Romano?! —gritó Emiliano Martínez al otro lado—. ¡¿Rompes los negocios que tenía con tu padre y ahora me envías la foto de dos de mis hombres muertos y torturados por ti?!

No me había costado encontrar a los hombres que habían atacado en el pub a Quinn. Solo tuve que pedir amablemente la cámara de seguridad a los dueños de la discoteca. Cogerles tampoco fue difícil; no era como si se estuviesen escondiendo los muy imbéciles. No tenían la menor idea de quién era yo ni del peligro que corrían en Chicago. Solo eran dos hombres que Emiliano tenía para controlar una de sus rutas seguras de droga. Y tampoco había sido muy difícil que lo confesasen todo.

—Tus hombres se han metido con mi chica —dije con voz gélida —. Tienes suerte de no ser tú el que está ahora mismo en el suelo de mi almacén.

—¿Tu chica? —repitió él, confundido.

Al escucharlo, me di cuenta de lo que había dicho. Pero joder, sí. Era mi chica. Quinn era mía.

Los dos minutos siguientes los usé para contarle a Emiliano lo que Quinn me había revelado; no todo, solo lo necesario para que lo entendiera. Lo último que quería era traicionar la confianza que Quinn había depositado en mí.

—No me encargo de esa ruta segura personalmente —dijo Emiliano tras escucharme—. Y desde luego no sabía que dos de mis hombres habían entrado en Chicago sin avisar.

Esa era otra. Él tenía tratos con las familias; no era como si sus hombres pudiesen dedicarse a entrar y salir a su gusto.

—Por eso no voy a tomar más represalias. Pero espero que soluciones el problema.

En realidad, estaba ansioso de hacerlo yo mismo. De ir a Oak Haven y cargarme al alcalde, al sheriff y a todos los que tuvieron algo que ver. Pero, en esos momentos, con lo de Siena, no podía dejar Chicago. No cuando los Mancini habían confirmado que las pruebas eran verídicas y que Siena era mi sobrina, la hija de Mauro. Ahora solo estaban esperando el menor despiste para desprestigiarme.

—Me aseguraré de que los culpables desaparezcan —me prometió Emiliano—. No usaremos más esa ruta y nos encargaremos de que nadie más lo haga. Tu chica puede volver a su pueblo. Será un lugar tranquilo.

—Mi chica se queda en Chicago, que es donde pertenece —le corté—. Pero si algún día decidimos ir de visita, espero que hayas cumplido tu palabra. Y quiero pruebas de que los culpables han pagado por lo que hicieron.

Colgué sin esperar respuesta.

Antes de poder ni siquiera guardarlo, mi teléfono volvió a vibrar. Cuando vi que el nombre de Bruna supe que algo pasaba.

—¿Qué le has hecho a Quinn? —dijo como saludo.

—¿Qué quieres decir?

—Te dije que no te acercases a ella, que la dejaras en paz.

—Bruna, si me has llamado para darme un sermón, no tengo tiempo. —Fui a colgar, pero ella me interrumpió.

—Se ha ido, Cosimo. Me ha dicho que deja de trabajar para ti. Que no puede seguir haciéndolo.

—¿Qué cojones?

Me quedé helado. Después de que me contara lo que esos hijos de puta le habían hecho, había estado tan alterado que apenas aguanté en la cama hasta que se quedó dormida. En cuanto cerró los ojos, llamé a Gian para cazar a los culpables. No se me pasó por la cabeza que se marcharía. No avisé a mis hombres para que no la dejasen salir. Maldita sea.

—Esa chica no es como el resto. Ella es especial, Cosimo, ella…

—Lo sé —dije, interrumpiéndola—. Ella es mía y regresará a casa, donde pertenece.

Colgué el teléfono y miré la aplicación de seguimiento. Quinn estaba en la parada de autobús. Bien, estaba cerca.

Suspiré, aliviado un segundo, pero entonces el punto empezó a moverse a una velocidad imposible para alguien a pie.

¿Había cogido el autobús?

Pero no estaba siguiendo la ruta urbana. El GPS marcaba que se metía por carreteras secundarias, alejándose de las avenidas principales.

Joder. Quinn podía estar en peligro.

—¿Todo bien? —preguntó Gian al ver mi cara.

—No —respondí, saliendo a toda prisa del almacén con mi primo pisándome los talones.

Y por primera vez en mi vida, sentí lo que era el verdadero miedo. Porque, en ese instante, sentí que podía perderla.

CAPÍTULO 24

Quinn

—¿Estás segura? —me preguntó Georgina cuando aparcó el coche cerca de la parada de autobús que me llevaría hasta el centro de Chicago.

—Sí —le dije a la vez que me desabrochaba el cinturón de seguridad—. Este trabajo siempre ha sido de paso.

—¿Y adónde vas? Me dijiste que tus padres estaban muertos —dijo, mirándome con preocupación—. Puedes quedarte unos días en mi casa. A mis padres les va a parecer bien.

Negué con la cabeza. No podía poner en peligro a Georgina. Los hombres que me buscaban iban a encontrarme y terminarían con cualquiera que estuviera a mi alrededor. No tenían ningún escrúpulo.

Georgina no lo sabía, pero iba a la policía a entregarme. Si tenía que pasar los siguientes años en la cárcel lo haría. Y si me mataban… Prefería morir que poner en peligro a la gente que me importaba. No podía permitir que Cosimo acabase muerto por mi culpa. No, él no entendía el peligro en el que se estaba metiendo al intentar ayudarme.

—Una amiga me ha conseguido un trabajo en una cafetería en Denver —mentí—. Podré quedarme en su casa y me va a ayudar a ingresar en la universidad. Es una oportunidad para mí.

Georgina me miró. No se creía ni una de mis palabras.

—Es por Cosimo, ¿verdad?

—¿Qué?

—Os vi ayer, bailando en la discoteca. Aunque ya sospechaba algo. —Suspiró—. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada, Georgina.

—¿Tengo que matarlo?

La expresión seria en su rostro y el tono amenazante con el que pronunció aquellas palabras provocó que, incluso en la situación en

la que me encontraba, soltase una carcajada.

—Guarda el cuchillo, Georgina —bromeé—. Él es muy bueno conmigo. Pero ha sido una tontería por mi parte creer que podíamos estar juntos. Es el momento de despertar.

Georgina fue a decir algo, pero en el último momento decidió que era mejor no hacerlo, y presionó sus labios en una mueca triste antes de inclinarse hacia mí y abrazarme.

—¿Me llamarás? —preguntó cuando se separó de mí.

Toqué el móvil que llevaba en mi bolsillo. Iba a terminar deshaciéndome de él. Pero necesitaba quedármelo un poco más. En cuanto cogiese el autobús que me sacaba de Chicago llamaría a Cosimo para despedirme de él. Le debía eso.

—Sí —dije, aunque no lo haría—. Gracias por todo, Georgina. Gracias por ser una amiga para mí.

Bajé del coche antes de que las lágrimas pudieran vencerme. Aquella era una de las decisiones más difíciles de mi vida, pero también la más clara: no iba a permitir que Cosimo se arriesgara por mí.

—Cualquier cosa que necesites, llámame —me dijo Georgina—. Te quiero, Quinn.

Me acomodé la mochila y, antes de dar un paso, me despedí de Georgina con la mano. Después, me acerqué a la parada. No había nadie, aunque el autobús pasaba en diez minutos. Tampoco era extraño. Era una zona apartada y tranquila, y las casas cercanas pertenecían a gente adinerada que siempre se movía en coche. Aquella parada quedaba reservada, casi exclusivamente, para los empleados de esas casas.

Pasaron cinco minutos en los que mi cabeza no dejó de dar vueltas. Sabía que estaba haciendo lo correcto.

Un coche negro se detuvo frente a la marquesina. El corazón me dio un vuelco y, por un instante, una parte de mí deseó que fuera Cosimo. Estaba dispuesta a pelear con él, a no dejar que me convenciera, a asegurarme de que estaba a salvo. Pero, aun así, deseaba que él me siguiese. Porque la parte egoísta de mí quería que él pudiese ayudarme a solucionar el problema, a no sentirme tan sola.

Eso no era posible. No le cargaría con ese peligro.

Pero no tuve que enfrentarme a ese dilema, porque cuando la ventanilla bajó, me encontré con el rostro gélido del sheriff Miller.

Me apuntó con su pistola antes de que pudiera reaccionar.

—Sube al puto coche, Quinn —ordenó.

Miré hacia la carretera, buscando una vía de escape, pero él fue más rápido.

—Si corres, dispararé y te mataré. Pero no solo morirás tú; la chica que te trajo está muerta —soltó con una sonrisa cruel—. Tenemos a alguien siguiéndola ahora mismo.

Supuse que se refería a los mexicanos. Sin más opciones, subí al asiento del copiloto, dejando la mochila debajo del asiento. No iba a poner la vida de Georgina en peligro.

Conocía a Miller de toda la vida. Estaba en mitad de sus treinta, era soltero, pero durante un tiempo estuvo saliendo con la hermana mayor de una amiga. A mi madre le caía bien y solía hablar con él cuando se encontraban en el pueblo. Siempre me saludaba con cariño, siempre era amable conmigo.

Una parte de mí, quizá la última que aún creía en la bondad humana, se aferró a la esperanza de que, tal vez, podía hacerle cambiar de opinión.

—Por favor, Miller. Tú no quieres hacer esto, eres un buen hombre —le supliqué.

Me apuntó con la pistola. El cañón estaba tan cerca que podía oler el metal frío a escasos centímetros de mi rostro. Nunca había tenido un arma así de cerca, pero intenté no temblar.

—No me hagas esto —continué, buscando un rastro del hombre que conocía en sus ojos—. Eres un buen hombre. Si te han obligado…

—Nadie me ha obligado a nada, como no obligaron a tu padre. No es nada personal, Quinn. Es dinero. No voy a vivir toda mi vida con el mísero sueldo de un sheriff.

Y en ese instante me di cuenta de que no tenía ninguna oportunidad. No iba a convencerlo, porque él estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por dinero. Estaba corrompido y podrido por dentro.

La avaricia era el peor de los pecados.

—Me entregaré. Asumiré la muerte de mi padre. Jamás diré una palabra de lo que vi y escuché, lo juro. Pasaré el resto de mi vida en la cárcel. No me importa. Pero no hagas daño a la gente que quiero.

Me aterraba pensar en lo que le harían a Amy, a Georgina o a Cosimo si Miller decidía seguir tirando del hilo. No quería que nadie más muriera por mi culpa.

—Cierra la puta boca —masculló Miller—. No quiero seguir escuchándote.

Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, giró el arma y me golpeó en la sien con la culata de la pistola. El mundo se volvió negro al instante.

Desperté con un martilleo insoportable tras las sienes. El olor a tierra húmeda y hojas podridas me llenó los pulmones. Estaba en mitad de un bosque, bajo una penumbra espesa que apenas dejaba pasar la luz. Al incorporarme, vi a Miller de espaldas. Estaba concentrado, colgando una soga de una rama alta y resistente.

Hice un ruido al moverme y él se giró despacio.

Sus ojos azules, que en un pasado me habían mirado con calidez, ahora eran dos bloques de hielo.

—Vas a suicidarte, Quinn —dijo con una frialdad absoluta—. La culpa por la muerte de tu padre ha podido contigo. Todo el pueblo lo entenderá.

—No voy a volver a suplicarte por mi vida.

—Mejor. No serviría de nada.

Me puse en pie, mareada. La rabia me quemaba más que el dolor del golpe.

—¿Cómo me habéis encontrado? —escupí, intentando ganar tiempo, aunque no sabía bien para qué; mi destino estaba sellado.

—Rastreamos la llamada que le hiciste a tu amiga —se burló él mientras ajustaba el nudo—. No puedes escapar de esta gente, tienen demasiados recursos. Te quieren muerta y a mí me pagan por asegurarme de ello.

Miller me apuntó con la pistola y señaló la soga con la barbilla.

—Súbete —ordenó.

—Lo haré —dije, dando un paso hacia el árbol—. Pero júrame que no tocarás a mis amigos.

—No es nada personal, Quinn. —La expresión de Miller se suavizó—. Me caes bien, pero no debiste ver lo que viste. Tu padre no debió traicionarnos. Esto termina contigo.

Quería creerle. Necesitaba pensar que con mi muerte terminaría todo y que no habría más víctimas. Pensé, tragándome los sollozos, que me reuniría con mis padres y que estaríamos los tres juntos de nuevo. No quería morir, no ahora que había conocido al hombre de mis sueños, pero no veía salida. Si escapaba, volverían a por mí y dañarían a cualquiera que me ayudara.

Me acerqué al tronco con el cañón del arma rozándome la espalda. De repente, una sombra se movió entre la maleza. Al principio creí que era un animal, hasta que vi su silueta. Era Cosimo.

¿Qué hacía allí? ¿Estaba delirando?

Pero Miller también lo notó. Dejó de apuntarme y giró el arma hacia los árboles.

—¡¿Quién cojones eres?! ¡Sal de ahí o estás muerto! —gritó, y pude notar el miedo en su voz.

Iba a disparar. Iba a matar a Cosimo. Sin pensar, hice lo único que se me ocurrió: gritar.

—¡Mírame a mí, Miller! —le chillé—. ¡Es a mí a quien quieres!

El sheriff se giró hacia mí, fuera de sí.

—¡¿Me has tendido una trampa?! —rugió—. ¡Joder!

Vi cómo su dedo se tensaba en el gatillo. Cerré los ojos, preparada para el impacto, esperando que Cosimo tuviera tiempo de huir. El disparo retumbó en el bosque, pero el dolor no llegó. Al abrir los ojos, Miller yacía en el suelo, muerto.

Cosimo se acercaba con paso firme, empuñando una pistola.

—Lo has matado —afirmé, aunque mi voz era un hilo.

—Por supuesto que lo he matado, *cerbiatta* —respondió, pateando el cadáver para asegurarse.

Mis rodillas fallaron. El dolor de cabeza y la adrenalina me estaban provocando una conmoción. Estaba aturdida, viendo cómo el hombre al que amaba se movía con la frialdad de un depredador.

—Vas a arrepentirte, Cosimo. Has matado a un hombre —balbuceé con dificultad.

—Si de algo me arrepiento es de haberme dejado llevar por la ira al verte en peligro. Debería haberle disparado al brazo y a la pierna. Dejarlo vivo para torturarlo. Ha tenido una muerte demasiado dulce.

—¿Qué? —pregunté, sintiendo que el mundo giraba. Tenía que ser un delirio.

—La estás asustando más, Cosimo —dijo una voz a mi espalda. Lo reconocí al instante, era Gian, el primo de Cosimo. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba allí.

—Encárgate del cuerpo —ordenó Cosimo, guardando el arma y acercándose a mí.

—No, déjame... —le pedí, retrocediendo un par de pasos, tratando de alejarme de él.

Como siempre, no me hizo caso. Me estrechó entre sus brazos, manteniéndome erguida cuando mis piernas cedieron, y me alzó en vilo.

—Estás a salvo, *cerbiatta* —susurró, enterrando sus dedos con suavidad en mi cabello—. Nadie volverá a tocarte.

—Los mexicanos... Van a hacer daño a Georgina.

—Están muertos. Los he matado a todos. Nadie te pone una mano encima y vive para contarlo.

Lo miré a los ojos, viendo por primera vez la oscuridad que habitaba en ellos.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Cosimo Romano. El don de mi familia.

Don.

Aquella palabra me resultaba lejanamente familiar. Recordé las veces que mi padre había puesto *El Padrino* en la televisión, insistiendo en que era un clásico que había que entender. Y, aunque nunca le presté demasiada atención, también había visto suficientes documentales de *true crime* como para reconocer ciertas señales.

Entonces, las piezas del puzle empezaron a encajar en mi cabeza.

Origen italiano. Don. La seguridad constante. Las armas. La sangre.

—Mafia. —La palabra salió como un susurro de mis labios antes de que pudiera procesarla.

Cosimo esbozó una sonrisa, confirmando mis pesadillas.

—Bienvenida a mi mundo, *cerbiatta*.

No escuché nada más. La oscuridad me arrastró antes de que pudiera responder.

EPÍLOGO

Quinn

Desperté en mi cama de la mansión. La luz del amanecer se filtraba por las rendijas de la persiana, dibujando líneas doradas sobre la colcha. Me incorporé despacio y un pinchazo agudo me recorrió el cráneo. Los recuerdos de la noche anterior golpearon mi mente de golpe: la soga, el sheriff Miller, la sangre en el bosque y la mirada gélida de Cosimo.

—¿Estás bien, *cerbiatta*?

Giré la cabeza. Estaba junto al ventanal, observándome con una quietud aterradora. Ya no era el hombre que me había preparado una Nochevieja espectacular; era el hombre que hablaba de torturas con la misma naturalidad con la que respiraba.

—El médico te ha visto mientras dormías —continuó, acercándose un paso—. Es una contusión leve. Necesitas descanso.

—¿Eres un mafioso? —Mi voz salió temblorosa.

Cosimo no se inmutó. No hubo rastro de duda en su rostro.

—Prefiero llamarme hombre de negocios —respondió con una sonrisa ladeada—. Pero si quieres simplificarlo, sí. Soy el don de una de las familias más poderosas de Chicago. —Pronunció aquellas palabras con orgullo, como si se vanagloriara de ello.

Mierda, ¿dónde me había metido?

—Tengo que irme —dije, tirando de la sábana que me cubría para poder incorporarme, pero me quedé quieta al darme cuenta de que llevaba puesta la camiseta de Lana del Rey que utilizaba como pijama y mi pantalón de cuadros blancos y azules—. ¿Quién me ha cambiado?

—Quería hacerlo yo, pero Bruna insistió. Se ha quedado fuera toda la noche, está preocupada por ti.

—Ella lo sabe —murmuré, con un nudo en la garganta—. Todos... todos lo saben.

—Tu amiga Georgina no —puntualizó Cosimo—. Los empleados generalmente son del círculo de confianza de la familia y están relacionados de alguna manera.

—No te preocupes, no voy a contarle nada.

Cosimo sonrió.

—¿Crees que estoy preocupado, *cerbiatta*? —preguntó, dando unos pasos hacia mí.

—Quédate donde estás —le pedí.

Salté de la cama, pero el mundo giró violentamente. Antes de que mis rodillas tocaran el suelo, él ya estaba a mi lado, sujetándome con firmeza. Por un instante, volví a sentir aquel calor, el refugio del hombre del que me había enamorado.

—Aún estás débil —me dijo, obligándome a meterme en la cama de nuevo. Me arropó con una delicadeza que me resultó insultante.

No pude evitar llorar. Era demasiado. Mi cerebro no podía procesar que mi salvador fuera también un monstruo.

Cosimo se sentó en el borde del colchón y me acarició el pelo.

—Todo está bien, Quinn. Ya nadie te busca, ni la policía ni nadie más. Tu pueblo va a estar limpio de drogas y todos sabrán que eres inocente.

—Entonces regresaré allí.

Cosimo negó con la cabeza.

—Ese ya no es tu lugar. Tu lugar está aquí, a mi lado.

—No voy a quedarme, Cosimo. No viviré con un asesino.

Él se encogió de hombros, imperturbable. Se inclinó para besarme en los labios, pero giré la cara. Su beso aterrizó en mi mejilla, cálido y posesivo.

—Descansa. Todo irá bien —dijo mientras se levantaba.

—Cuando me encuentre mejor, me marcharé. Y me dejarás ir.

Cosimo apoyó su espalda en la pared. Su sonrisa desapareció, dejando paso a la mirada de don. La misma mirada que había visto después de que matara a Miller.

—Sabes que no. Eres mía, Quinn. No vas a ir a ningún lado. Y si lo intentas, te atraparé y te traeré de vuelta las veces que haga falta.

—No puedes retenerme —dije, pero sentí cómo mis párpados empezaban a pesar. Una extraña somnolencia me arrastraba hacia abajo—. ¿Qué me has dado?

—El doctor te ha administrado un sedante para que descanses —respondió él, acercándose de nuevo para observarme desde la penumbra—. Duerme, cerbiatta. Yo velaré tu sueño.

Su voz fue lo último que escuché antes de que el mundo se borrara. Estaba a salvo, pero por primera vez comprendí que mi salvador era también mi carcelero.

Había huido de los lobos para terminar en la boca del león.

Continuará…

La historia de Cosimo y Quinn continúa en *Mentira Perfecta*, que se publicará en marzo. ¡No te lo pierdas!

AGRADECIMIENTOS

Gracias de corazón por sumergirte en la historia de Cosimo y Quinn. Cada página leída y cada momento compartido con estos personajes hacen que este mundo cobre vida y que la aventura continúe más allá de
estas páginas.

Si te ha gustado la historia, puedes dejarme una reseña en Amazon o en Goodreads.

Si quieres estar al tanto de nuevas historias, curiosidades sobre los personajes y otras sorpresas, puedes seguirme en mis redes sociales:

Instagram: lexi_thurman03

Facebook: Lexi Thurman

TikTok: lexi.thurman

Y si deseas seguir explorando este universo, no te pierdas las bilogías de Audrey y Damiano y de Glenda
y Scott.

BOOKS BY THIS AUTHOR

Venganza Cruel

Dulce Rendición

Caída Prohibida

Sentencia Oscura
